OBRAS CLASICAS DE LA REFORMA

VII

Francisco de Enzinas

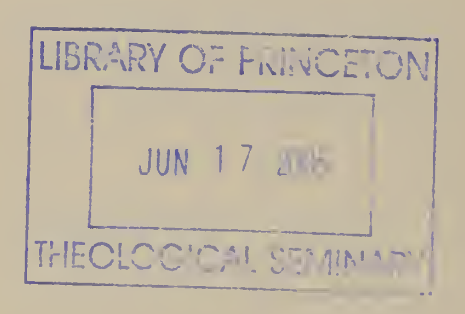
Memorias

Historia del Estado de los Paises Bajos, y de la Religión de España

TOMO I



EDITORIAL "LA AURORA" - BUENOS AIRES


LIBRARY OF PRINCETON
JUN 17 2005
THEOLOGICAL SEMINARY

OBRAS CLASICAS DE LA REFORMA

— VII —

José C. Nieto
26-IX/64

[illegible]

MEMORIAS
DE
FRANCISCO DE ENZINAS

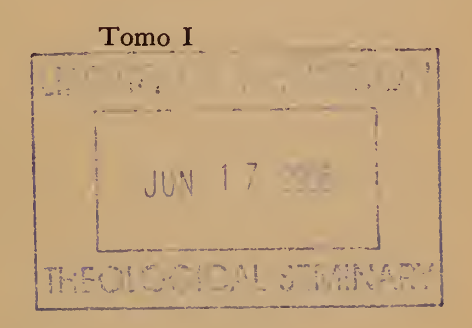
First Spanish tras.

FRANCISCO DE ENZINAS

MEMORIAS

Historia del Estado de los Países Bajos, y de la Religión de España

Tomo I



Editorial La Aurora — Corrientes 728 — Buenos Aires
Casa Unida de Publicaciones — Apartado 97 bis — México, D. F.

Traducción del francés

por

ADAM F. SOSA



1ª Edición: Febrero 1944
2ª Edición: Abril 1960

Impreso en la Argentina.
Queda hecho el depósito que
previene la ley.

UNA PALABRA DEL TRADUCTOR

El autor de la presente obra, vertida ahora por vez primera al idioma castellano, fué un joven literato español, que residía a la sazón en la casa de Felipe Melanchthon, colega fiel de Lutero en la ciudad sajona de Witemberg. Enzinas tenía unos veinticinco años, siendo hijo de una familia rica y noble de Burgos. Después de varios años de estudio en la Universidad de Lovaina, donde llegara por medios que ignoramos a convencerse de la verdad de la fe evangélica enseñada por los reformistas alemanes, fué a estudiar a Witemberg (1541-1543), y estando allí, en íntima compañía de Melanchthon, tradujo el Nuevo Testamento del original griego al castellano — la primera versión española de los tiempos modernos. En la primavera del año 1543 volvió a los Países Bajos para sacar a luz la traducción; pero como consecuencia de la oposición de las autoridades eclesiásticas a que el pueblo español tuviese la Biblia en idioma vulgar, Enzinas fué echado a la cárcel, donde tuvo que estar por unos quince meses. Después de escapar de la prisión, volvió a Witemberg; y a pedido de Melanchthon, escribió el presente relato de sus experiencias durante los dos años de su ausencia.

El manuscrito, redactado en latín, no llegó entonces a imprimirse, y hoy sólo quedan dos ejemplares: uno completo, en la Biblioteca del Vaticano, y otro mutilado, en la del Gimnasio de Altona. Ya en el año 1558 apareció una traducción francesa, "escrita en tan bella y castiza prosa, que algunos han visto allí la mano de Calvino".[1] *Esa versión francesa es la que sirvió de base a la presente traducción castellana, editada por primera vez en 1943, en el Cuarto Centenario de la versión del Nuevo Testamento en idioma español.*

Sobre el valor de la obra, permítasenos citar las palabras del renombrado crítico, Marcelino Menéndez y Pelayo: "El mérito literario puede y debe encarecerse mucho. Campan (el editor de la edición belga del original, 1862) ha dicho con razón que el libro de Enzinas está en el más hermoso estilo del siglo XVI, *que el interés es poderosísimo, y que hay momentos de verdadera elocuencia. El autor poseía facultades narrativas y dramáticas muy poco comunes, y dibuja vigorosamente las situaciones y los caracteres, hasta el punto de dar a sus* MEMORIAS *toda la animación de una novela. Es de los pocos españoles que han sobresalido en el género autobiográfico."*[2]

A. F. S.

---

1 Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, 2ª ed., tomo IV, pág. 294.

2 *Ibíd.*, págs. 294-295.

PREFACIO A LA ANTIGUA VERSION FRANCESA

AL LECTOR FIEL

Salud

Habiendo recobrado este libro en latín, escrito por un autor bastante conocido por las gentes doctas, tanto a causa de su piedad, manifestada en sus escritos y en su conversación, como por su saber en las otras ciencias y buenas disciplinas; sabiendo también que se debía dar a luz en breve; yo me he preocupado de que no solamente los que entienden la lengua latina, sino también el pueblo común (a veces más cuidadoso de tales cosas que los grandes y doctos), fuera hecho partícipe. Del fruto y la utilidad que del mismo derive el lector, no hablaré de antemano. Cada uno de los fieles puede pensar para sí: si el martirio es el medio singular por el cual más progresa el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, ¿cuánto es el valor de los libros en los cuales, como en un espejo, se nos representa al vivo un pobre fiel muriendo constantemente, y con corazón alegre, por la causa de la verdad, un

tropel de tiranos y satélites a su alrededor, un verdugo ensangrentado, un fuego espantoso, un pueblo contemplando maravillado, y sin saber a quién dar la razón o quitársela? Estas cosas, cuando las leo me conmueven casi tanto como si las viera con mis ojos carnales. Lo que creo les sucederá igualmente a todos los otros fieles. Pero todavía, entre otras gracias y virtudes, este autor tiene principalmente ésta, que entre las de un historiador no debe ser considerada la más pequeña: que presenta las cosas y las pone delante de nuestros ojos, ni más ni menos que si se realizaran en nuestra presencia. Otra cosa que también es grandemente digna de recomendación en este libro, es que el autor no ha tratado las cosas de oídas, o por díceres del pueblo, como se dice, sino con seguridad, como en su mayor parte él las ha visto, sentido y experimentado. Hemos llegado a una época en que, cuando alguna cosa no se oye de buen grado, se pregunta incontinenti, ¿quién lo dijo? ¿cómo lo hizo? Lo que no es enteramente de lamentar, con tal que no se haga más por espíritu de contradicción que por cerciorarse de la verdad; y de las cosas verdaderas muy a menudo tanto como de las falsas; pero de este autor se podrá hacer tales preguntas sin empacho. Porque él tiene renombre y buena reputación entre las gentes de bien, y aun entre las malvadas en lo que toca a sus vidas; y ha escrito cosas que ha sabido, visto, experimentado y sentido. Siendo esto así y como el asunto de esta historia es tal que en ella vemos y contemplamos y consideramos las cosas que la distancia de los lugares y nuestra edad no nos han permitido ver con nuestros ojos corporales, y, sin embargo, son tan deleitables para la consolación del alma, tan útiles y necesa-

rias, yo espero y ruego a Dios que este libro pueda aprovechar, tanto a los fieles como al progreso de su Evangelio y gloria, como lo han hecho en estos años pasados las historias que han sido compiladas sobre asuntos semejantes. En cuanto a los otros que pudieran leer este libro por curiosidad, para saber los asuntos del mundo, de los grandes señores, y cómo se gobernaban en materia de religión, ruego a Dios les convierta ese corazón vanidoso y ese espíritu de curiosidad, en un verdadero deseo de conocer y seguir su salvación, a fin de que arrepintiéndose y volviéndose a Dios, busquen de ahora en adelante más las cosas de arriba que las de abajo, las cosas de Dios que las de los hombres, y que reconozcan que es en un solo Dios que es necesario confiar, y servirle y complacerle, y no a los hombres. Ese Dios por su santa misericordia nos dé gracia, y a todos los fieles. Adiós.

HISTORIA DEL ESTADO DE LOS PAISES BAJOS, Y DE LA RELIGION DE ESPAÑA

por Francisco de Enzinas, a Felipe Melanchthon, hombre de muy gran renombre

MONSEÑOR, dice un proverbio que cuando se está en seguridad, el recuerdo de los males pasados proporciona algún placer y regocijo; pero en cuanto a mí, aunque por la gracia de Dios, y como por milagro, me encuentre hoy en lugar donde puedo en seguridad contar los males pasados, tal es, no obstante, mi afecto hacia la república, [1] y principalmente hacia la Iglesia de Dios, que no puedo sin un gran dolor, y sin lágrimas, recordar, relatar o poner por escrito lo que he visto, y lo que yo mismo en su mayor parte he experimentado. No que mis propios males me pesen tanto (ya que, como dice el proverbio griego, lo que es particular de cada uno, nada), sino que, como es mi deber, lamento sobremanera ver así

---

[1] Quiere decir, el Estado, o sea la organización política. — *N. del T.*

conturbado el estado de la república, las iglesias dispersas, y una crueldad tan grande contra los miembros de Jesucristo. ¿Cómo podría yo en esta hora, cuando estoy por la misericordia de Dios como en un puerto, lamentar mucho mis propias desventuras, o ponerlas antes que los males de la Iglesia, siendo que aun cuando estaba yo mismo atormentado por los embates de la tempestad, las soporté siempre con paciencia, y las he colocado siempre después de los males y peligros del público? Sólo el cuidado de la Iglesia de Cristo me ha tenido siempre apenado y preocupado, y no lo abandonaré jamás, mientras esta alma habite en este cuerpo mortal. Porque gentes de gran prudencia han juzgado y estimado con mucha sabiduría, que los bienes privados y particulares no pueden jamás estar seguros, sino cuando la cosa pública está en paz. Y todos los hombres de mente sana corroboran la gran verdad del dicho del poeta, que los males del público entran hasta el lecho de los particulares. Yo pienso, pues, que la misión del hombre de bien es tal que debe tener un cuidado especial de los riesgos y peligros del público, y no menospreciar tampoco demasiado inconsideradamente los suyos propios y particulares. Y por tanto, Monseñor, viendo que entre todos, vos sois el que tenéis un cuidado increíble por el bien y la utilidad públicos, y que con grandes trabajos, sin ahorrar ni vuestro haber ni vuestra salud, os esforzáis siempre por avanzarlos; conociendo también que es vuestra opinión que sería de mucho provecho para lo porvenir si esta crueldad ejercida sobre los cristianos en Flandes y por todo el país bajo, que yo he visto con mis ojos y sentido con riesgo de mi propia vida,

fuera relatada por escrito y publicada por mí; teniendo a tal efecto de vos este mandamiento de poner por orden las cosas que nos han sucedido desde que nos separamos de vos, os obedeceré, y de muy buena gana, como a mi preceptor que sois, y que me ordenáis algo tan útil y tan honesto. Y tanto más alegremente cuanto que estimo que este escrito reportará no poco provecho a los que ignoran los fraudes, sutilezas y malicias de los hombres, especialmente de aquellos que, cubriéndose con la máscara de la religión, blasfeman incesantemente de Dios, y ocultan su cruel impiedad bajo un velo de hipocresía. De los cuales quizá yo no hubiera sido tan miserablemente engañado si hubiera tenido alguien que me hubiera advertido; o si hubiera podido caer en la cuenta de que entre las gentes de bien y modestas pudieran ocultarse tales monstruos venenosos en forma de hombres. Yo no hubiera estado dos años enteros entre ellos, con peligro tan evidente de mi vida; ni me habría separado de vos (lo que siempre he estimado como mi gran desventura) y me hubiera guardado bien de privarme durante tan largo tiempo de la comunicación de los estudios que tenía con vos. Mas comprendo bien que las lamentaciones son inútiles cuando no pueden reparar la falta. Por tanto, dejaré las quejas y procuraré, como vos me lo ordenáis, abarcar lo mejor que me sea posible toda esta historia y relatarla por orden.

HACE ya dos años o más, Monseñor, que partí de vuestro lado; desde cuyo momento me es imposible relatar los males que he soportado, aun en el camino, el cual en pleno invierno, como vos los sabéis, no podía

sino estar muy cenagoso. Ciertamente me costó muy grande trabajo, hasta llegar a la Frisia Oriental, lugar donde me detuve un poco, en parte para descansar del camino y en parte también para saludar a mis antiguos amigos, entre los cuales considero como el más importante al señor Juan Lasco, con el cual tuve muy grande placer. Porque conversamos juntos de muchas cosas, las que no quiero relatar aquí porque no dudo que os las habrá hecho saber por carta. Allí determiné también ir a ver a Alberto,[1] al cual poco antes nosotros dos habíamos incitado por carta a abandonar la Babilonia[2] y retirarse a un lugar donde la profesión de la Palabra de Dios fuera pura y libre; y que no consumiera ese buen espíritu que Dios le había dado, en un género de vida tan poco honesto, dejándolo por más tiempo como sepultado en esa fosa de la cual la profesión de la verdadera religión sería totalmente abolida. Por más que esta proposición sonaba mal a sus oídos, nuestras cartas al principio lo habían inclinado un tanto a la profesión de la pura doctrina; pero me bastó encontrarme con él para descubrir que aquel primer ardor a que lo habían incitado nuestras cartas, se había enfriado completamente, y que había vuelto a su conducta anterior, echando sus cuentas para pasar la vida en paz y en delicias con los amigos de su orden, en la forma acostumbrada. Tan grande es la fuerza

---

1 Alberto Hardemberg, monje bernardo (véase Menéndez y Pelayo, *Historia de los Heterodoxos Españoles*, 2ª edic., tomo IV, pág. 280.)

2 El autor se refiere a los dominios de la Iglesia papal. — *N. del T.*

de la impiedad que lleva a los hombres (que por otra parte no son de los malos) a tal punto, después de haberlos embriagado con algún aspecto de la voluptuosidad, que se complacen en engañarse a sí mismos en cosas de gran importancia. Yo me maravillé ciertamente de la potencia de este antiguo adversario del género humano. Con todo, no perdí toda esperanza de la salvación de nuestro Alberto, y de que pudiera ser llevado a alguna buena resolución. Finalmente, para no extenderme más, tanto hice con la gracia de Dios, por mi propósito, que le reduje al camino recto, y que decidió desde ese instante salir de ese claustro enemigo de toda honestidad y de la verdadera religión. Rogué entonces que le diera la gracia de perseverar en ese buen propósito; y temiendo los ataques de algún espíritu maligno que le hiciera recaer en su primera manera de vivir, tanto me empeñé con él que os envió una carta, haciéndoos saber su decisión, a fin de que si cambiara de intención se le pudiera citar por ella, como en virtud de una cédula. Pero, Dios sea loado porque ha cumplido su promesa en el tiempo prefijado por él, y porque ahora está ocupado fielmente en la Iglesia de Jesucristo.

Primeras semanas en Lovaina

De Frisia enderecé mis pasos a Lovaina, en cuyo lugar, estando fatigado del camino, y quiendo saber cuál era el estado de la religión, resolví ponerme privadamente en comunicación con mis amigos y recrearme un poco con ellos, antes de presentarme abiertamente. Pero debía suce-

der de muy otra manera. Porque cuando yo pensaba haber llegado al fin de mis trabajos, me sobrevino un nuevo contratiempo. Mis antiguos amigos, que antes me habían agasajado, y cuya amistad yo hubiera considerado como la más firme, cuando recién llegué me pusieron buena cara; mas sabiendo que venía de Alemania, y creyendo por tal causa que olía a azufre, en el lugar que antes me habían agasajado tanto, ahora con sólo verme temblaban; y no temían sin razón, porque el día antes de mi llegada a Lovaina se había encarcelado a veintiocho ciudadanos, todas personas honestas y de buena reputación en la ciudad. El que ellos llaman Procurador general, con toda la banda de fariseos que había reunido su gente habían venido a las diez de la noche para visitar las casas de los ciudadanos, y habiendo entrado por la fuerza, habían registrado todos los rincones, revolviéndolo todo, en busca, según decían, de libros sospechosos; para por esa sola causa, y sin otra investigación, hacer morir a las pobres gentes. Se había visto un cuadro lamentable. Los satélites empujando las puertas de las pobres gentes, que cansadas de su trabajo diario se habían entregado al reposo en sus lechos, sin pensar, ni mucho menos, en semejante alarma. Que si por ventura el padre de la familia, por haber trabajado mucho, estaba más profundamente dormido, y no acudía con presteza a abrir la puerta, incontinenti la derribaban, y esos brigantes se llegaban por la fuerza hasta el lecho del padre de familia. Allí sorprendían al esposo y la esposa sin saber de qué se trataba. Allí esos satélites, con audacia inaudita, a veces echaban mano del pobre marido, según lo que les había sido ordenado; otras veces, del marido y la mujer, y se los llevaban. Los rodea-

ban los pobres niños, que por sus llantos y gritos lamentables parecían prever la desgracia de sus padres y la suya propia. Sorprendidos por un espectáculo tan cruel, y viendo la casa llena de gente armada, de antorchas y teas, reluciente con el brillo de las armaduras, de las espadas desnudas y otras armas; viendo también cómo eran separados sus padres y madres, arrojado el uno aquí y el otro allá, y frecuentemente llevados (las manos atadas) fuera de la casa, los pobres niños, aunque no supieran de qué se trataba, más por un instinto natural que porque entendieran, llenaban la casa de llantos, llamando a sus padres con redobladas voces de: "¿Dónde vas, padre mío?" "¿Dónde te llevan, madre mía?" "¿Quién quedará aquí?" "¿Quién nos dará mañana de comer?" Y en recompensa de ese afecto natural que no podían demostrar de otra manera que con sus lágrimas, los pobres niños eran azotados, se les tapaba la boca para que sus llantos no fueran oídos por los vecinos, los cuales, advertidos de esa desgracia, hubieran tenido piedad de sus amigos, o bien, temiendo algo parecido, hubieran podido ponerse en salvo; lo cual hicieron muchos que, sintiendo venir los esbirros, se tiraron prontamente fuera del lecho, y saltando en camisa las paredes de sus casas, se salvaron de esta suerte. Y, sin embargo, el furor de esos tiranos no se aplacó lo más mínimo por esas muestras de naturaleza tan evidente, que clamaban venganza contra semejante crueldad; antes por el contrario se enfurecieron tanto más, viendo que se descubría su intentona, que los que ellos buscaban habían sido advertidos de su venida por la obscuridad de la noche y por la diligencia de las personas de bien, y

que cuando llegaban a las casas las encontraban vacías y sin habitantes. Por lo cual el Procurador general corrió toda la noche con los suyos, inflamado de furor y de ira contra la verdad, y su furor no se aplacó hasta que hubo conducido a la cárcel a veintiocho ciudadanos, entre hombres y mujeres, padres, hijos, maridos, esposas, hermanos, hermanas y de toda condición: separándoles en diversos lugares y prohibiendo que se dejara entrar a nadie a ellos, ni el hijo al padre, el esposo a la esposa, o la esposa a su marido; prohibió además que se les permitiera leer, escribir o hablar con hombre alguno. Habiendo así procedido, aquellos tiranos se reunieron gozosos en sus casas, como quien ha cumplido felizmente sus tareas. ¡Oh crueldad asombrosa, tal como jamás la hubo, ni memoria de hombre recuerda que hasta el presente haya habido! ¿Qué haces tú, Procurador general? Se trata de la vida de ciudadanos muy de bien y de damas muy honestas. Tienes prisioneros a los que por sus virtudes y buena vida han dado buen ejemplo a toda la ciudad. No falta sino que sean sentenciados definitivamente a morir quemados, en vez de ser hallados dignos de seguir viviendo en este mundo. ¿Mas qué han hecho? te pregunto. ¿Cuál es su delito? ¿En qué han pecado contra ti o contra la república? ¿A cuál de sus vecinos han ocasionado perjuicio? ¿Han querido despojarte de tus bienes? ¿Han ofendido tu majestad, de hecho o con la más mínima palabra? ¿Han impedido tu ganancia, tus empresas, tus pillerías? ¿Han excitado alguna sedición en la república? ¿Han querido saquear el tesoro público, quitar el cetro de manos de los gobernantes o sentarse en su silla? ¿Has encontrado a alguno de ellos con la espada ensangrentada, volviendo de

cometer algún asesinato? Nada menos cierto que todo esto. ¿Y por qué te lanzas sobre ellos con esa furia? ¿Por qué estimas a hombres de bien como dignos de ser encarcelados, desterrados, extinguidos por la espada y el fuego? ¿Por qué no consideras más bien, tus propios engaños, tus traiciones, homicidios, adulterios, latrocinios y pillerías de que eres culpable? ¿Con qué cara osas aplicar esas manos impuras y sacrílegas, con las cuales has saqueado otrora lugares sagrados y no sagrados, forzado a tanta gente injustamente y sin causa, robado las labores y sudores de los pobres, a prender ahora y aprisionar a tantas personas de bien e inocentes? ¿No tienes miedo de que la tierra se abra y te trague, que las casas, a las cuales osas entrar para acrecer el colmo de tu maldad, caigan sobre ti y te aplasten? Pero ellos son culpables de impiedad, dirás. ¿Cómo te atreves, tú o los sofistas de Lovaina (a cuya instigación ejerces esta enorme crueldad), a acusar de impiedad a aquellos que siempre han puesto el mayor cuidado en conformar el curso de sus vidas, lo más exactamente posible, a la Palabra de Dios, mientras tú y tu banda, por el contrario, no cesáis de blasfemar y desfigurar la verdadera religión con toda suerte de impiedades y furia idolátrica? Y así es, a la verdad. Tú dices que ésta es la voluntad del Emperador, y que las leyes ordenan que los luteranos sean irremisiblemente sometidos al último y más cruel suplicio. Y no se puede, ni se debe alegar ninguna otra razón más que ésta.

En Bruselas

Los de Lovaina fueron grandemente sorprendidos por esta repentina persecución, aun aquellos que decían haber tenido más placer que otros en el Evangelio. Yo podría nombrar algunos, por cierto no de baja condición, que habiendo tenido antes la buena y verdadera religión, no conservaron señal o indicación alguna de verdaderos cristianos; así en esta leve ocasión, que ellos mismos buscaban más que ella a ellos, demostraron ser verdaderos hipócritas. Tan grande es la debilidad del corazón humano. Por mi parte, no podía aprobar su intención; y ellos también, sabiendo que yo venía de Alemania dijeron que estaba contaminado con no sé qué herejía, y no me vieron con buenos ojos. ¿Qué falta hace hablar más? Fuimos expulsados de nuestro albergue acostumbrado, y se nos dijo que nos arregláramos en alguna otra parte, a fin de que con nuestra presencia no nos pusiéramos en peligro nosotros mismos y a aquellos que nos recibieran. Yo me maravillé entonces de la inconstancia y ligereza de los hombres, y ví que el hombre no tiene virtud más grande, ni adorno más excelente de su vida, que el mantener la defensa de la verdadera religión con gran coraje y corazón invencible, testificar hasta el último suspiro contra los enemigos de la verdad, contra sus fraudes, tretas y violencias; me hizo entonces un mal muy grande el ver gentes, que por lo demás no eran de las peores, perder su valor al primer soplo de la tempestad, y abandonar cobarde y villanamente su profesión de piedad. Por lo de-

más, a fin de que mis amigos que yo bien hubiera querido ver en seguridad, no se hicieran sospechosos por su amor a mí, y a fin también de que, por demasiada temeridad no fuera a ponerme en peligro, determiné dentro de mí, que debía evitar el furor de los tiranos, y cuidar prudentemente de hacer lo que fuera menester y las circunstancias exigieran. No quise retirarme a casa de mis parientes aunque eran muchos y de mucha autoridad en la ciudad, porque dudaba de su fe y de sus sentimientos hacia mí, siendo los hombres tan vehementes y tan obstinados en apoyar las viejas costumbres. Por otra parte, no pensaba ir a ver a mis parientes de Amberes, a los cuales por carta les había hecho saber mi venida, hasta que ellos me llamaran. A todo esto, decidí ir a Bruselas, donde no era yo tan conocido como en otras partes, y esperar allá hasta que recibiera ciertas noticias. Pero al llegar allá, oí de inmediato que reinaba una confusión no menor que la que había dejado en Lovaina. Alguien me dijo que allí también había sido apresada gran cantidad de personas, de las mejores de toda la ciudad, y que muchos, dejando sus familias, habían huído; que sus bienes habían sido confiscados; que muchos se habían ocultado en lugares secretos; que se tenían por escrito los nombres de más de trescientos, de los que eran más sospechosos, y que se estimaba que en breve serían apresados en Bruselas y en todas las otras ciudades de Brabante y de Flandes. Aquí veis, Monseñor y maestro, algún rasgo de la vida de los apóstoles. Nuestro Señor Jesucristo declara que las zorras tienen cuevas y las aves nidos a los cuales acogerse. No debe ser para nosotros extraño, ni cosa deshonesta, el

parecernos en todo a nuestro Salvador, atentos a que, si queremos ser sus discípulos, debemos en todo asemejarnos a él. Viendo, pues, que allí no había la más mínima esperanza de reposo o tranquilidad, resolví incontinenti volver a Lovaina, disponiéndome a cumplir allí mi deber y recibir lo que pluguiera a Dios enviarme. Mas la cosa salió mejor de lo que yo había esperado. Todos me desaconsejaban el mostrarme en público; pero, contra la opinión de todos, me dirigí a nuestros españoles. Mis parientes y antiguos amigos que estaban en la ciudad, me recibieron muy humanamente. Había también otros muchos que antes había conocido, los cuales, siendo amigos y familiares de mis parientes, trataron por todos los medios de hacer amistad también conmigo. Todos me honraban, todos se esforzaban hasta el cansancio por agradarme, contra todas mis esperanzas y las de muchos otros. Al principio me asaltaron algunas sospechas de que esa amabilidad, que por entonces mostraban hacia mí contra su natural costumbre, encubriera alguna traición, y que estuvieran preparándome alguna emboscada secreta. Pero habiendo percibido por algunas señales que no tenía nada que temer de ellos, y que en sus corazones me abrazaban y acariciaban como lo hacían por fuera, comencé a estar un poco más seguro y a quererlos sobrepasar en placer y honestidad. Mientras tanto, mi tío de Amberes envió a Lovaina uno de sus amigos, por el cual y por cartas muy amables, demostraba alegrarse por mi venida y me mandaba que fuera a encontrarme con él. Lo que hice tanto más gustosamente cuanto que por entonces era peligroso permanecer en Lovaina. Allá también mis parientes y amigos me abrazaron y recibieron muy ama-

blemente, de suerte que por ese lado todo marchó muy bien, a Dios gracias. Habiéndome así regocijado allí varias semanas con mis parientes, volví a Lovaina, cuando la causa de los pobres misioneros estaba sobre el tapete, y se desarrollaba muy calumniosamente.

Persecuciones en Lovaina

Todos los días los doctos teólogos, especialmente Latomo y el Decano, cuya reputación es superior a la de los demás, venían a la prisión para atormentar con sus disputas a esas pobres mujercitas prisioneras. Ved, os ruego, Monseñor, cómo desciende la majestad teológica: que tales personajes, que quieren ser considerados como los pilares sobre los cuales descansa la Iglesia, no tienen vergüenza de tomar como contrincantes a pobres mujeres ignorantes, para discutir con ellas de religión. Pues no penséis que van allí a predicar, como doctores, o para conducir con dulzura y caridad a las extraviadas a un camino mejor de religión: mas considerad que van como al combate, y que asaltan a esas pobres gentes rudas e ignorantes, con tretas, con engaños, con artificios y otras sutilezas, para, después de haberse atribuído la victoria, triunfar de ellas en la ciudad por una cruel condena. ¡Oh triunfadores, que con más derecho deberían ser llamados *trupheurs,* como dicen ellos mismos. Y, sin embargo, tenían que venir completamente equipados y enjaezados para asaltar a esas pobres mujeres, si no lograban vencerlas con buenas razones y argumentos. Al contrario, frecuentemente han vuelto a sus casas burlados y convictos

de desatinos e impiedad. Algunas de las pobres mujeres prisioneras más jóvenes, y menos ejercitadas en las Sagradas Escrituras y las discusiones eclesiásticas, puesto que podrían más fácilmente ser engañadas por sus tretas y sutilezas, defendían su causa con el silencio y la modestia. Otras, más avisadas, volvían los argumentos de los teólogos contra ellos mismos, no sin gran deshonra e ignominia de todo el orden teológico, ya que los principales volvían de la disputa, o derrotados por mujeres, o por lo menos confundidos; pues tan descarados son que no se dejan vencer jamás con palabras. Cuyo rumor se expandió incontinenti por toda la ciudad. Entre otras, la esposa de un boticario, interrogada acerca de la invocación de los santos, a saber, si no había que adorarlos e invocarlos, respondió que ella era muy poco ducha en disputas, y que por lo tanto dejaba todas las sutilezas a los teólogos, pero que en cuanto a toda forma de invocación, ella no sabía ni quería otra cosa que lo que enseñaban las Sagradas Escrituras, a saber, lo que Jesucristo nos manda en San Mateo, capítulo 4: que es necesario adorar a Dios nuestro Señor y servirle sólo a él. Además, que ella había leído en San Pablo que no hay más que un Mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo, quien se entregó a sí mismo por nuestros pecados, y que oye nuestros suspiros y presenta nuestras oraciones delante del Padre; que ella se había propuesto en su espíritu adorar e invocar a Aquel que (según la palabra de San Pablo dirigida a nosotros) es el Santo de los santos; y que no osaba forjarse o inventar en su mente un nuevo servicio, distinto del que la Palabra de Dios nos enseña, o contrario a ella,

principalmente en cosa de tan grande importancia como es la invocación, que es el punto principal de toda nuestra ſe, y única que separa a la verdadera religión cristiana de la de los turcos y otros idólatras. Si ellos supieran alguna cosa mejor, que les enseñasen, la escucharían y aprenderían de buena gana.

Los teólogos, asombrados por la respuesta de la mujer, descubrieron más y más su propia maldad, atormentando a la pobrecilla. "Es bien cierto, le dijeron, que hay que adorar a Dios; no negamos tal cosa, mas ¿qué audacia es ésta, o más bien impudicia, que te atreves a venir a presentarte delante de Dios, alta la frente y con las manos y los pies llenos de suciedad, siendo así que no osarías hacer lo mismo ni aun delante de un hombre. Piensa, si por ventura el Emperador viniera a esta ciudad, y tú quisieras impetrar de él alguna cosa, ¿no te dirigirías al Señor de Granvella [1] o a algunos otros que supieras que gozaban de su favor, antes que atreverte a acercarte a él; no tratarías de ganarlos si pudieras, no les rogarías que te recomendasen a él y le presentaran tu solicitud? Ciertamente, lo harías". Ved, Monseñor, cómo estos sabios del mundo, sea por malicia o por pura ignorancia, o bien encantados por alguna fuerza de impiedad, encubriéndose detrás de este argumento como de un bastión invencible, prosiguen en su locura y su furia. Y con todo, el espíritu de la pobre mujer no se ofuscó por nada de esto, y aun les dió una respuesta y solución a su argumento más atrevida y sensata de lo que ellos hubieran jamás esperado de ella.

---

1 Secretario de Estado del Emperador Carlos V. — *N. del T.*

"Respondedme también, os ruego, —les dijo—, si el Emperador estuviera asomado a una ventana, sabiendo que yo tenía algo que tratar con él y que necesitaba su ayuda, y cuando yo pasara por delante, él mismo, con su propia boca, me llamara, y me dijera: "Eh, mujer, yo sé que tienes un asunto que presentarme, sube aquí donde estoy; quiero otorgarte de buena gana lo que me pidas", ¿me aconsejaríais, en tal caso, que esperase hasta que me hubiera hecho de amigos en la corte, o que fuera directamente a presentarme al Emperador, el único que podría y querría darme lo que yo le pidiera? Seguramente que, dejando los servidores, me dirigiría directamente al señor, principalmente en vista de que él mismo, con su propia boca, me había dicho que fuese a él. Pues si, siguiendo vuestra sugestión, le respondiera que quisiera esperar hasta que me hubiera conquistado la buena voluntad de Granvella, ¿no merecería yo, cuando aquél se presentara, que al menos fuera rechazada mi demanda, por haber valorado más la autoridad del servidor que la del señor?" "Además, —les dijo—, ¿qué impiedad es ésa que pretende juzgar la voluntad eterna de Dios según las costumbres corrompidas de los hombres, o hacer una regla y ley referente al servicio de Dios y la religión, de acuerdo con un símil humano y vicioso? En cuanto a mí, tengo al Emperador celestial, Jesucristo, Redentor y Salvador de todo el género humano, que implora abiertamente a todos los hombres, de cualquier estado o condición: "Venid a mí, no uno o dos de vosotros señores, nuestros amos, sino todos en general; no vosotros los que os infláis y enorgullecéis con vuestra propia justicia, y rehusáis revestiros de

la de Dios, no creyendo necesitar de ella, sino vosotros, cualesquiera estéis trabajados y cargados con el fardo de vuestros pecados, cualesquiera deseéis ser descargados y librados, cualesquiera lloréis de corazón ante la misericordia de Dios". "Yo confieso", —continuó diciendo—, que soy una de aquellas que muchas veces, por mis pecados, he ofendido la majestad divina. Confieso que he ofendido a mi Dios tan frecuentemente que no soy digna de levantar los ojos al cielo; pero todo mi espíritu se ha elevado, oyendo la voz del Emperador celestial, que conoce mi pobreza y miseria y la quiere remediar. ¿Qué necesidad tengo al presente de abogado alguno, que me introduzca a mi príncipe, siendo que es la voluntad de nuestro Salvador, ratificada por su escritura y sellada con su sangre, que directamente, sin demora alguna, sin apoyo de nadie, más que el de mi fe y seguridad, yo vaya a presentarme a él? ¿En vuestra opinión yo debería responder a Dios que quisiera esperar a tener conmigo a San Pedro y San Pablo? Si bien no dejo de tener en alta estima sus ejemplos de piedad, tratando de hacerme semejante a ellos si puedo, no dejo de esforzarme por seguir la fe del uno y la caridad del otro.. ¿No debería yo, con toda justicia, ser rechazada de Dios por una contumacia tal? Porque es una horrible impiedad la de querer transferir el honor de la invocación que se debe a un solo Dios Creador y Reparador del género humano, a una criatura u otro objeto, aunque fuera de naturaleza angelical". La conversación de esta pobre mujer llenó de asombro a los venerables señores nuestros amos, por más que fueran muy inteligentes, y partieron sin más que llamarla luterana.

Casi siempre están equipados con dos clases de armas: con las unas atacan incontinenti a aquellos que tiene por sospechosos; con las otras defienden valientemente sus locuras, su impiedad y su furia idolátrica tan grosera que se la puede tocar con la mano. Esas armas son los nombres de herejía y de la Iglesia, ambos hermosos y muy apropiados para amedrentar al pueblo. Si osáis reprochar una sola palabra de todas las supersticiones e impiedades en las cuales han sido alimentados y educados desde su infancia, incontinenti sois llamado hereje. Por otra parte, si adelantáis alguna cosa que les parece ser contraria a sus constituciones, aunque sea a las más viciosas y detestables, incontinenti gritan como locos que habéis cometido una gran transgresión, que se ha ofendido la majestad de la Iglesia, que se ha menospreciado su autoridad, que eso no se debe aguantar, que un niño nacido ayer o el otro día, presente una nueva doctrina contra los decretos de la Iglesia, aunque no hayáis hecho más que mencionar sus desatinos más groseros o sus maldades manifiestas. Por consiguiente, la Iglesia tiene que ser todo lo que a ellos se les ocurra, aunque no estuvieran en sus cabales, lo que sucede con frecuencia, o cuando hubieran cometido sus torpes y enormes transgresiones. También tiene que ser herejía todo lo que en alguna forma sea contrario a sus fantasías, las que para ellos son una ganga muy rica. Ahora, viéndose así burlados, hasta por mujeres, decidieron poner fin incontinenti al proceso de los prisioneros. Pronto veréis las trazas que se dieron para ello. Había allí gentes de distintas condiciones, y unas en mayor peligro que otras, según los cargos presentados contra ellas.

Aunque muchas personas de calidad, que entendían más el secreto de los rabinos, dudaban mucho de que escapara siquiera una. Ellos, pues, determinaron proceder primeramente contra aquellos de su estado y orden. Pues al principio habían prendido a dos capellanes de San Pedro, teólogos de profesión (a los cuales acostumbran llamar hijos bastardos y rebeldes), y el más joven de ellos había huído del lugar donde lo tenían preso. Imposible sería explicar cuán grande fué el disgusto de nuestros señores, al ver que se les había escapado el que siempre les había parecido más sospechoso, y del cual sospechaban, como de un espía familiar y doméstico, que los delatara ante las otras naciones, y descubriera todas sus iniquidades. Comenzaron entonces a gritar que se había fugado un hereje, al cual yo he conocido siempre como un hombre de bien, y el más docto de toda su compañía. Inmediatamente fijaron carteles en las puertas del templo, para que el prisionero fuera arrestado si se lo hallaba; amenazándolo con anatematizarlo si no volvía dentro de cierto tiempo, y declararlo públicamente hereje por contumacia. Mas él, bien advertido del peligro que correría si regresaba, y sabiendo que más le valía vivir solo en cualquier parte que volver, prefirió soportar ese leve castigo a ponerse en evidente peligro de muerte. Por lo tanto incontinenti fué declarado por escrito hereje pertinaz, que rehusaba someterse al juicio y la corrección de la santa madre Iglesia, como ellos la llaman. Hecho esto, se arrojaron dentro de su casa, y como arpías insaciables se entregaron al pillaje de todos sus bienes. ¡Oh gentiles farsantes! Saben representar bien sus farsas delante del pobre mundo; pero

siempre de tal suerte que jamás vuelven a su casa sin alguna presa, y, lo que es peor, sin hacer gran daño a las pobres almas, y sin blasfemar al eterno Dios.

Después de esto, quisieron descargar su cólera sobre el pobre Pablo (así se llamaba el otro capellán), hombre débil, canoso, de casi sesenta años de edad, muy modesto y de buen saber, al cual siempre tuvieron por hereje manifiesto. Su casa era la primera en que habían entrado, habiendo hallado allí muchos himnos, cánticos y otros escritos en lengua vulgar, de la santa escritura, en lo cual pasaba su tiempo, pues era muy afecto a escribir, principalmente en verso. Por esta causa pensaron que tenían contra él motivos suficientes, según las leyes del Emperador, para hacerlo morir sin más inquisición. Mas a fin de que ello no se efectuara sin pompa y solemnidad, para asustar al pobre pueblo, quisieron presentarlo primeramente en público, sobre una plataforma delante de todo el mundo. Y para ello hicieron aparejar una gran sala en el convento de los agustinos, en medio de la cual se levantó una plataforma de mediana altura, a fin de que el pueblo pudiera ver fácilmente lo que se hacía sobre ella. Y porque temían una sedición del populacho, que sabían era bastante afecto a la verdadera religión, y estaba al mismo tiempo muy irritado contra ellos, imploraron la ayuda del magistrado, quien les mandó una cantidad de gente armada para darles una mano. Así al fin fué llevado a la plataforma, rodeado de hombres armados, el pobre acusado, un hombrecito con la barba larga, pálido, flaco, casi seco y consumido por las enfermedades y la pobreza que había soportado; en breve, su aspecto

era tal que se le hubiera podido llamar más bien cadáver, o sombra de un hombre, que hombre. Detrás de él marchaban los dos rectores de la Universidad, el antiguo y el nuevo, el licenciado y el otro doctor; Jacobo Latomo y Ruardo Anchusano, canciller e inquisidor de la fe, prior de los jacobinos; [1] detrás seguían los dos doctores en teología. Detrás de ellos seguía un cierto Tilman, presidente del colegio del Papa y licenciado en teología, hombre digno de semejante asamblea. Vos oís nombrar aquí los ojos del mundo, pero veréis después cuánta es la claridad con que ven. Una multitud de ciudadanos y de escolares acudieron al espectáculo. Los grandes doctores que he nombrado subieron a la plataforma, acusadores y jueces ellos mismos del pobre pretendido criminal allí presente, al cual hicieron subir también a lo más alto, junto con ellos. Todos se sentaron en círculo, y el pobre hombre en medio de ellos. Abajo quedaron los sirvientes armados con toda clase de armas, rodeando la plataforma, como soldados de guarnición, prontos a defender el lugar donde estaban nuestros señores, a fin de que si alguien osara atacar a esos bellos pillastres de la iglesia tuviera que arrepentirse de ello. Se hubiera dicho que eran exactamente los gendarmes, los satélites y los verdugos que prendieron a Jesucristo en el jardín, lo llevaron ante los jueces y lo crucificaron.

---

1 Frailes dominicos. — *N. del T.*

Jacobo Latomo

Pero antes de publicar la sentencia de esos jueces inicuos, os relataré brevemente quiénes son, mencionando algo de sus costumbres, su naturaleza y su doctrina, para relatar luego la sentencia de condenación de estos grandes doctores. Daremos, pues, el honor del primer lugar a Jacobo Latomo, [1] siguiendo en esto el juicio de los propios rabinos, que por común consentimiento le dieron el primer premio en doctrina. Ahora, todo el mundo sabe bien, aunque yo no lo dijera, cómo él mismo ha publicado su locura y se ha puesto en ridículo ante todo el mundo, de suerte que ni las admoniciones de los hombres de bien, ni el Eléboro [2] que le enviara Oecolampadio, habrían logrado tanto como sanar su cerebro, adquiriendo por ese medio reputación de hombre prudente. Pues, además de que menosprecia abierta y arrogantemente toda doctrina honesta, y el conocimiento de lenguas, que es un don evidente del Espíritu Santo, quisiera además que la juventud de hoy fuera privada de una dicha a la cual él no pudo alcanzar. Por tanto ha acostumbrado en sus proclamaciones públicas (las que le he oído varias veces), hablar contra los profesores de bellas letras, a los cuales llama gramáticos, y perseguirlos con insultos groseros.

---

1 Nació 1475; murió 1544. Conocido principalmente por sus controversias con los protestantes. — *N. del T.*

2 Escrito controversista dirigido por Oecolampadio contra Latomo (Basilea, 1525). — *N. del T.*

Hasta ha compuesto algunos libros, en los cuales declara escribir contra el conocimiento de lenguas y las ciencias literarias. ¿Qué diré de las letras sagradas, en las cuales él cree sobresalir sobre todos los demás, y tener en la punta de los dedos todo el arte de la teología? Ciertamente no me puedo acordar de una ignorancia tal, de tanta audacia, de tan manifiesta impiedad, sin derramar lágrimas. Sus escritos muestran bastante cuál era el conocimiento que tenía de la doctrina celestial y evangélica, que es la verdadera teología. Su muerte también da suficiente testimonio de la doctrina que profesó en su vida. Porque alguien dijo que algunos días antes de su muerte sintió su conciencia angustiada, y públicamente y en privado dió voces lamentándose y gimiendo, desesperando abiertamente de la salvación de su alma. ¡Oh doctrina miserable la que deja al hombre privado de todo consuelo, cuando debería recoger y recibir el fruto! Que si el pobre miserable Latomo pudiera hoy volver a esta vida del lugar donde está, no tengo ninguna duda de que él seguiría otra doctrina que la que ha seguido, y que amonestaría a sus compañeros a que salieran y se libraran de esos fangales y cenagales en los cuales se revuelcan y están como sepultados, y abandonar y arrepentirse de la gran crueldad a que son tan adictos. Callaré las mil insensateces y absurdos que, un día entre otros, predicó públicamente en presencia del Emperador y de otros grandes personajes, con tanta torpeza que todos los cortesanos se burlaban en el mismo lugar de su locura, y poco faltó para que le silbaran. Hasta se dice que después de la prédica, no faltó quien dijera al Emperador: "Sagrada Ma-

jestad, éste es el primero y el más apreciado de los teólogos de Lovaina, podéis juzgar por él cómo serán los otros." Pero aquí lo dejo, deseando ciertamente (si en todo caso pueden aprovechar algo tales deseos) que hubiera tenido a su muerte un fin más bello y mejor de lo que él mismo hubiera podido esperar.

Ruardo

El segundo después de él es Ruardo, el Decano, el hombre de más pobre palabra y menos elocuencia que se pueda oír, mas, por lo demás, adornado de una perfecta impiedad, de una gran deslealtad, y de una extrema crueldad. Se le llama inquisidor de la fe, porque tiene autoridad para examinar solamente a aquellos que son en alguna forma sospechosos de herejía, como ellos dicen. ¡Señor Dios, qué artificios y sutilezas no está acostumbrado a emplear contra esas pobres gentes sencillas e inocentes, para engañarlas! ¡Con qué falsedades y calumnias acostumbra deshonrar una causa tan santa! Ciertamente, cuando recuerdo su crueldad, su impudicia, su arrogancia, me horrorizo. Os presentaré sólo un ejemplo, por el que podréis juzgar cuál sea su espíritu. Una vez, en Lovaina, durante la cuaresma, algunos ciudadanos, o cansados de comer pescado o queriendo simplemente usar su libertad, se hicieron preparar un pequeño banquete de carne, contra la costumbre del país. Ahora bien, entre aquellos que allí se encontraban, había por casualidad uno más débil que los demás, que se sintió tan afectado en su espíritu, y tanto se asustó de lo que había hecho

contra la costumbre común, aunque antes habría podido dar buenas razones para ello, que dió en la fantasía de creer que con ello había cometido un pecado irremisible, y que Dios no le perdonaría jamás si no iba a solicitar la absolución a un sacerdote. Por lo tanto, se dirigió a este Decano y le dijo que había algo en su conciencia que le pesaba terriblemente, y que quisiera descargarse con él. Entonces el Decano lo animó, diciéndole que tuviese valor, que Dios es misericordioso, que recibe en su gracia a aquellos que se arrepienten, y les perdona sus pecados siempre que se confiesen y hagan la debida penitencia. Por tal motivo, le dijo, no temas de descubrirme todo lo que tengas; yo procuraré con todas mis fuerzas enderezar tu conciencia y consolarte lo mejor que pueda. Sí, dijo el otro, con tal que me prometáis no revelar nada jamás. Oh, dijo el Decano, no debes preocuparte por eso, porque en este momento no hablas conmigo; es con Dios con quien hablas, quien con su maravilloso poder hace que los sacerdotes, después de haber oído las santas confesiones y pronunciado la absolución, no puedan recordarlas ya más. Entonces el pobre hombre le descubre todo. El Decano entonces, con toda habilidad, consiguió arrancarle los nombres y sobrenombres de los asistentes al banquete, dándole después la absolución. Pero antes de dejarlo ir, le habló de esta suerte: Hijo mío, Dios te ha perdonado este pecado, mas como mi memoria es corta, y puede suceder que también los que han estado contigo vengan arrepentidos a pedirme consolación como lo has hecho tú, lo mejor será que me declares por escrito sus nombres, tan sólo para guardarlos en secreto y poder recordarlos. En breve, tanta dulzura y sagacidad puso en

su pedido, que el otro le declaró por escrito todo lo que le pidió. Al día siguiente, este buen Decano se va al magistrado, le presenta el escrito y le ruega en nombre de Dios y de todos los santos, que esos hombres sean aprehendidos y castigados para encarmiento de todos. Aquel, pues, que había revelado todo el negocio, y había hecho el escrito, es tomado el primero; los otros, advertidos por sus amigos, huyen, prefiriendo perder su ciudadanía, su casa, su mujer, sus hijos y toda su familia, antes que poner en peligro su vida. Los que fueron atrapados, al fin, después de muchas dificultades, pudieron salvar la vida, siendo despojados de sus bienes. Todo esto lo he oído en Lovaina de personas dignas de fe; pero ahora os diré lo que yo mismo he visto. Este infeliz acostumbra, cuando no sabe qué más decir, llenar sus sermones de injurias contra Lutero y otros hombres de bien; entre otros, a vos os llama el blanqueador de la doctrina de Lutero. Cuando se imprimió y publicó el libro de la Iglesia, hizo un largo sermón, cuyo fin principal fué el de execrar, con mentiras y calumnias, toda la doctrina del evangelio que nosotros sostenemos. Y para haceros más fácilmente odioso a todo el pueblo, oíd la calumnia que va a forjar. No tuvo el infeliz vergüenza de decir, con palabras blasfemas y sediciosas: Ved cuál es este doctor que ahora escribe un libro de la Iglesia; después que en él ha repetido a todos los doctores eclesiásticos, todavía hace —dijo él— a Dios autor de pecado. Y sin embargo, en vuestros *Loci communes* [1] hubiera podido leer, si hubiera querido, que es una propo-

[1] Obra teológica de Felipe Melanchthon. — *N. del T.*

sición que hay que retener siempre, con las dos manos y de todo corazón, que Dios no es autor de pecado. ¡Oh, infeliz seductor y calumniador! No me alcanzaría el tiempo, si emprendiera la relación, aunque fuera someramente, de las maldades, los engaños, las crueldades, que él concibe bajo ese manto de hipocresía, y que se atreve a poner por obra.

¿Qué diré de Francisco de Zon? que así se llama el que para ellos es el Rector. El es el que empieza hoy a destacarse, por la persecución que hace contra la verdad y porque se muestra enemigo jurado del evangelio. El es quien, como diremos más adelante, ha pronunciado sentencia contra el predicador de la Reina. Y con ello se ha embriagado de tal arrogancia, de tal orgullo, tan lleno de fraudes, engaños, argucias, ceguera y crueldad, que hoy en día entre la gente de bien no se le llama de otro modo que el Diablo encarnado.

El Licenciado en teología que estaba a su lado, había sido advertido de que no podría obtener la salvación de su alma si, como decía, permanecía en el mundo. Por tanto, poco tiempo después se entregó a la secta de los franciscanos, donde mucho me temo que el que quería huir del mundo, haya encontrado verdaderamente el mundo. Aunque no lo haya hecho con otra intención, como piensa todo el mundo, sino para pecar más secretamente y para no ser reprobado más tarde.

El otro Licenciado del colegio del Papa es tal que por su cara se puede juzgar incontinenti la enfermedad de su espíritu, roído por el odio y la envidia. Que si se quisiera pintar la hipocresía, no se podría hallar un rostro

que representara mejor que aquél a los ojos humanos la naturaleza de ese execrable vicio.

También el fraile jacobino, bañado en el mismo caldo que los otros, puede ser considerado tanto peor que ellos, cuanto los sobrepasa a todos en babosear y parlotear en este idioma de Brabante.

Aquí tenéis, pues, Monseñor, descriptos breve y muy imperfectamente, la naturaleza y el espíritu de estos jueces, por los cuales podréis juzgar, aun cuando yo no dijera nada más, qué sentencia saldrá de personas que se han preocupado siempre de adornar sus costumbres y sus espíritus con tales virtudes. Mas a fin de terminar lo que he empezado, oídme, os ruego, lo que siguió, y cuáles artículos condenaron por heréticos.

Cargos contra los perseguidos

Estando, pues, todos sentados en sus sillas judiciales, rodeados de sus satélites, después de haber hecho colocar al presunto criminal en medio de ellos y haber hecho guardar silencio a toda la asamblea, el Rector de la Universidad, que había recibido este encargo por ser más fino que los otros y tener una voz más fuerte, comenzó a romper el silencio diciendo así:

Cristianos; no hay aquí ninguno de vosotros que no sepa por qué nos hemos reunido hoy. Pues estando constituídos en este gobierno, y teniendo la misión de pastorear y gobernar el rebaño del Señor, no habríamos podido fallar en esta ocasión sin gran pecado y cobardía. Pero queremos desempeñar fielmente nuestra misión, que

es la de defender el rebaño de nuestro Señor, como buenos pastores, verdaderos ministros de la doctrina celestial, y sabios dispensadores de los misterios de Dios, contra las acometidas furiosas de los lobos, matarlos y exterminarlos. Nos ha convenido dar órdenes, tanto por el deber de nuestro oficio como por la salvación de la república, a los efectos de que aquellos de entre nosotros que perturban la unidad de la Iglesia y que con su roña infectan y enferman el rebaño, o bien tratan de hacerlo salir del redil, sean muertos como lobos rapaces y, como miembros podridos, sean extirpados del cuerpo místico de la Iglesia.

Jesucristo, aquel cuya Iglesia nosotros gobernamos, ordena abiertamente que si algún miembro de nuestro cuerpo impide nuestra salvación, lo cortemos inmediatamente y lo arrojemos lejos de nosotros, a fin de que, comenzando a enfermar las partes próximas, no sea al final corrompido todo el cuerpo. Siguiendo, pues, el ejemplo y el mandamiento de nuestro Salvador, y debidamente advertidos e informados de que había multitud de lobos que hacían infinitos males en nuestro rebaño, nos ha parecido necesario reprimir su furor, y ponernos y a todo el rebaño en seguridad contra la rabia de los tales. Por lo tanto, hemos hecho prender a algunos, entre los cuales tenemos por principal a este criminal que aquí veis. Pues está manchado de muchas y muy grandes herejías, que todavía hoy se esfuerza en sostener porfiada y obstinadamente. Y a fin de que conozcáis las grandes y justas causas que nos han inducido a ello, escuchad sus principales puntos condenables y heréticos, y el medio

por el cual los hemos descubierto. Habiendo entrado en su casa, hemos hallado gran cantidad de libros luteranos, que son prohibidos so pena de la vida, como lo sabéis todos vosotros. Y como si eso fuera poca cosa, él mismo había compuesto muchos escritos en alemán en los cuales había vertido todo su veneno luterano, de lo cual dan suficiente testimonio estas proposiciones que han sido tomadas de los libros escritos por su propia mano.

Primeramente, osa decir —tanta es su audacia— que la sola fe nos justifica.

Segundo, dice que creer en la remisión de los pecados y abrazar la misericordia de Dios presentada en el evangelio, es suficiente para ser salvo.

Tercero, afirma que las tradiciones de los hombres no obligan la conciencia, cuando no hay peligro de escándalo.

Cuarto, niega el libre albedrío.

Quinto, niega el purgatorio.

En sexto lugar, sostiene que ni la Virgen María ni los santos ruegan por nosotros, ni otra persona fuera de la de Cristo.

En séptimo lugar, sostiene que ni la Virgen María ni los santos deben ser invocados por nosotros, por cuanto son personas privadas y no ingeridas en el cuerpo de Cristo.

He aquí, en resumen, las principales proposiciones extraídas de sus libros, las cuales hemos querido enumerar aquí públicamente y condenar como heréticas, reproba-

das desde hace tiempo por la Iglesia en la persona de Lutero y otros herejes, a fin de que le sea aplicada una pena a este obstinado defensor de las mismas, y a fin también de que por su ejemplo el pueblo sea amonestado a cuidarse de tropezar en esa piedra y dejarse seducir por los falsos impostores y distraer de la doctrina recibida en la Iglesia romana. Conmoveos, pues, vosotros los aquí presentes, y por amor a la justicia, por temor al peligro y por la salvación de vuestras almas, pensad prudentemente, cuán peligroso es oponerse a la autoridad de la Iglesia, menospreciar el consenso de tantos siglos, el poder ordinario de los Papas de Roma, no tener en cuenta la tradición de los santos padres y las costumbres aceptadas de la Iglesia. Que si aun la gravedad del peligro, la salvación del alma, el bien público del país no apartan a un hombre de esta doctrina perniciosa, ciertamente el sentido común, la fuerza de la naturaleza, el temor al castigo eterno deberían alejarlo del todo. Yo os ruego penséis diligentemente en vosotros mismos cuán insensato sería aquel que creyera que la opinión de un hombre o dos deba ser preferida a la sentencia del príncipe de Europa, al juicio universal de toda la tierra, de todas las edades, a los ejemplos de los antiguos y a la autoridad de los santos concilios y de la Iglesia. Por tanto, os amonesto a todos que, obedientes a vuestros superiores, os mostréis afectos a la religión y verdaderos hijos de la Iglesia, que aborrezcáis de cuerpo y de espíritu y con todos vuestros sentidos, esa mezcla de sectas, como una peligrosa peste de vuestras almas, a fin de que no seáis semejantes a este pobre miserable y no os hagáis mere-

cedores de semejante condenación. Estamos, pues, de acuerdo en que este criminal que se esfuerza todavía en sostener sus herejías, no es digno de un solo género de muerte. Mas como no nos es lícito hacer morir a nadie, y deseamos no obstante que tales miembros podridos sean cortados, lo cual no podemos hacer por nosotros mismos; por esta causa, por esta nuestra sentencia definitiva, lo declaramos hereje pertinaz y obstinado. Que si no se desdice a nuestra satisfacción de todas sus herejías, y él mismo, con sus propias manos, pone fuego a sus libros y otros escritos, queremos que sea degradado de su sacerdocio y de todas las santas órdenes eclesiásticas y privado de todos sus privilegios, para que, siendo por este medio separado de nuestro cuerpo, sea entregado después al brazo secular, para ser castigado con el castigo con que tales herejes pertinaces acostumbran ser punidos.

Tal fué esta arenga, que también fué repetida por el prior de los jacobinos al pueblo en lengua vulgar, con una maravillosa facilidad de palabra, y muy llena de sentimiento, como que es hombre cálido y vehemente en todas sus pasiones. ¡Pardiez que estuvo sentimental! ¡Qué audacia, o más bien impudicia, mostró! Mas como la elocuencia es, según la definía Platón, decir cosas placenteras y agradables a Dios, y esa facultad de hablar cuando no hay tema bueno y apropiado es parlería más que elocuencia, nuestro orador en una causa tan mala no podía por ningún artificio de retórica sostener y aprobar la dignidad de su tema. Así todo su propósito fué recibido burlonamente por la concurrencia, o más bien con dolor y aborrecimiento ante tal indignidad. Yo ví y oí varios

allí que de buena gana hubieran arrojado al predicador y a los jueces de sus asientos, si solamente hubiera habido alguno que los capitaneara, y hubiera puesto manos a la obra el primero, mayormente estando sobre aviso de que aquellos hombres armados que allí estaban para defender a los rabinos, estaban ahí de mala gana y no habrían hecho mucha resistencia a los escolares si ellos hubieran ejecutado su deseo e intención.

Mientras se pronunciaba esta sentencia, el presunto criminal no pronunció una sola palabra, tal como si hubiera perdido el habla, pues se le había prohibido hablar, pero él no debió obedecer tan impía orden. Oyó pronunciar una cruel sentencia contra él, oyó blasfemar el honor y la gloria de Dios, que hasta entonces siempre había defendido, y no se atrevió a decir una sola palabra. Y en un lugar en que la necesidad era tan grande que hubiera debido incitar a hablar, no sólo a los hombres, sino a las mismas piedras, permaneció mudo y no osó abrir la boca para defenderse, o al menos defender la causa del evangelio. El poco coraje que vi en él, me hizo mucho mal, como era natural, pero viendo que yo no podía remediar así que él fuera juzgado, pensé que sería mejor que me callara hasta que me tocara hablar, que reprenderle tal cobardía.

Terminado, pues, como he dicho, todo este lamentable espectáculo, la asamblea se deshizo, cada cual se retiró a su casa; sólo quedaron los guardias, los jueces y el pobre reo condenado. En cuanto a mí, como quería ver en qué paraba todo el asunto, no quise irme hasta que no terminara todo. Poco después descendieron todos de la plataforma, acompañados por una gran compañía

de frailes y de soldados, y de allí pasaron a un lugar del convento, cuya entrada daba a la sala donde se había representado la farsa. Allí no dejaron entrar a nadie, más que los personajes de la tragedia y aquellos que estaban juramentados. Los que estuvieron presentes nos informaron después que allí nuestros señores, mediante nuevas súplicas, imprecaciones, adulaciones, promesas y halagos, habían tratado de obtener lo que antes no habían podido por la fuerza, a saber, que se desdijera de sus impías opiniones, para que así su alma y su cuerpo no se perdieran para siempre. Es una gran pena que no les baste a estos verdugos con dar muerte cruel al cuerpo de las personas de bien, sino que también las induzcan con sus engaños y seducciones abominables a apartarse de la verdadera religión. Sin embargo, cualesquiera esfuerzos hicieran, cualesquiera importunidades con que pensaran hacerlo caer, no consiguieron jamás, por más que se afanaran, hacer vacilar el espíritu del pobre hombre. Sin embargo, oyéndolos hablar de los tormentos, que decían le harían sufrir más atrocidades que las que jamás ninguna falárica a hombre alguno, el pobre infeliz comenzó a vacilar. Entonces esos jueces, sabiendo bien lo que alguien ha dicho, que cuando el espíritu está en duda se lo puede fácilmente llevar acá o allá, en poco tiempo terminaron incontinenti su capítulo, e hicieron llevar al pobre hombre y guardarlo diligentemente en lugar seguro. Mientras tanto, no faltaban seductores de la compañía de los frailes y teólogos, que todos los días lo fueran a visitar para apartarlo del camino verdadero, proponiéndole los crueles tormentos que por ese medio evitaría.

El proceso de otros prisioneros

Mientras el espíritu del pobre hombre se conmovía, el Procurador general y toda la banda de fariseos proseguían el proceso de los otros prisioneros, a los que llamaban laicos; y porque habiendo buscado por todas partes diligentemente, no habían hallado, sin embargo, ninguna prueba suficiente contra ellos, decidieron hacerles un interrogatorio, para poder por ese medio sacarles todo lo que quisieran, tanto acerca de sus cómplices como acerca de ellos mismos. Y para hacerlo, los que estaban prisioneros en otros lugares fueron llevados por las calles a la cárcel pública, donde estaba el aparato para el interrogatorio. Así atormentaron muy cruelmente a un gran número, sin tener piedad ni discreción de edad, o de sexo, o de cualquier otro accidente. Las pobres mujeres fueron también atormentadas y torturadas lo mismo que los hombres. En toda la ciudad, durante los quince días que duró esta carnicería, no habríais oído otra cosa que llantos, suspiros, lágrimas y otras quejas lastimeras de los ciudadanos de toda condición, que deploraban el estado de sus amigos, que veían eran mantenidos en extrema angustia. Los gritos lastimeros de las pobres gentes así atormentadas en la prisión corrían y se difundían por toda la ciudad, de suerte que nadie, por cruel y bárbaro que fuera, podía oírlos sin gran aflicción de espíritu. Pero la furia de estos tiranos era tan grande, tan desprovistos debían estar de toda piedad, que, al contrario, hubierais dicho que se regocijaban de ver derramada tanta

sangre cristiana e inocente. En suma, arrancaron a esas pobres gentes así tratadas, lo que después fue causa de su muerte, y de aflicción para muchas otras personas de bien. Habiendo así conseguido el propósito de sus torturas, hicieron llevar a cada uno de los prisioneros al lugar donde estaban antes, y decidieron pronunciar la sentencia de Pablo, al cual acababan de contradecir completamente con sus prácticas.

De nuevo fue preparada una plataforma, en el mismo lugar que antes. En medio de la sala se colocaron muchos leños, unos sobre otros; allí condujeron al reo y llevaron sus libros impresos y manuscritos. Entonces, por mandato de los teólogos, y como lo habían puesto por escrito, el pobre infeliz comenzó con voz temblorosa a aborrecer de aquella religión que, por instigación de Satanás (me horroriza referirlo) dijo haber seguido hasta entonces. Que los artículos que habían sido enumerados por los jueces, y otros semejantes contenidos en sus libros (¡oh impiedad!) eran heréticos e impíos y compuestos con el propósito deliberado de engañar a las pobres almas. Estas y otras cosas semejantes dijo el pobre viejo miserable, temblando y con grandes suspiros y sollozos, de sólo pensar en los cuales todo mi espíritu se estremece y todos mis sentidos se turban. Agregaron a este misterio una breve arenga al pueblo, para que cada uno se cuidara bien de caer en tales fantasías, a ejemplo de ese pobre hombre. Que si por ventura alguien era sorprendido por tal impiedad, siguiendo el ejemplo del pobre hombre, que se desdecía y quemaba sus libros, se desdijera también en espíritu de esa desgraciada opinión

y entregase sus libros para ser quemados. Hecho esto, el pobre viejo tomó sus libros y con sus propias manos los arrojó al fuego. Mientras se hacía esto, es imposible describir la actitud de los teólogos: cómo se mantenían altivos y menospreciaban arrogantemente el evangelio de Jesucristo. No obstante, realizado este acto a su plena satisfacción, ved el galardón que dieron a aquel pobre reo desdichado, ved cómo lo recompensaron: lo condenaron en seguida a terminar sus días en una estrecha prisión y a ser alimentado solamente a pan y agua, de modo que nadie le viera jamás y no leyera ni escribiera cosa alguna, sino que permaneciera allí como un cadáver en una fosa, hasta que, por el curso de la naturaleza o por falta de alimentación, muriese de debilidad. ¿Qué muerte, por cruel que sea, no es preferible a esta terrible condena, para un hombre de sano juicio? Hecho esto, lo hicieron llevar al castillo de Viluord, entre Malinas y Bruselas, donde se halla todavía, si es que aun respira.

Ahora, habiendo llegado esto a oídos de muchos de los ciudadanos, que estaban ansiosos por los otros prisioneros, comenzaron a tener mejores esperanzas por ellos, estimando que al menos sus vidas quedarían a salvo. Muchos fueron a rogar al Magistrado que no permitiera que la sangre de esos ciudadanos fuera así derramada, mayormente en vista de que le había sido perdonada la vida al sacerdote, a quien llamaban seductor, que parecía ser más culpable que los otros. El les prometió sinceramente hacer todo lo que estuviera en su poder, tanto más cuanto que es hombre de naturaleza dulce y no encuentra placer en la crueldad, como los otros. Mas siendo

así que en todas sus iniquidades y tiranías ellos se cubren con el nombre del Emperador (aunque él no supiera nada, porque a la verdad todo se hizo a gusto de este Procurador general, hombre malvado y cruel), el Magistrado no pudo hacer aquello que de buena gana hubiera hecho. Así al día siguiente se hizo comparecer a dos hombres para pronunciarles su sentencia. Fueron llevados a la casa municipal, donde el Procurador general estaba sentado en el asiento judicial. Tan pronto como los vimos, viendo que eran hombres sencillos, y sabiendo que eran de vida inocente, pensamos ciertamente que debían ser absueltos incontinenti. Sin embargo, el Procurador general, con expresión horrible y cruel, con una voz que traslucía el engaño y la artería, comenzó a hablar como sigue, para que yo y otras gentes de letras que allí estábamos pudiéramos oír su resolución.

Amigos míos, —empezó a decir—, yo estoy muy preocupado por vuestra suerte. Pero el diablo os ha engañado, para haceros caer en esta herejía luterana, y consiguientemente en esta desgracia. Bien quisiera no ordenar nada en contra vuestra, pero estoy aquí constituído por la Majestad Imperial para hacer justicia. Y por lo tanto, cumpliendo el deber que mi oficio me impone, os condeno, como relapsos, a ser quemados. La ley del Emperador, a fin de que no la ignoréis, exige que aquel que ha sido aprehendido por luterano una vez, y habiéndosele perdonado reincide después en su herejía y es recapturado, sin otra forma de proceso sea quemado. Ahora bien, hace veinte años, como sabéis, que fuisteis aprehendidos por esta misma causa, y os fué perdonada la

vida con sólo hacer una retractación pública, y, no obstante, no habéis desistido de vuestros primeros errores, antes habéis vuelto a caer en ellos y en manos de la justicia. Esta es, pues, causa suficiente para que seáis condenados según la ley del Emperador. Por lo que a mí respecta, yo estoy aquí designado por él, para pronunciar las sentencias según las leyes ordenan. Por lo tanto, pensad en vuestra conciencia, pues, como habéis oído, vuestros cuerpos serán en breve quemados y reducidos a cenizas.

Dicho esto, se volvió incontinenti a los guardias y les ordenó que los llevaran a la prisión, y que se hiciera venir al penitenciario para confesarlos. A los que han sido aprehendidos dos veces les llaman, como veis, relapsos; como si fuera difícil encontrar mil ocasiones contra un hombre de bien, para atormentarlo injustamente y sin causa, y hacerlo prender tantas veces como se quiera, ya que hoy se tolera que la vida de las gentes de bien esté sujeta y expuesta a las calumnias de los malvados. Que si se busca ocasión y motivo para perder a los buenos, es más fácil que encontrar un bastón para castigar a un perro, como se dice. Y si tales leyes, no solamente impías, sino contrarias al sentido común de los hombres, son aceptadas en la cristiandad, ya no queda otra cosa que hacer que abrir las ventanas, o más bien hacer un camino ancho a los malvados, por el cual siempre y cuando quiera que se les ocurra, les sea permitido tender emboscadas a la gente de bien, invadir sus bienes, traicionar su inocencia; por el cual puedan, fácilmente y sin miedo al castigo, abusar de todas las leyes divinas y humanas, y triunfar en todas sus empresas. No estoy cul-

pando a nadie; solamente presento las artes y subterfugios odiosos que se utilizan hoy en día. Y sin embargo, aunque tales cosas hoy sean reprobadas por muchas personas doctas y de gran autoridad, con todo reinan en muchos lugares y, es difícil creer cuánta sangre cristiana han derramado por medio de ellas, unos cuantos bribones, de cinco años a esta parte. No me entretendré aquí en nombrar una infinita cantidad de gentes muy de bien; ciertamente pueden ser testigos estos dos, los cuales no han sido condenados por otra cosa que por haber sido aprehendidos por segunda vez, sin entrar a discutir o inquirir si lo han sido con razón o sin causa. Para hacerlos morir basta que hayan sido aprehendidos. ¡Oh ceguera cruel y crueldad ciega! ¿Dónde estará en seguridad, entonces, la inocencia? ¿Qué piedad habrá en el mundo: ¿Qué virtud podrá estar, en esta confusión, segura contra la furia y las asechanzas de los tiranos? Mas al presente nada aprovechan estas razones o lamentaciones. Los pobres condenados fueron llevados entonces a la prisión, allí donde se les dejó permanecer dos días enteros después de haber sido pronunciada su sentencia. Les enviaron, entre tanto, algunos monjes ignorantes que con sus fantasías les rompieran la cabeza y los atormentaran durante ese tiempo. Mientras tanto, en la ciudad todo era confusión, y se preparaba con gran diligencia todo lo necesario para ejecutar a esos pobres cristianos. Y aunque fuera costumbre hacer justicia siempre fuera de la ciudad, donde estaba el patíbulo, no obstante, para intimidar y amedrentar a los ciudadanos, quisieron hacer esta injusticia y sacrificio en medio de la ciudad, en el mercado enfrente del gran templo.

Ejecución de las sentencias

Así, habiendo decidido hacer su carnicería al día siguiente, y viendo la conmoción que había en la ciudad, y el peligro de que se produjera una sedición, ordenaron que todos los bandos de la ciudad estuvieran sobre las armas a la mañana siguiente (porque en tales ciudades hay siempre un bando juramentado de cada oficio), para guardar el mercado y escoltar a la asamblea. Una cantidad infinita de ciudadanos, por lo que yo sé de cierto, fueron obligados a concurrir, si no querían perder sus bienes y su vida; pero Dios sabe que fueron a la fuerza y lamentándolo mucho. En cuanto a mí, a las cinco de la mañana me fui al mercado, porque se decía que los llevarían a las seis, para poder ver cuidadosamente todo lo que se hiciera. Se encontraban ya allí muchos obreros, que con gran diligencia cercaban una parte del mercado con grandes tirantes de madera, a fin de que nadie de la multitud pudiera entrar dentro del círculo, salvo aquellos que iban a representar esta tragedia, como los verdugos y soldados. En medio del círculo se habían erigido dos maderos en forma de cruz, que sobresalían de la tierra hasta la altura de un hombre, y enterrados otro tanto. De lo alto de ellos pendían dos cadenas de hierro, y tenían varios agujeros, por uno de los cuales pasaba una cuerda de cáñamo. Después que los obreros hubieron preparado todo este aparato, trajeron muchos haces de leña y otros maderos, que colocaron dentro del círculo, listos para echarlos al fuego cuando fuera necesario. Esto era

en el mes de julio de 1543, y hace al presente ya dos años que aquellos desgraciados sacrificaron al Padre eterno esos pobres cristianos. Después de hecho lo que hemos relatado más arriba, vino el Procurador general con sus compañeros, los cuales se retiraron a una casa que está sola dentro del mercado, enfrente del templo. Poco después fueron llevados los pobres prisioneros y puestos frente a frente al lugar donde se sentaba aquel hombre cruel, de suerte que pudiera hablarles desde donde estaba, y pudiera también oírles. Entonces comenzó con gran arrogancia a reprocharles y acusarlos de impiedad, aunque estaban ya debilitados y como medio muertos; y les conjuró por la salvación de sus almas que tuvieran compasión de sus almas, y preguntó si había alguien entre la concurrencia que les tuviera tanto afecto como para mandar cantar algunas misas por ellos, a fin de que sus almas no fuesen atormentadas como los cuerpos. Hay quien dice que ellos pidieron misas, pero yo estaba bastante cerca y no oí nada. Oí bien que dijeron algo con voz temblorosa, pero fue bien poca cosa, que no fue posible oír ni entender a causa del gran ruido que hacía el pueblo. Algunos de los que estaban más cerca de ellos me han afirmado que deploraron sus pecados hacia Dios y dijeron recibir la muerte de buen grado, fiados en su misericordia. Juntos rogaron a Dios que por su bondad y poder los ayudara en ese trance final, y que, librados de la tiranía de Satanás, pudieran pasar a la vida de los bienaventurados por el medio y conducto de Jesucristo. Por consiguiente, les hacen una gran injuria quienes dicen que pidieron ser ayudados con misas. Terminada esta plegaria, el verdugo los llevó incontinenti a los dos postes

levantados, separados el uno del otro por un pequeño espacio, les ató los pies y les colocó al cuello esa cadena de hierro que pendía de lo alto de los postes, y puso con ella un lazo colgante de cuerda bastante flojo. Después les arrimó los haces de leña, y con mucha paja y pólvora de cañón recubrió los dos postes por todos lados, de modo que parecía que fueran chozas. Luego, a una señal del Procurador, empezó a tirar hacia atrás el lazo con gran fuerza, con lo cual los estranguló. Entonces aquel desgraciado Procurador, lleno de gozo, hizo encender una antorcha de cera, que con su propia mano entregó al verdugo para encender el fuego, y lo hizo con tanta alegría que si hubiera sido declarado emperador del pueblo de Roma no hubiera estado más contento; con tanta energía, que faltó poco para que se cayera del lugar en que estaba. Hizo reír a mucha gente con su apresuramiento, pero eran muchos más los que con horribles imprecaciones encomendaban a todos los diablos a aquella bestia sanguinaria. Me parece ver todavía la boca torcida de aquel hombre furioso, por la cual arrojaba llamas mucho más espantosas que las de la antorcha que sostenía, su rostro horripilante y su ardiente rabia, sus ojos furiosos y todo su aspecto que descubría tan a las claras su rabia oculta; pero que verdaderamente estaba en ese momento poseído del Diablo, por la agitación que lo poseía.

Mientras se hacía esto, poco faltó para que se produjera un gran desorden entre la enorme multitud que había acudido para ver. Pues como los estudiantes, estando apretados se empujaban unos a otros, algunos se vieron

obligados a pasar dentro de la barrera del círculo, para salvarse de la multitud; entonces uno de los gendarmes se dirigió a un estudiante que estaba cerca de él, y quiso hacerlo salir, con arrogancia. El estudiante le dijo que no podía; el otro lo amenazó con la espada, y el estudiante le soltó un soplamocos. Entonces se produjo un revuelo entre la multitud, y el procurador general, enfadado por el atrevimiento del estudiante, quiso que fuera adonde él estaba; pero éste se negó a ir y le hizo contestar que hiciera lo que era su oficio, si es que podía hacerlo, y que mandara a sus súbditos, que sobre él no tenía autoridad alguna. Había algunos, aun entre los gendarmes, que incitaban a los estudiantes a arrojarse sobre aquellos falsos jueces, prometiéndoles seguirlos si alguno de ellos comenzaba. El procurador, presa de gran excitación, como un león rugiente, fué en persona adonde estaba el estudiante, quien lo recibió con palabras de igual bravura que la que él traía. Pero no le hizo otra cosa que amenazarlo, porque no tenía autoridad sobre él. Así, después de tratar de apaciguar al pueblo, se volvió a su sitio.

No se había extinguido este alboroto cuando el verdugo encendió el fuego, el cual teniendo materia seca y de fácil combustión, prendió en tal forma que es imposible de decir. No recuerdo, ciertamente, haber visto jamás nada más espantoso. Tanta era la altura del fuego y la fuerza de las llamas, que se hubiera dicho que tocaban las nubes y quisieran inflamarlas y quemarlas. Una infinidad de chispas de fuego se remontaban por el aire, entre estallidos, haciendo tanto ruido que se hubiera dicho (como era

la verdad) que clamaban delante de Dios por venganza de la sangre inocente derramada. ¿Cómo pensáis vos que estaría yo en tan horrible espectáculo? Yo estaba dominado por un dolor tal, que a duras penas podía dominarme: pero viendo que me hubiera quejado en vano y que poco o nada hubiera aprovechado a esas gentes enfurecidas en su maldad, me retuve todo lo que me fue posible. Aunque no siempre pude contenerme, que a veces se me escapaban algunos suspiros y voces lastimeras. En suma, el fuego fue tan grande que en poco tiempo los cuerpos consumidos se desvanecieron.

Ahora bien, aquellos jueces, no conformes con la enorme crueldad de la que se regalaban los ojos con mucho más gusto que lo que lo hubieran hecho con sus vientres por algún buen banquete bien preparado, cosa que es común entre ellos, fueron más allá y procedieron a la condenación de los otros que estaban todavía en la prisión. El mismo día, a eso de las once, hicieron comparecer a un hombre, ciudadano de Lovaina, y con él dos mujeres de edad, también naturales de la ciudad, para hacerles oír una horrible sentencia, que el cruel procurador general les comunicó en pocas palabras, ordenando simplemente que el hombre fuese decapitado al día siguiente, y las mujeres enterradas vivas. Lo cual, según dijo, ordenaba obligado por las leyes del Emperador. Porque hay otra ley de aquél que manda que no se perdone a ningún luterano, sea que lo haya sido o que lo sea todavía al presente, aun cuando se hubiere retractado. Sin embargo, a fin de que esta ley no pareciera demasiado rigurosa, agrega la siguiente corrección: Si el acusado quiere abju-

rar sus creencias luteranas, —dice— no será quemado, que es el suplicio destinado a los que permanecen obstinados y empecinados, sino tan solamente decapitado. Ahora bien, como este hombre se había retractado, lo castigaron más suavemente, pero si murió no fue porque fuera luterano, sino porque lo había sido antes. ¡Oh hermosa ley, basada en un gran sentimiento, y observada supersticiosamente en todos sus puntos por este juez! Contra las mujeres, en vista de que habían mostrado una gran virtud en un cuerpo enfermo y débil, y que se mantenían firmes en la verdad (lo que llaman ser pertinaz), pronunció una sentencia de extrema crueldad, a saber, que fueran enterradas vivas. Y no había en toda la sentencia otra causa ni razón que la de que habían emprendido la defensa de algunas sentencias y proposiciones luteranas, de las cuales no querían retractarse. Aunque si por ventura se apremia a cualquiera de ellos para que diga qué es ser luterano y sostener obstinadamente opiniones luteranas, no podrá responder otra cosa sino que es algo diabólico, una maldad tan colmada, que no es lícito decir delante del pueblo lo que es. Así cierran la boca a las pobres gente simples e ignorantes, entre las cuales muchas no saben qué responder a esto y otras son presa de la desesperación. Tanto ha crecido ya la maldad de los adversarios, su impiedad es tan grande, y su ignorancia es tan grosera, que ya llegan al extremo, y sus fraudes e hipocresías son conocidos ya por las mujeres y los niños; al punto de encontrarse hoy en día personas que se atreven a decir públicamente que ser hereje, para estos gentiles jueces, no es otra cosa que ser verídico, es decir, sostener la verdad. Ellos no ignoran lo que se dice

de ellos, y que se los tiene en tal concepto; pero prefieren mantener su tiranía por la fuerza y la efusión de sangre, antes que volverse a la verdad. Y aun tienen también a su lado hombres apostados, formados en su escuela y sobornados por ellos, los cuales, tan pronto como ellos terminan de hablar, aprueban con gran admiración sus arengas y lanzan groseras y falsas injurias contra las pobres gentes, que saben están condenadas a muerte. Como sucedió con una de esas mujeres. Esta, llamada Antonieta, pertenecía a casi la más honrada y principal familia de toda la ciudad; el señor Juan Lasco se había alojado alguna vez en su casa. Sus padres y antepasados habían estado frecuentemente en el gobierno de la República, y siendo ya de casi setenta años de edad, cuando la fuerza del cuerpo y del espíritu empieza en otros a declinar, es increíble cómo la abrasaba la piedad. Sobre todo, era aficionada a leer y meditar las Santas Escrituras, e informarse así de la voluntad de Dios, y ponerla asimismo en ejecución ejerciendo la caridad hacia sus prójimos. Interrogada finalmente en esta persecución acerca de su fe, había sostenido intrépidamente que había aprendido las santas letras; y porque daba más fe a la verdad eterna de Dios revelada en la Santa Escritura, que a las invenciones y tradiciones de los hombres, fue entregada a cruel muerte, en edad tan avanzada, con otros dos, un hombre y una mujer, a quienes nos hemos ya referido antes. Estos tres, como había sido ordenado, terminaron sus días al día siguiente; al hombre le cortaron la cabeza, y las dos mujeres fueron enterradas vivas. Al mismo tiempo inquirí diligentemente entre los amigos de dicha mujer, y aun de uno que creí que conociera más que los otros los se-

cretos de los teólogos, sobre el porqué aquella honesta mujer de linaje tan antiguo y honorable, y que siempre había sido tenida en la ciudad por ejemplo de virtud y piedad, había sido tan ignominiosamente enterrada viva. El me respondió que no podía afirmar nada, en vista de que en la sentencia no se había dado a conocer la causa de su muerte, pero que no dudaba de que hubiera una causa bien legítima. Que él había oído decir a los señores nuestros amos, que sus parientes y amigos, y el mismo Magistrado, habían ofrecido tanto dinero a los jueces para librarla, que no tenía duda alguna de que, si no hubiera habido causa justa y necesaria, la hubieran dejado en libertad; pero que sus crímenes eran tan grandes, que aun los teólogos en sus conversaciones particulares tenían horror a mencionarlos. Como yo lo apremiara para que me dijera algo más, me contestó: "¿Qué queréis que os diga? Era luterana; no concurría al templo, o lo hacía muy raras veces; decía que no había que participar del sacramento de la eucaristía si no era administrado bajo las dos especies, y se sabía bien que desde hacía mucho tiempo no había comulgado con los demás católicos. Decía que el sacrificio de la misa era idolatría; recibía en su casa a individuos de la misma secta; se le han secuestrado libros prohibidos. Yo diría, todavía más, que era sacramentaria." "He ahí algunas cosas grandes, dije yo, pero faltaría ver, sin embargo, con qué razones defendía ella su declaración; no debe ser incontinenti juzgado como herejía todo aquello que no concuerda con las opiniones de uno o dos de nuestros señores, mayormente cuando vuelven bien alegres de algún banquete, y

no piensan más que en el buen vino y las buenas viandas. Lo que leemos en las Santas Escrituras inspiradas por Dios, debe ser considerado cierto y aceptado sin disputa; pero lo que nuestros señores acostumbran soñar después de haber bebido, muy frecuentemente son tontas fantasías. Por tanto, yo opino que hay mucho que hablar entre uno y otro, y que todo lo que no está de acuerdo con el juicio de ellos no debe ser incontinenti juzgado como herejía." "¿Qué es lo que decís? —me contestó—, ¿qué es lo que oigo salir de vuestra boca? Me parecéis vos también contaminado con esa herejía." "No tengo por qué decir lo que vos me parecéis —dije yo—, pero en cuanto a mí, yo sé bien lo que no conviene y menosprecio las falsas imaginaciones y servicios hechos a placer de todo el mundo, y de todo corazón abrazo y me adhiero a la doctrina de Jesucristo, y no tendré dificultad, cuando las circunstancias lo requieran, en derramar mi sangre para defenderla y publicarla. Pero, hablando con todo el respeto que se os debe, me parece que no hacéis bien en juzgar una cosa que os es desconocida, ni más ni menos que si estuvierais bien informado de ella." Entonces él me dijo: "Si creéis que todo lo que os he dicho es leve y de poca importancia, sabed que además de todo eso ella era anabaptista, favorecía a los rebautizados, y aun, según decía, en su casa habían sido rebautizados más de seis mil." Agregó todavía la mar de columnias, que nuestros bellos señores habían hecho sembrar entre el pueblo, para cubrir por ese medio su maldad y hacer odiosa la causa del evangelio. Por el contrario, lo cierto y sabido por todos los que conocieron la vida de dicha mujer, es que abundaba en toda virtud y buenos ejem-

plos, y que siempre había aborrecido las opiniones fantásticas de los anabaptistas. Pero estos fariseos son tales que, estando convencidos de la justicia y rectitud de la causa que combaten, quieren vencer, sin embargo, por medio de ficciones, mentiras y falsas acusaciones. Entre otras cosas que en esta causa movían a piedad al corazón, así fuera de piedra, se hallaba la hija de esa honesta mujer, la cual era de tierna edad, de rostro honesto, bien educada. La pobre niña fue obligada a asistir a la muerte de su madre en alguna casa cercana. Mientras se preparaba toda esa ejecución ella se había mantenido quieta en su tristeza; pero cuando llegó el momento de la muerte de su madre, ¡Dios mío, qué llanto, qué lamento! Comenzó entonces a hablar y a desahogar la angustia de su corazón, de tal suerte que corrió la voz por la ciudad de que se había vuelto loca. Un torrente de lágrimas brotaba de sus ojos como de una fuente, se arrancaba los cabellos, se lastimaba la cara y demostraba el increíble dolor de su corazón con voces de atroces pasiones. Porque aun cuando en tal edad, por no haber tenido experiencia de esta vida común, y por la incapacidad de la naturaleza, no pudiera comprender enteramente la enormidad de su infortunio, sin embargo, demostró estar poseído su espíritu de una pasión tan grande, y haber sido afligida tan vivamente por la desventura de su madre, que no podría comprenderlo sino quien hubiera sentido el mismo dolor. Un secreto sentimiento natural le proporcionó entonces además de la capacidad de su espíritu, juicio y prudencia para sentir el peso de su mal, que generalmente la edad no ha dado todavía a los jóvenes, a causa de la poca experiencia que tienen de las cosas del mundo. La

pobre niña quedó sola, sin ayuda ni socorro humano, huérfana de padre y madre, despojada de sus bienes, y lo que más se toma en cuenta entre los hombres, infamada para siempre. Aunque, bien considerado, el primero y más grande honor es el de morir por la defensa de la religión cristiana, y el segundo, tener alguna relación de sangre y parentesco con los que mueren por esa causa, aunque el juicio del mundo sea otro. Pues él estima como enteramente miserables a aquellos cuyo nombre está señalado por esa mancha. ¿Qué muerte no sería preferible a una vida tan miserable? Y, sin embargo, la pobre niña vive todavía, y confía en que Dios, que es el Padre de los huérfanos, no la abandonará.

El mismo día que se realizó esta ejecución, los jueces hicieron comparecer todavía al resto de los prisioneros para comunicarles sus sentencias. Y aunque todos fueran inocentes de aquello de que se les acusaba, y no se hubiera podido hallar contra ellos ninguna causa que impidiera que fueran absueltos, sin embargo, aquellos jueces no quisieron dejar escapar a ninguno de los que habían soportado el interrogatorio, sin una fuerte multa y sin una nota de infamia. Todos fueron condenados a pagar, y algunos sumas tan crecidas que sus bienes casi no podían soportarlas. Y aunque hubiera en casa un gran número de pobres criaturas, alimentadas por el trabajo diario de su padre, éstas debían ser privadas de su alimento, más bien que dejar de satisfacer a esas voraces arpías. Eso era poco, sin embargo; tenían, además, que señalar con una marca infamante a los padres. Así, pues, fueron condenados todos a ir al gran templo, descalzos y en cabeza,

sin otra cosa puesta que una camisa, empuñando una antorcha, y allí arrodillarse delante del sacramento, como ellos lo llaman, que se encuentra en medio del templo encerrado entre barras de hierro, como en una prisión, y pedir perdón por sus pecados. Además, a presentarse en el mismo estado todos los domingos y días festivos durante medio año, en lo que llaman la procesión. Y si alguno no se presentaba, debía ser quemado incontinenti como hereje empedernido. ¡Cruel impiedad! Pero los jueces no podían darse por contentos y satisfechos con menos. Una vez terminada toda esa ejecución de Lovaina, el procurador general se volvió a Bruselas, para litigar sus causas ordinarias como antes, gozoso de haber llevado a tan feliz término su misión, y de la presa que había arrancado de la sangre y los tuétanos de la pobre gente.

Las leyes imperiales

Ahora es ya tiempo de que hable un poco de esas leyes publicadas en nombre del Emperador, que estos jueces y ejecutores alegan para encubrir su codicia, a fin de que se vea la fuente y origen de toda esa crueldad. Desde que recientemente fueran excitadas las controversias y discusiones eclesiásticas, los monjes y teólogos, viendo que ella tendían no menos a su descrédito y a la disminución de sus prácticas y dignidades, que al lustre de la gloria de Jesucristo, no cesaron por tal motivo de empujar e instigar al Emperador Carlos para que en estos países y señoríos fuesen prohibidos los libros de los alemanes, so pena de confiscación de cuerpos y de bienes.

Y ello fue causa de que el pueblo se aficionara tanto a ellos, que abandonó inmediatamente las cuestiones tenebrosas de esos fariseos y se adhirió a la pura verdad de Dios contenida y declarada en dichos libros, pura, abierta y ordenadamente. Entonces, para conseguir sus fines, agregaron a los ruegos, imprecaciones, y aun notables execraciones, en el sentido de que, si el Emperador no extinguía esa secta pululante, y no sofocaba ese mal creciente, mientras era todavía hierba, le acontecería perder esa buena y floreciente fortuna que Dios le había enviado, no por otra cosa que por haber amado y cuidado siempre la religión de sus antepasados. Por otra parte, no le faltaban aduladores que hicieran girar la rueda y le demostraran incesantemente que la religión de los santos padres (así llaman ellos a esa religión que manifiestamente ven es contraria a la de Jesucristo) se habría perdido si no fuera porque los reyes y príncipes habían usado cualquier remedio, por violento que fuera, para volver la Iglesia a su primer florecimiento, es decir, como ellos la interpretan; si no hubieran reducido a todo el pueblo a la obediencia al Papa de Roma y a la observancia de sus ceremonias. Para abreviar, el Emperador, vencido por sus imprecaciones, para verse libre de esos importunos, les permitió hacer lo que quisieran. Pues él estaba por ese entonces empeñado en empresas guerreras y era tan ignorante de los méritos de la causa como de los males que se producirían. Era fácil de vencer quien no hacía mucha resistencia. En consecuencia, se comenzaron a publicar por todos lados leyes crueles, tanto en España como en el País Bajo, hace más o menos unos veinte años; y luego, en el año 1531, más horribles todavía. Pero las

que se publicaron en el año 1540 superan a todas las otras en crueldad, y demuestran abiertamente que los que las inventaron estaban despojados de todo sentimiento o razón de humanidad; se puede decir que fueron escritas no con tinta, sino con la sangre de los cristianos. Como yo las he oído recitar, y es sobre ellas que se funda toda esa horrible carnicería que se ha realizado desde entonces, hablaré brevemente de ellas.

Hay entre los hombres dos géneros determinados de animales: el de aquellos que se hacen llamar teólogos, y el de los frailes, que me hacen dudar de que la naturaleza produzca algo más pernicioso para el género humano que ellos. Unos y otros son malos, perversos, haraganes e ineptos para todo lo que sea honesto; nacidos y criados solamente para maldecir, calumniar y censurar las honestas labores de los demás; enemigos del trabajo, de la virtud y de la verdadera religión; amigos tan sólo del engaño, del fraude, de la maledicencia, de la crueldad, de la superstición y la impiedad. En suma, jamás se diría que fueran productos de la naturaleza, que es nodriza y conservadora de todas las cosas buenas, sino más bien engendros de alguna furia, o de algún espíritu maligno, antiguo enemigo del género humano que por ellos, como instrumentos apropiados, hubiera lanzado su último suspiro. Porque como no puede soportar la luz del Hijo de Dios, reencendida por gracia singular en estos tiempos, se esfuerza todo lo posible por obstaculizar la difusión del evangelio mediante esos sus instrumentos, y por extinguir la doctrina de la salvación en el entendimiento de los hombres.

Todos esos ministros de Satanás abordaron al Emperador Carlos el año 1540, cuando volvió a Flandes para apaciguar el tumulto de Gante, y comenzaron a rogarle que, si amaba la salvación del país, la piedad y la antigua religión, socorriera a la iglesia, que estaba a punto de caer en ruinas, y que mediante algún remedio inmediato impidiera el avance de esta peste luterana, que así recorría todo el mundo, a fin de que no fueran del todo abolidos la autoridad de la iglesia, el servicio de Dios, el temor de las leyes y el soberano poder eclesiástico. Que si en España había querido imponer tan buen orden que en toda esa región tan grande no se percibía el menor rastro de luteranismo (porque allá, dicen, tan pronto como aparece la más pequeña señal de esta nueva doctrina —así llaman al evangelio de Jesucristo—, inmediatamente son castigados los autores, de modo que antes que la cosa se encienda ya está apagada), ¿cuánto más debería cuidar que el país donde él ha nacido y se ha criado fuese guardado incontaminado de esta mancha; que la autoridad de la iglesia, renombrada entre las personas doctas, la religión que le había sido legada por sus antepasados y los papas antiguos, como de mano en mano, fuera conservada allí en su integridad? Lo cual no sería posible hacer a no ser que él diera orden de que por cualquier medio, por violento que fuera, fuese desarraigada y extirpada completamente la herejía luterana, que ya estaba muy arraigada en toda la baja Alemania. Lo conjuraron, pues, por la potencia divina, a que oyera la voz del país clamando e implorando por no sé qué derecho la ayuda de su señor natural, y de aquel que él había

nutrido en sus brazos: que quisiera arrojar y empujar lejos de sus límites, de las cabezas de los ciudadanos, de los templos, en suma de los santos altares dedicados a celebrar los santos misterios y los sagrados sacrificios de las misas, esta abominable herejía que pisoteaba la autoridad del santo padre gran vicario de Jesucristo, la dignidad y potencia de la iglesia, y menospreciaba la superioridad de nuestros amos, de los religiosos y toda su doctrina. Que considerase, pues, la religión de sus padres, su piedad y constancia en la defensa de la autoridad del Papa y en la extirpación de esa pestífera herejía, a cuya piedad debía atribuir todas sus victorias, sus triunfos y toda su prosperidad. Que considerase la necesidad presente, la contumacia del pueblo, que no obstante todos los edictos publicados en lo pasado, no había dejado de leer los libros de los alemanes, aprobar sus doctrinas, menospreciar la suya propia, e introducir no sé qué nueva doctrina en la Iglesia. Que si esa audaz licencia permanece impune, si la majestad del Emperador no le aplica un remedio violento, ellos aseguran que en breve los profesores de teología serán expulsados de sus escuelas, los predicadores de sus púlpitos, los frailes y religiosos de sus conventos, lo que se puede ver realizado ya en Alemania e Inglaterra. Que la sagrada Majestad no puede permitir que una audacia tan desenfrenada tenga lugar en su país; al contrario, que el pueblo cristiano tiene tan buena opinión y espera tanto de su constancia y singular celo en defensa de la religión que ha recibido de sus antepasados, que apaciguará fácilmente con su singular prudencia, gravedad y potencia todas esas emociones temerarias, con

gran daño para los rebeldes y con gran provecho para todas las gentes de bien.

Con estas ilusiones y propósitos encubiertos y sediciosos, esta clase de gente pudieron fácilmente pervertir y llevar de un lado a otro todos los sentidos del Emperador, que por lo demás es muy benigno y naturalmente inclinado a la paz y la dulzura. En consecuencia, les permitió, ya que él no podía entender en ello, que hicieran ellos mismos lo que creyeran bueno para la salvación y provecho de la Iglesia. La victoria entonces les fue fácil, constituídos de acusadores en jueces. Por lo tanto, trazaron incontinenti leyes tales como jamás se vieron ni se oyó hablar de que existieran. Yo las transcribiría aquí palabra por palabra, si no lo creyera superfluo. Pero tocaré sólo someramente aquellas que conciernen más de cerca a la religión.

Primeramente, se prohibe en general los libros de todos los alemanes que de veinte años a esta parte han escrito sobre teología, o que escriban en adelante, de los cuales se menciona también en particular una gran cantidad.

Luego, ordena que nadie sea tan osado que componga o cante canciones espirituales en lengua vulgar, ni lea o tenga en forma alguna aquellas que hubieren sido compuestas por otros.

Están prohibidas las asambleas en que se hable de religión, que ellos llaman conventículos; y asimismo queda prohibido a todos conversar sobre la religión, sea en el mercado, sea en el hogar para enseñar a instruir a la familia, como lo ordena la Palabra de Dios.

En suma, están prohibidos los pensamientos y movimientos del espíritu. Pues estas bellas leyes ordenan que los hombres no hagan, ni hablen, ni lean, ni piensen otra cosa tocante a los artículos de la fe y la observancia de las ceremonias, que aquello que la Iglesia Romana ha ordenado, las leyes han ordenado, y nuestros amos y los frailes enseñan en su sinagoga.

Que nadie frecuente, ni reciba en su casa, beba o coma, o se acueste con hombre alguno que haya jamás enseñado, dicho o pensado de otro modo.

Que si alguien ha conocido a alguno de los tales, y no lo ha revelado, sea castigado como fautor y encubridor de herejes, con la misma pena que fuere castigado el otro.

Que nadie presuma enseñar algo de la religión, o aprenderlo, o disputar sobre los artículos de fe, o conferir de cosa alguna concerniente a la Santa Escritura. En breve, que todo el mundo se contente con la instrucción y la enseñanza que se da, o en las predicaciones en los templos o en las lecciones de nuestros maestros.

Que nadie, ya sea estudiante o sabio, o de cualquier otro estado o condición que sea, se entremeta a leer, enseñar o interpretar ningún libro de la Santa Escritura, o conversar con alguien acerca del sentido de aquélla, si no pertenece a la profesión teológica y se ha graduado en alguna universidad famosa.

Hay muchas leyes semejantes que no es necesario detallar aquí, las cuales y todas las que hemos mencionado más arriba, son confirmadas bajo pena de muerte para todos aquellos que las transgredieren; a los hombres, de ser quemados, y a las mujeres de ser enterradas vivas,

amén de serles confiscados todos y cada uno de sus bienes, e infamada para siempre su familia y todo su linaje.

Además, se discierne y constituye una recompensa para los delatores, como autores de alguna obra excelente, o como causantes de la salvación de la república.

Son éstas que oís leyes crudelísimas, por causa de las cuales pienso que ha sido derramada hasta hoy más sangre de cristianos que tinta se haya empleado jamás para escribir o imprimir libros. ¿Y cuánta se derramará aún, bajo este malvado subterfugio, por el cual vemos claramente abierto el camino a los calumniadores, para llevar a la muerte, cuando bien les pareciere, al hombre más inocente del mundo? Cosa cruel y peligrosísima en toda república. ¿Qué se puede decir de esto: Si tú lees el libro más insignificante, en el cual se encuentre, por azar la menor cosa que les sea sospechosa; si tan solamente se encuentra en algún rincón de tu casa alguna hojita sospechosa, sin que tú sepas nada, incontinenti te hace perder tus bienes y morir. ¡Que Dios detenga y desbarate semejante impiedad! ¿Y cómo, pregunto, se podrá saber lo que es o no es sospechoso para estos tiranos, pues que sólo dan reglas generales? Lo cual han hecho cauta y maliciosamente, con el sólo objeto de juzgar como bien les parezca todas las cosas, a su placer, como aquellos a quienes odian, so pretexto de observar estas leyes que, a la verdad, son condenables y dictadas por ellos mismos, que son a la vez juez y parte. Ellos dicen que el autor es el Emperador; pero por más que se empeñen en decirlo, él jamás las ha leído ni visto, y no cabe la menor duda de que si él supiera las iniquidades que se ocultan

detrás de ellas, o pudiera ver y percibir la crueldad que se ejerce contra los pobres cristianos, al amparo de las mismas, las revocaría y aboliría incontinenti, pues es muy complaciente y de buen natural. Y, sin embargo, no hace falta que estos sacrílegos, crueles y sanguinarios, abusen del nombre del Emperador para confirmar su maldad. Pero tengan en cuenta todos estos infelices causantes de la efusión de tanta sangre cristiana e inocente, que en breve llegará este terrible día del juicio, en el cual les será reclamada, hasta la última gota, toda la que han derramado, y que allí se encontrarán con una sentencia en su contra, mucho más horrible que cualquiera que ellos hayan aplicado jamás a los miembros de Jesucristo; y no será por un tiempo, como las de ellos, que por un tormento de media hora dan entrada a la vida bienaventurada y a la compañía de Dios y de los ángeles, sino que será para siempre. Y por una sombra de voluptuosidad (si es que en tan grande crueldad puede haber alguna apariencia de placer) les proporcionará horribles tormentos de cuerpo y de alma, que durará para siempre jamás. La venganza de tal impiedad está, sin duda alguna, aparejada y quizá más cercana de lo que piensa, y entonces esas gentes sanguinarias serán castigadas con un suplicio estupendo. Por consiguiente, yo amonesto a todas las personas de bien, que aman la religión cristiana y la salvación de sus almas, que no permanezcan a sabiendas de esa condenación con ellos, sino que más bien huyan a las Indias y Garamantes, o a las tierras del Imperio del Turco, donde ciertamente tienen más libertad y no están tan oprimidos; a fin de que con su presencia no

consientan y apoyen estas crueldades tan horribles, y estas blasfemias evidentes contra Dios Todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Consultas sobre la publicación del Nuevo Testamento

Volvamos ahora a proseguir nuestro propósito al comenzar, y relatemos sucintamente lo que sucedió en Lovaina después de aquella carnicería de ciudadanos. En toda la villa circulaba el rumor de que los teólogos vendrían a visitar los estudios de los escolares, pues que sospechaban que hubiera muchos que tenían y leían los libros de los alemanes, por prohibidos que estuvieran. Mas como supieran bien que los estudiantes eran un poco más violentos que los simples burgueses, y previendo que no podrían lograr lo que pretendían sin recurrir a la fuerza, y sin gran peligro para ellos, después de haberse enfriado un poco, ese rumor que al principio había sido tenido por cierto se extinguió por completo, de suerte que poco después la ciudad parecía estar completamente tranquila, por lo que hace al aspecto exterior de la república. Porque aunque el estado exterior de la ciudad fuera en apariencia tranquilo, yo no creo que esas furias de los teólogos y sus cómplices cesaran de maquinar en sus espíritus alguna gran perversidad para alterar la paz pública.

Fue entonces cuando comencé por primera vez a pensar en el medio de editar el Nuevo Testamento que yo

había traducido en lengua española, habiendo deliberadamente diferido su impresión hasta ese momento, a causa de la intranquilidad pública de que hemos hablado más arriba. Pero no quise fiar tanto en mi propio entendimiento como para no pedir consejo a mis amigos. Por consiguiente, descubrí mis intenciones a muchos de los grandes personajes españoles y otras personas sabias, que a mi juicio sobrepasaban a las demás en sabiduría, seriedad y doctrina, todos los cuales, unánimemente, aprobaron entusiasmadas mi intento, y me aconsejaron que me diera prisa. Entre otros, había algunos monjes, que si bien eran muy supersticiosos, dijeron, sin embargo, que desde que nació Jesucristo los españoles no habían recibido un bien tan grande como aquel. Otros dijeron que hubieran deseado verlo impreso aunque fuera con su propia sangre, de no haber habido otro medio. Pero en cuanto a mí, aunque las opiniones de toda esa gente me honrasen, y que viera bien que me aplaudían, no me hubieran persuadido jamás, sin embargo, a darlo a luz, si no fuera porque sabía que sería admirablemente provechoso, y que aun era necesario al pueblo cristiano. Por tanto, decidí entregarlo al impresor, a fin de que la nación española, que se gloría entre las demás con el nombre de cristiana, no fuera la única privada de este tesoro celestial que es el poseer la Santa Escritura en su idioma. Porque como lo sabéis, Monseñor y maestro, el Nuevo Testamento no fué nunca hasta ahora leído en España por la gente común. Por lo demás, a fin de que mi empresa se desarrollara con más seguridad, decidí guiarme por algún buen consejo. Yo sabía que era costumbre que los libros

sobre teología que se componían, antes de ser sacados a luz fueran examinados y aprobados por la Facultad de Teología. Ahora bien, con los libros santos jamás se había hecho eso, ni se debía hacer; porque sería una gran impiedad decir que la Palabra de Dios deba estar sujeta al juicio de cualquier insensato. Siendo, pues, que por mi parte no había yo compuesto nada mío que debiera dar a examinar a los teólogos, sino solamente que, con la mayor diligencia y fidelidad que me había sido posible había vertido la palabra de Dios de la lengua griega a la nuestra española, guardando en lo posible la propiedad de la una y la otra, no quise, sin embargo, eximirme en este punto de la costumbre aceptada, atendiendo especialmente a que podía hacerlo sin peligro. Me sometí, pues, a la censura de los teólogos, por rígida que fuera, a fin de quitar por ese medio a los malvados la ocasión de calumniar, e hice partícipes a las gentes de bien de mi diligencia. Por mi parte, estaba bien seguro y no temía el juicio de hombre alguno en cuanto a mi versión. Por esta causa envié el libro escrito por mi propia mano al Decano de Lovaina, por un fraile que era muy íntimo de él, a fin de que lo hiciera ver y examinar por personas doctas, y que tuvieran conocimiento de ambas lenguas, y que después de oír el informe de ellas él emitiera su juicio sobre la traducción. Lo cual ya había sido hecho antes, especialmente con un libro español que había sido impreso últimamente. Si yo mismo hubiera llevado personalmente mi libro, tal vez hubiera proseguido y realizado este asunto con más destreza que el otro; pero deliberadamente quise evitar el hablar con ellos, ya que los sabía tan maliciosos como ignorantes. Y la respuesta que dieron

fué digna de su virtud y erudición, a saber, que ellos no entendían la lengua española y por lo tanto no podían juzgar mi libro; agregando también que dudaban de que fuera conveniente para los españoles tener el Nuevo Testamento en su idioma. Porque bien sabemos, dijeron, que todas las herejías que han venido al País Bajo no proceden de otra fuente que de la lectura de las Santas Escrituras traducidas en lengua vulgar. Agregaron, además, que conocían bien a los españoles y que era una sabia decisión la suya de evitar por completo la lectura de las Santas Escrituras, antes que abrir la ventana y dar a las gentes idiotas y al pueblo común ese medio de difundir los escritos de Jesucristo, de los Apóstoles y de los Profetas contra las constituciones y ordenanzas de la Iglesia. Que por su parte ellos desearían afectuosamente que tales versiones fueran completamente abolidas en la Baja Alemania, a fin de poder mantener al pueblo en tal tranquilidad y obediencia a la santa sede apostólica, como lo habían hecho los españoles en su país. Pero que, puesto que el Emperador no lo había prohibido, sino que había permitido a los impresores imprimir todos los libros de la Palabra de Dios sin pedirles autorización, ellos no habían osado prohibir las Biblias en alemán, y que tampoco prohibían ni permitían la edición de este Nuevo Testamento en español. Esta respuesta me dió el fraile de parte de nuestros señores, al cual le dije que no era extraño que los teólogos no entendieran la lengua española o la griega, pues que apenas entendían aun la gramática latina, y se veían obligados, en cosas de suma importancia, a ver, oír y juzgar por los ojos, oídos y juicio de otros. Y ello por ignorancia de las lenguas; de

donde les sucedía frecuentemente que en situaciones muy difíciles se equivocaran vilmente. También, que yo no sería tan malvado como para pedir a los teólogos una cosa que sabía bien que no podían hacer; por lo tanto, sólo les había solicitado algo bien fácil, y que había sido hecho recientemente, a saber, que dieran el encargo de ver mi libro a algunos que tuvieran ese conocimiento, a cuya decisión yo me sometería. Rogué de nuevo a aquel fraile que hiciera presente a los teólogos que sería un honor para ellos que con su consentimiento y agrado se imprimiera este libro; y que de otro modo, aunque ellos no lo quisieran, sería impreso lo mismo, ya que según ellos mismos decían, no lo podían impedir. El fraile hizo diligentemente lo que yo le había encargado, pero no pudo sacarles otra respuesta que la que habían dado antes: que ignoraban el idioma y que no lo impedían ni lo permitían; y por tanto, que yo hiciera lo que me pareciera.

Habiendo recibido esta respuesta de los teólogos, señal tanto de su impiedad como de su ignorancia, determiné decirles adiós del todo, y sin consideración a peligro alguno, hacer aquello que yo sabía necesario para el adelanto de la gloria de Dios según mi vocación; pero todavía, a fin de no fiar demasiado en mí mismo, rogué a algunos españoles, gente sabia y de autoridad, y en todo caso amigos míos, que quisieran pasarse el libro y decirme francamente, como deben hacerlo los amigos, lo que les pareciera, tanto sobre la versión como sobre la edición. Ellos lo hicieron de muy buena gana, y después de haber visto el libro me respondieron que no lo habían

leído de un extremo al otro, a causa de sus ocupaciones, pero que habían comparado algunos de los lugares principales con el griego, habiendo hallado nuestra traducción fiel y digna de elogio; y que juzgando el todo por esas partes, opinaban que el traductor merecía más elogios por esa obra, que denuestos le lanzarían los malvados. Por lo que hacía a la edición, que ellos no osarían ocultarme sus dificultades, pero que tampoco me aconsejaban privar por más tiempo a la Iglesia de Dios de este don celestial. Satisfecho, pues, con su juicio, y mucho más seguro de la ayuda de Dios, me resolví por completo a dar a luz este Nuevo Testamento, esperando que él defendería mi obra, que no había emprendido para otra cosa que para el progreso y la iluminación de la doctrina celestial; y que él conduciría también a su Palabra a su placer, contra todas las empresas y maquinaciones de los hombres. A todo esto, yo estaba dispuesto a partir para Amberes, donde quería hacerlo imprimir, debido a que me parecía haber más comodidad allá, y también para alejarme de la presencia de esos sofistas, desde que declaraban delante de todo el mundo, que no dejaban pasar un momento sin tramar alguna villanía contra la Iglesia de Jesucristo.

Coccus de Brujas

En su ciudad vivía un tal Coccus, de Brujas, llamado Percival, que durante veinte años seguidos, en París y Lovaina, había aprendido idiomas y otras bellas letras, y también los había enseñado públicamente. Era un

hombre de bien y de muy buena reputación en la ciudad por su buena vida; era estimado por los principales de la ciudad, y nadie lo odiaba; todos lo favorecían y como era muy elocuente al hablar y de conversación entretenida, se congraciaba con los más grandes. Un día, en la fiesta que llaman del sacramento, sucedió que este hombre fijó en la puerta del templo algunos versos cuyo título era: *El anatema del sacramento.* El Decano, después de haber leído aquello sin entender lo que quería decir, hizo llamar incontinenti a Coccus y comenzó a interpelarlo ásperamente. "Malvado luterano —decía el Decano— ¿osas llamar al santo sacramento excomunión y cosa abominable?" Coccus le respondió que él no lo había llamado cosa execrable, y que hacía muy mal en juzgar tan temeraria y maliciosamente a su hermano. "¿Quieres tú negar lo que yo veo con mis ojos?" —dijo el Decano—; "¿qué otra cosa que excomunión es anatema?" Entonces le contestó Coccus: "¿Y vos sois maestro en Israel y no sabéis todavía lo que quiere decir anatema? ¿Me preguntáis una cosa en la cual decís ser doctor? Sois tan gran doctor, tan grande teólogo, Decano e Inquisidor de la fe, y no conocéis el significado de una palabrita que se aprende en la gramática. Sí conocierais vuestra gramática, no ignoraríais que anatema es empleado por los buenos autores, y en su significación propia, para designar la ofrenda y el don que se acostumbra colgar en el templo. Por tanto no seáis otra vez tan ligero para reprender, leed buenos libros, estudiad vuestra gramática, a fin de no poner en peligro por vuestra ignorancia a las gentes de bien que sirven a la república". El Decano quiso continuar interrogando a Coccus, pero éste no le respondió nada. Y des-

de entonces empezó a hacerse sospechoso a todos los teólogos, cuya ignorancia e insensatez él había acostumbrado exponer a veces en sus lecciones. Finalmente, aunque él no hacía sino chancear y arrojarles, bromeando, una que otra sátira, el hecho es que comenzaron a querer castigarlo en serio, aunque, por el bien que hacía en la escuela, deberían haberle honrado. Una vez, pues, que todo estuvo en calma en Lovaina, alrededor de uno o dos meses después del martirio de aquellos pobres ciudadanos, de que hemos hablado antes, nuestros señores enviaron a buscar al pobre Coccus un domingo a eso de las nueve, cuando todo el mundo estaba en el templo, a fin de que la cosa se hiciera con menos dificultad. Habiendo venido, sin más discusión ni interrogatorio, fue llevado por el Promotor al convento de ciertos monjes legos, encargados de sepultar los muertos. Allí fué puesto en prisión, y se les ordenó a los monjes engrillarlo aparte en alguna cámara secreta y retirada, a fin de que nadie llegara hasta él; asimismo, si se les preguntaba si él estaba allí, debían decir que no. Oís aquí de un acto horrible, pero todavía oiréis de muchos otros, por los cuales comprenderéis la perversidad y las malas artes de los teólogos. El Promotor, habiendo dejado a Coccus en la cárcel, se constituyó en su domicilio, y con la autorización del Rector de la Facultad de Teología (pues es ministro y promotor de impiedad y crueldad tanto como el obispo) se apoderó de su biblioteca, de su dinero, de sus ropas, de sus muebles y de todos los bienes del pobre prisionero. Todo fue llevado a casa de los teólogos, y poco tiempo después vendido para proporcionar alimentos al pobre Coccus. Porque entre otras virtudes, estos esclavos del vientre tienen tal avaricia que

antes se les arrancaría un ojo que un denario, ni aun para cumplir sus horribles designios. Mas como la cosa no podía quedar mucho tiempo oculta, oíd una horrible calumnia que van a forjar y publicar cuando se les pregunte por qué han aprehendido a Coccus. Sobornaron a algunos de su secta, los cuales diseminan por la ciudad el rumor de que Coccus fué encarcelado por motivos grandes y legítimos, y no por la religión, aunque en esto tampoco anduviera muy derecho; la causa real habría sido el estar manchado de sodomía, lo cual afirmaban con tanta impudicia como si lo hubieran tomado en tan execrable acto. Además, obligaron con amenazas y adulaciones a algunos muchachos, quienes dijeron que habían sido corrompidos por Percival, a fin de hacerle perder su buena reputación con esa calumnia diabólica, y hacerlo odioso a todo el mundo.

Mientras tanto, el pobre hombre es mantenido preso y no hay nadie en toda la ciudad, exceptuados los que dirigieron toda esta maniobra, que sepa el lugar en que está, ni si ha muerto o vive todavía. Está entre rejas, sin que se le interrogue para nada. Ni siquiera sabe la causa de su encarcelamieno, que si supiera el rumor diseminado por la ciudad acerca de él, si respira todavía, seguramente preferiría haber sido librado ya de las miserias de esta vida, que seguir aspirando este aire de angustia y calamidad. Al fin sus adversarios inquieren en su contra, para acusarlo de luteranismo, si les fuera posible, si había sido irreverente contra el poder del Papa, si en sus lecciones se había burlado de la autoridad de nuestros señores. Interrogan a sus servidores, sus amigos y sus fami-

liares, a quienes frecuentaba ordinariamente, sobre qué libros leía y qué conversaciones tenía. Por otra parte, difundían más y más ese rumor execrable; aunque aquellos que eran un poco más inteligentes vieran bien que se trataba de una calumnia urdida por ellos por pura maldad, para hacer odioso del todo al pobre hombre. Así fue, sin embargo, cómo el rumor se extendió de tal suerte que algunos de los más simples, especialmente de aquellos que se dejan engañar fácilmente por los encantamientos de esos teólogos, lo creyeron verdadero; pero los más inteligentes, y los que conocían la virtud y hombría de bien del personaje, no pudieron siquiera sospecharlo culpable de tan enorme crimen.

Ahora bien, como ese rumor se extendiera más y más, y Percival permaneciera oculto como si jamás se debiera oír hablar de su persona, muchos de sus amigos comenzaron a sospechar que hubiera sido arrojado en un saco aguas abajo. Lo que los teólogos y sus cómplices permitían pensar, y aun ellos mismos hacían correr la voz, a fin de que, una vez que aquello fuera creído, ellos pudieran después, cuando se le creyera muerto, hacer con él lo que bien les pareciera, sin peligro alguno. Mas ¿qué sucedió al final? Primeramente, lo que suele acontecer cuando se ha difundido en una ciudad un falso rumor. Todo lo que se había dicho de Percival, tocante a aquel crimen execrable y otras cosas, se convirtió en humo. Segundo, debido a que el dinero del pobre hombre disminuía, sucedió que nuestros señores determinaron no alimentar más a aquel a quien mejor hubieran querido ver muerto que vivo. Pero no se atrevían a matarlo, por-

que desaparecido el rumor que se había visto era falso, no tenían contra él causa alguna digna de muerte. Ponerlo en libertad, mucho menos. Porque todo el mundo los hubiera señalado con el dedo, y hubieran dado motivo al citado Percival para descubrir y publicar todas sus maldades. Ved, pues, lo que hicieron. Viendo que no podían recurrir al primer crimen, recurrieron al segundo, a saber, al luteranismo. Dicen que Percival es luterano, y que debe ser condenado como hereje. Y por esta causa, después de haberlo tenido cinco o seis meses preso, sin interrogarlo ni hacerle otra forma de proceso, al fin lo presentaron en público sobre una plataforma, y allí quisieron hacerle creer, y a toda la escuela, que era luterano. El se defendió, sin embargo, lo mejor que pudo, y gritó en voz alta que no era luterano, y que jamás había tenido, ni quería al presente tener, otra religión que la cristiana. Los teólogos argüían, al contrario, que él había dicho en sus prédicas y lecciones muchas cosas contra los decretos de la Iglesia, y contra la dignidad del orden teológico, por las cuales había demostrado cuál era su creencia. "Confieso —dijo entonces Coccus—, que frecuentemente en mis lecciones he fustigado los vicios y la corrupción de los hombres, lo que he hecho por obligación de mi oficio; pero niego haber dicho jamás una sola palabra contra la Iglesia." "Por más que quieras excusarte —le dijeron entonces los otros—, lo cierto es que nosotros te juzgamos hereje, y te condenamos a prisión perpetua, y a ser alimentado todo el resto de tu vida solamente a pan y agua." Así el pobre Coccus se vió obligado a ser luterano aunque no lo fuera, y a oír una

cruel sentencia, que con razón se puede llamar injuria y violencia manifiesta.

Así son hoy los hombres que no tienen vergüenza ni de blasfemar abiertamente a Dios, ni de ejercer una horrible tiranía y crueldad entre los hombres, con tal de que puedan retener por la fuerza su imperio y darse buena vida y toda suerte de placeres. El pobre Coccus, no pudiendo hacer otra cosa, soporta con paciencia su sentencia. Cuando se la comunicaron, el día de Reyes del año 1544, mientras todo el mundo se regocijaba y hacía gran algazara, se dice que no respondió otra cosa que estas palabras: "Dios sea loado; nuestros señores hoy han bebido vino, y el pobre Coccus nada más que agua fresca." Hoy en día se encuentra en una prisión terrible, donde por orden de esos tiranos no se le entrega, para un día entero, tanto pan como el que necesitaría para satisfacerse en una sola comida. Más aún, si algunos ciudadanos, conmovidos por tanta crueldad, le envían vino o cerveza, o alguna vianda, ellos no quieren permitir que le sean entregados; hasta han amenazado de muerte al carcelero si dejaba que le llevaran cualquier alimento. He conocido en aquella ciudad muchos hombres de bien que a veces le han enviado comida, pero aunque lo hayan hecho secretamente, por manos de terceros, y de noche, no lo ha sido tanto, sin embargo, que por esa liberalidad nuestros señores no sospechen hoy de ellos que han querido favorecer a los luteranos con esa obra de caridad. En la misma prisión esta gente ha dado a alguien el encargo de espiar si se le lleva alguna cosa para comer o beber. Y por este medio están matando al pobre hombre

con más crueldad y frecuencia que si lo hubieran muerto por la espada o por el fuego, o por cualquier otro género de muerte instantánea, lo que le hubiera sido mucho más ventajoso que morir así tantas veces al día en tan grande tormento. Mientras tanto, estos malvados se prometen la impunidad de todas estas cosas, esos calumniadores sacrílegos, esos hipócritas se glorían de no ser homicidas, de no querer matar a nadie, a fin de que nadie les diga que son culpables de la sangre cristiana derramada. ¿Pero cómo evitarán el juicio de Dios, en el tribunal al cual están ya citados y pronto se verán obligados a comparecer, para dar razón hasta el último punto de aquello de que hoy se glorían? Entonces conocerán claramente que son verdugos, mucho más crueles que los homicidas que con un golpe de espada o de otro modo dan fin a las miserias de esta vida terrenal, pues ellos consumen más lentamente y con mucho mayores tormentos de cuerpo y de espíritu, la vida de aquellos que tienen en sus manos. Lo cual es necesario que le ocurra al pobre Coccus y a muchos otros que han sido condenados por ellos como él. Porque ¿cómo podría vivir un hombre mucho tiempo estando afligido por tantos dolores y angustias de espíritu, y no teniendo, además, nada con qué sostener el cuerpo? El soporta, sin embargo, muy pacientemente su desgracia, esperando la liberación que el Padre celestial le dará en breve en su reino eterno. Así termina, Monseñor, la historia de Coccus; ahora es tiempo ya de que vuelva a la edición de mi Nuevo Testamento.

Entrega del Nuevo Testamento al impresor

Llegado que fui a Amberes, donde quería hacer imprimir mi libro, por más que yo no dudase ni de las leyes imperiales ni de la opinión de los hombres de bien y de saber, quise, sin embargo, aconsejarme. Comuniqué, pues, mi negocio a varios. Todos exaltaron hasta el cielo el trabajo que me había tomado para una cosa tan grande y necesaria, y me aconsejaron que no demorase en hacerlo imprimir. Algunos, entre otros, fueron de opinión que esperase la venida del Emperador, que se decía debía llegar en breve a Amberes, esperando que sería fácil obtener de él alguna autorización o privilegio especial para una obra tan necesaria, que de tal suerte sería mucho más recomendable entre los hombres. Pero yo vi que tales consejos, por más que me fueran dados por mis amigos, y por mejores que fueran sus intenciones, procedían en todo caso de la carne y tendían a conquistar un poco de vana gloria entre los hombres. Por otra parte, conociendo el espíritu de nuestros españoles, yo no dudaba de que tan pronto como saliera a luz esta doctrina celestial, se encontrarían muchos en la corte del Emperador que le hicieran mucho menos favor del que merece y se esforzaran, si yo quisiera esperar su juicio, por extinguir esta obra antes de que saliera a luz. Por tanto determiné no seguir los consejos de aquellos que, llevados por su amor un tanto ciego y por algún afán de gloria mundana, no preveían los inconvenientes que podrían surgir, y hacer imprimir mi libro, ya que deseaba que la voluntad de

Dios contenida en las santas letras fuera también publicada entre los de nuestro país como en las otras naciones, y encomendar el resultado a Dios, cuya era la causa y no mía o de otro hombre alguno. Porque yo me afirmaba entonces, y todavía hoy en día tengo toda mi confianza en los oráculos de Dios, que hombres henchidos de su Espíritu nos han revelado, a saber, que la voluntad de Dios se cumpla, a pesar de todos los hombres del mundo, y que sea publicada por todas las regiones de la tierra. Nosotros tenemos una indicación eterna e inmutable del Padre celestial, quien por boca del profeta Daniel ha prometido en alta voz que su palabra, sembrada por nosotros entre los hombres, no volverá jamás a él sin haber llevado mucho fruto. Yo no tenía, pues, motivos, ni antes ni después, para afligirme y preocuparme por una cosa que corresponde propiamente a la providencia de Dios. El oficio de Pablo es sembrar, el de Apolos, regar; pero sólo de Dios debemos esperar el crecimiento. Por lo tanto, en este asunto decidí hacer lo que era mi deber, a saber, encargarme de la edición y dejar todo lo concerniente al éxito de la misma y al curso de la palabra, a la providencia de Dios, a quien corresponde propiamente. Así, pues, hablé con el impresor y le pregunté si quería imprimir mi libro. El me respondió que sí, y de muy buena gana, en parte porque quería ocuparse en el provecho de la república más que en el suyo propio, sin importarle la ganancia, ni las calumnias de los malvados, y en parte también porque dijo que esta obra había sido deseada por muchos durante mucho tiempo. Le pregunté si era necesario tener licencia o privilegio de alguien, o si podía imprimirla sin tal cosa; porque sería impropio

que la Palabra de Dios, por la cual los reyes y príncipes tienen el poder que tienen, debiera estar sujeta a la prohibición o el permiso de algún caprichoso. A esto me respondió que las leyes del Emperador jamás habían prohibido imprimir las Santas Escrituras, y dijo saber que en Amberes se había impreso el Nuevo Testmento en casi todas las lenguas de Europa, y que ni él ni los otros que lo habían impreso habían pedido permiso jamás. Por lo tanto, que yo no tuviera duda alguna de que este Nuevo Testamento, siempre que estuviera fielmente traducido, pudiera ser impreso sin permiso ni licencia de nadie. Entonces yo le dije que tuviera prontas las prensas y todo lo necesario para la impresión, que en cuanto a mí, yo tomaba la interpretación a mi propio riesgo, si por ventura hubiera errores, y que él corriera el riesgo de la edición. Todavía, a fin de que nosotros los españoles no os seamos gravosos, le dije, quiero que sea impreso a mis expensas. Así, pues, le entregué la copia del ejemplar, rogándole despachara lo más pronto que pudiera. Nada de todo esto se hizo a escondidas; todos sabían que se imprimía el Nuevo Testamento en español. Muchos lo leían; muchos lo oían con gran deseo; mi alojamiento jamás se cerraba, entraban todos los que querían. Sin embargo, no dudo de que muchos de aquellos que venían y aun que por delante aprobaban mi libro, por detrás, cuando estaban en sus conciliábulos y entre gente de su secta, tendrían otro cantar muy distinto, ya que bien podían prever que la lectura de aquél no adelantaría mucho el provecho de su vientre. Pero yo me cuidaba bien poco de sus furiosas pasiones y de sus juicios adversos.

Por el contrario, fiaba solamente en Dios, que él conduciría y defendería esta empresa encaminada tan solamente a la gloria de su nombre.

Ahora bien, yo quería seguir vuestro consejo al editarlo, Monseñor; a saber, sacar a luz el libro sin ponerle mi nombre. Porque estimaba que no estaría bien hecho querer por ostentación tomar y cosechar alabanzas por una obra emprendida y dedicada enteramente a la gloria de Dios. Pero mis amigos me aconsejaron otra cosa, y las leyes del Emperador me obligaron a hacer lo contrario. Por éstas están prohibidos como sospechosos todos los libros que no llevan el nombre del autor o del traductor. Por lo tanto, no habiendo en todo el libro cosa alguna de la cual yo tuviera que avergonzarme, determiné, no solamente ponerle mi nombre, sino también presentarlo una vez impreso a la majestad del Emperador, que se creía debía volver de Francia en breve.

La portada del libro

Mientras que el libro se imprimía, es necesario, Monseñor, que os relate la malevolencia, o más bien la impiedad de algunos de nuestros españoles, que solían a veces venir a mí, y a menudo enojarme justamente por su insensatez. Yo no quería, por cierto, mientras me fuera posible, cerrar la puerta a ninguno de nuestros frailes que quisiera hablar conmigo; y con tal motivo muchos de ellos, henchidos de una supuesta sabiduría, venían a menudo como amigos, para aconsejarme, aunque mientras tanto me tenían un odio mortal en sus corazones.

Así son en el día de hoy los hombres, henchidos de una audacia natural y desvergonzada, y desprovistos de bondad, de piedad y aun de todo buen conocimiento; maravilla, sin embargo, lo mucho que odian toda buena doctrina y la verdadera religión. Y, sin embargo, los hay que con un falso semblante han encantado literalmente a la pobre gente, que los considera como una suerte de divinidades y adoran todo lo que sale de la boca de esos hipócritas, como si fueran oráculos venidos del cielo. Tanta es la eficacia del veneno que los diablos han acostumbrado desparramar entre los hombres por medio de esos sus órganos, a causa del odio que tienen al Hijo de Dios. Yo os podría relatar muchas de sus furias e impiedades, que os harían reír, o más bien llorar, pero he determinado pasarlas totalmente por alto. Solamente relataré una disputa que tuve con un fraile del convento de los jacobinos de Amberes. Yo había escrito al principio del libro una epístola al Emperador Carlos, y había hecho imprimir el título del libro en esta forma: El *Nuevo Testamento, es decir, la nueva alianza de nuestro Redentor y solo Salvador Jesucristo.* Os diré con qué intención quise que se pusiera así el título. Primeramente, yo veía que el nombre de Testamento, por más que estuviera en boca de todo el mundo, era, sin embargo, entendido por bien pocos de nuestra nación, no solamente entre aquellos que no entienden más que la lengua española, sino también entre los que dicen entender la latina. Porque estando privados de este libro, no podían entender el significado de la palabra, como las otras naciones que tienen el libro, y a las cuales se les ha dado a entender frecuentemente en las predicaciones lo que quie-

re decir. Cambiar por completo esta palabra Testamento y reemplazarla por otra más inteligible, me pareció un acto demasiado atrevido, tanto más cuanto que siempre ha sido aceptado y acostumbrado en la Iglesia, y que es necesario que también hoy los cristianos se acostumbren a él; también me pareció que no sería aprobado por las personas doctas y prudentes. Por esta causa me había parecido mejor dejar la palabra Testamento y agregarle una interpretación, para dar a entender adecuadamente en una palabra (lo que me era bien fácil en nuestro idioma) la fuerza y el significado de aquélla. Además, había agregado al título ese término exclusivo, solo Salvador, para señalar y reprender brevemente ese error peligroso, y esa blasfemia execrable de nuestros españoles, y de los otros que tienen no sé qué otros salvadores además del Hijo de Dios; de donde viene que muchos de nuestra nación se llamen Salvador, a causa de este santo que así llaman, y al cual adoran muy religiosamente.

Ahora bien, antes de que fuera entregada la copia al impresor, cayó por casualidad ese fraile, al cual yo consideraba todavía más sabio que los otros españoles. El leyó el escrito. Yo le pregunté si a su juicio había algo que censurar. El me respondió que le había agradado mucho la epístola, la cual veía estaba escrita sin animadversión, y con tanta templanza que no había una palabra que los maliciosos pudieran calumniar; pero me dijo que esa palabra Alianza había herido en tal forma sus oídos, que cuando la había leído le había parecido estar leyendo un escrito de algún luterano. Además, que no dudaba de que todos los que la leyeran se sentirían igualmente ofendidos, y que bastaría esa palabra para

hacer sospechoso todo el libro, a pesar de que todo el resto estuviera escrito con pureza y fielmente traducido. Yo comencé entonces a reírme dentro de mí de la insensatez del fraile, o más bien a deplorar su ignorancia. Sin embargo, me retuve lo mejor que pude, y comencé a preguntarle fríamente cómo era que se sentía tan ofendido por mi simple y fiel interpretación. El me respondió que la interpretación era abierta, fiel, propia y bella; pero que, sin embargo, por ser una frase y modo de hablar de Lutero, a menudo usurpada por él y los otros alemanes, no debía ser puesta al frente de un libro. "En cuanto a mí —le dije entonces—, yo no la llamo frase luterana, sino profética y apostólica, y creo que se encuentra más a menudo en Isaías, Jeremías, todos los profetas y aun en San Pablo, que en Lutero. Por lo tanto, no hay motivo legítimo para borrarla de mi libro, en vista de que vos mismo la encontráis buena. Porque si os parece que Lutero la emplea frecuentemente, también lo hace —le dije— con esa palabra Testamento, y aun más a menudo que con la otra; ¿cómo es, pues, que la una os lastima y la otra no os ofende?" "Es bien cierto lo que dices —dijo él—, pero la palabra Testamento es más acostumbrada en la Iglesia, y Lutero usa más frecuentemente la palabra alianza." "No sólo él —dije yo entonces—, sino toda la Iglesia de Cristo ha pronunciado frecuentemente esa palabra, sin que ningún hombre de bien se haya ofendido jamás. Y además —agregué—, entre gentes prudentes y sabias, no hace falta tanto considerar quién dijo esto o aquello, como si está bien dicho. Por tanto es un mal razonamiento el vuestro de que porque Lutero la ha usado, no hay que usarla. Considerad un

poco, os lo ruego, vuestra conclusión, de la cual veréis que se desprende necesariamente lo que os voy a decir. Es una frase de Lutero; pero es una frase de los profetas y los apóstoles. La frase de Lutero, pues, concuerda con la frase de los profetas y los apóstoles. Ved la conclusión a que puede llevar vuestro argumento. Mas ciertamente plegue a Dios que yo no siga vuestro consejo." Viendo entonces que me burlaba de él y que poco me importaba su consejo, comenzó a exclamar: "¡Cosa intolerable! Un niño nacido ayer o el otro día, quiere enseñar a los ancianos y a los más sabios la misma profesión en que han sido criados y que han ejercido con grandes esfuerzos toda su vida." Con esto, juró por sus sagradas órdenes y por sus santos hábitos, que mi intención no era otra que mezclar con las santas palabras del Nuevo Testamento las venenosas de Lutero, para darlas así a beber a los pobres españoles. Y volviéndose a mis parientes que se hallaban presentes, vomitó como un hombre rabioso tales y semejantes juramentos, a fin de irritarlos contra mí mediante esas trágicas afecciones, que a la verdad consiguió lo que pretendía. Pues tan pronto como el fraile dejó de hablar, todos se vinieron a mí, rogándome que por amor a ellos borrase esa palabra, aunque confesaran que era buena. Lo cual hice, fácilmente, en parte por no ofenderlos y en parte para apaciguar la cólera desbordada del trágico predicador. Hecho esto, él aprobó el resto del título, aun esa partícula de solo Salvador, reconociendo en esto la superstición del vulgo, y confesando que era un error que no debía ser sufrido. Reapaciguado así el fraile aquel, envié la hoja al impresor, quien de una hizo en un momento un sinnúmero. Pero ¡infeliz de mí! que

jamás me han de faltar disgustos ni debates con gentes ineptas, por no decir otra cosa. Oíd, os lo ruego, lo que me aconteció inmediatamente después.

Estando impresa la primera hoja de mi libro, la envié a cierto amigo mío, español, que siempre había favorecido su publicación; hombre de edad, de autoridad, teólogo, conocedor de los tres idiomas, que yo creía ser el más sabio de todos los españoles que conocía, con el agregado que había leído diligentemente todos los libros de los teólogos alemanes; mas por lo que oiréis a continuación veréis qué criterio tenía, principalmente en las letras santas de las cuales hacía profesión. Tan pronto como hubo leído el título de mi libro, no se sintió menos ofendido por las palabras solo Salvador, que lo que antes se había sentido el fraile por la palabra Alianza. Tanto, que me dijo que siempre me había tenido aprecio, y a mi Nuevo Testamento, y por tanto si yo quería creerle y fiarme de él, y si quería recoger frutos en abundancia de este trabajo mío, que hiciera quitar esa palabra solo, la cual, si la dejaba, engendraría sin duda una gran sospecha. Yo alegué las razones por las cuales había querido ponerla, y le confesé que jamás había reconocido por Salvador a otro que el Hijo de Dios. A lo cual me contestó que él no censuraba del todo mi opinión, y confesó que esa proposición no era tan absurda (estas fueron sus palabras) que no pudiera ser defendida; pero como hoy en día los luteranos la discuten, vos quitaréis por mi consejo esa palabreja. En suma, tanto quiso que lo hiciera, tanto me importunó para que lo hiciera, que preferí perder la impresión de esa hoja antes que poner en peligro todo el libro por una

palabra. Esa palabra, pues, fué quitada, y reimpresa la hoja en forma tal que sus censores no encontraran nada que decir. De donde podéis comprender, Monseñor, sus juicios corrompidos y mi demasiado grande facilidad. Pero yo quise mejor quitarles toda ocasión de calumnia, que ofenderles en cosa de poco, principalmente en esta primera edición.

Presentación del libro al Emperador

Acabada la impresión, no quise que los ejemplares fueran vendidos antes que yo lo hubiera presentado al Emperador, a quien estaba dedicado, y a quien se esperaba todos los días en Bruselas. Carga bien gravosa: que un hombre amante de la tranquilidad, criado siempre en la escuela y alejando de los asuntos de la ciudad, se vea ahora obligado a soportar estos ruidos y tumultos de la corte, y como dice alguien en Xenofonte, a caminar entre las bestias más furiosas, allí donde me parecía ver por todos lados alguna cosa belicosa, alguna cosa extraña y contraria a mi educación. Mas era necesario hacerlo, así estaban ordenados mis asuntos. Porque aunque hubiera podido encontrar muchos de nuestra nación, gentes sabias y de autoridad, que hubieran tomado de buena gana este encargo por amor de mí, sin embargo, puesto que el asunto me tocaba más de cerca que ningún otro, y porque no fueran quizá a cumplirlo con demasiada ligereza, aunque tal vez eso hubiera sido lo más seguro para mí, quise hacer yo mismo mi embajada, a fin de que ese último artículo, que era el principal, yo que no había ahorrado

antes ni costo, ni trabajo, ni peligro, no fuera visto, como combatiente cobarde y poco valeroso, huir y abandonar una obra ya casi terminada. Así que me vine a Bruselas, adonde llegué el mismo día y casi a la misma hora que entró el Emperador. Porque tan pronto como descendí, me dirigí al castillo y allí ví, contra lo que esperaba, la llegada del Emperador que había entrado por otra puerta de la ciudad, y se encaminaba hacia el castillo al mismo tiempo que yo. Esta mi venida tan a propósito me dió buena esperanza, y como un presagio de que mi asunto terminaría felizmente. También lo que siguió fue no solamente agradable a Dios sino también para su honor, aunque según la opinión de los hombres fuera desgraciado y lamentable.

Yo experimenté entonces que tiene lugar el argumento de los teólogos, que dicen que en las cortes de los príncipes se ha menester de mediadores, y por ello quieren probar que los santos son intercesores en el paraíso, lo cual es falso. Ahora bien, aunque yo tuviera amigos en la corte, y también parientes en número bastante grande, de los cuales hubiera podido usar en este asunto honesto y necesario; sin embargo, en parte, porque no habían llegado todavía a Bruselas, y en parte también porque la religión no les importaba y se reían de ella, como quien ha subido muy alto, por esta causa me alegré de no cargarlos con un asunto tan odioso para los hombres. Lo que es más cuanto más cercano me era alguno, en parentesco o amistad, cuanto más temía yo fastidiarlo, tanto menos se me ofrecía en este asunto. La relación más grande que yo tenía por entonces era con el finado obispo de Jaén, de feliz

memoria, que el año pasado murió en viaje a Espira, con gran pena de toda la gente de bien. Es bien cierto que murió prematuramente, pero murió en una época tal que más bien hay que regocijarse del reposo del espíritu y la conciencia que Dios le envió, que lamentar la muerte de su cuerpo. En cuanto a mí, estimaré siempre bienaventurada a aquella alma que, librada de las miserias de este cuerpo caduco, pasa a la compañía de los bienaventurados, donde vive para siempre jamás en gloria y privada del sentimiento de tantas miserias y calamidades como hay en las cosas de este mundo. Este obispo era hombre de edad mediana, de corazón simple y abierto, de vida íntegra que era la admiración de todos, y muy amante de la piedad tal como podía darla la educación y la naturaleza del país. El me tenía un afecto muy grande, y también a la traducción del Nuevo Testamento. Por tanto se me ofreció muy gentilmente y me prometió hacer que el Emperador la hallara buena. Pero me aconsejó que volviera al día siguiente. Por casualidad era domingo, día en el cual había gran aparato de instrumentos de música y de chantres de todas clases, para celebrar la misa ante el Emperador. Yo los dejé, pues, representar su farsa solemne, y me volví a la ciudad a ver a algunos de mis amigos. Después de la misa me encontraba allá, entonces el obispo me llamó y me hizo entrar con él en la sala donde estaba puesta la mesa para el Emperador, y donde éste entró poco después con una gran compañía de príncipes. Entrado que fué, se sentó incontinenti a la mesa y nosotros quedamos allí todo el tiempo que duró su comida. La sala estaba llena de príncipes y grandes señores, de los cuales unos servían las viandas sobre la

mesa, otros vertían el vino, los otros retiraban las viandas y todos tenían los ojos fijos sobre uno. Mientras tanto yo consideraba atentamente la gravedad de éste, los lineamientos de su rostro, su actitud y una majestad heroica y como natural que tenía en el rostro y en todas las partes, movimientos y actitudes de su cuerpo. Y estaba tan extasiado en mi contemplación que en lo que menos pensaba era en mi asunto. Cuando ví tal cantidad de príncipes cerca de mí, a decir verdad mi espíritu se turbó, como teniendo entre manos una cosa difícil y desacostumbrada. Por otra parte, cuando consideré el mérito y la grandeza de mi causa, recuperé incontinenti y en un momento una fuerza y osadía tan grandes, que aunque hubieran estado allí reunidos todos los príncipes del mundo, yo los habría estimado como ministros de mi legación, y sujetos a la palabra celestial que yo llevaba. La sentencia de David, que no sé cómo me vino a la mente, aumentó aun más mi coraje: "Hablaré de tus testimonios delante de los reyes, y no me avergonzaré." Esta sentencia repetida muchas veces mentalmente me dió tanta osadía, que no daba nada por todos los furores de los hombres ni por toda la potencia del mundo que hubiera querido oponerse a la Palabra de Dios. Tampoco me preocupaba en lo más mínimo por el discurso que debía pronunciar delante del Emperador, fijando enteramente en la Palabra de Dios que promete que cuando tengamos que hablar delante de reyes y príncipes, él nos proporcionará por su Espíritu palabras tales que no podrá resistirlas toda la sabiduría del mundo. Finalmente, cuando el Emperador hubo terminado de comer con gran pompa y ceremonia, se levantó y permaneció de pie largo rato, apoyado sobre

un bastón, casi del lado por donde podíamos ir derecho a él, como si no hubiera esperado otra cosa que alguien le hablara. El primero en presentarse fué un capitán español, hombre de gran autoridad y muy amado por él por sus grandes virtudes y proezas. Este le presentó, pues, algunas cartas, y después de haber besado sus manos terminó su asunto incontinenti. El segundo que se presentó a él fué mi obispo, llevándome casi de la mano, y con un breve discurso lleno de gravedad le recomendó mucho mi trabajo, y le rogó al mismo tiempo quisiera reconocer la grandeza de la obra a él dedicada, y estimarla digna de gran honor. Entonces el Emperador se volvió hacia mí y me preguntó qué libro era el que yo le presentaba. "Sacra Majestad —le respondí entonces—, es aquella parte de la Santa Escritura que se llama Nuevo Testamento, traducida por mí fielmente a la lengua española, en la cual se halla comprendida la historia evangélica, con las epístolas de los apóstoles; de cuyos trabajos he osado tomar a vuestra Majestad como tutora y defensora, rogándoos humildemente que por la aprobación y autoridad de ella, sea tanto más recomendable al pueblo cristiano." Entonces él me preguntó: "¿Eres tú el autor de ese libro?" "No, Sacra Majestad —le respondí—, el autor es el Espíritu Santo, por inspiración del cual los santos apóstoles han dado estos santos oráculos de nuestra salud y redención, a todo el género humano, en lengua griega. En cuanto a mí, no soy sino un pequeño ministro y débil órgano, que de su primera fuente los he traducido a nuestra lengua española." "¿En castellano?", dijo él. "Sí, Sacra Majestad —le respondí—, en nuestro castellano; obra de la cual os ruego queráis ser en vuestra

clemencia protector y defensor." "Será hecho lo que pides —dijo él—, con tal que en ella no haya nada sospechoso." "Sacra Majestad —dije entonces—, no hay nada sospechoso, a no ser que la voz de Dios hablando desde el cielo, y la redención hecha por su Hijo Jesucristo, hayan de ser sospechosas a los cristianos." "Lo que pides te será otorgado —dijo él—, con tal que el libro sea tal como el obispo y tú decís que es." Habiendo entonces tomado el libro, entró en una sala contigua.

Entonces ciertamente a duras penas pude evitar que se me escaparan algunas palabras más libres que lo que el momento y el lugar requerían, viendo a un príncipe tan grande ignorar totalmente lo que es el evangelio de Dios, el Nuevo Testamento, las santas letras y la doctrina celestial, y no solamente ignorar eso, sino también poner en tela de juicio la Santa Escritura, la Palabra de Dios. ¡Cosa de lamentar con lágrimas de sangre! Ver y oír al gran monarca del imperio cristiano pensar que la doctrina del Hijo de Dios, el evangelio de Jesucristo, sea sospechoso, o por lo menos, dudar de que deba ser recibido por el pueblo. Pero bien podemos deplorar los males de esta última edad, que a ojos vistas declina hacia el fin de la naturaleza; porque remediarlos no está al alcance de los hombres. Aunque yo estimo que la culpa de esa ignorancia y enceguecimiento no debe ser atribuída tanto al Emperador, que es un príncipe bueno y gentil, como a sus confesores, los frailes y otros peligrosos aduladores semejantes, que ejercen una tiranía terrible sobre el espíritu y la conciencia de un príncipe bondadoso y clemente. Pero recibirán la recompensa que sus iniquidades merecen, en aquel día terrible, que será pronto.

El libro en manos del confesor del Emperador

Después de haber hablado al Emperador, y vuelto a mi alojamiento, determiné esperar el resultado de mi empresa. Al día siguiente, pues, mi obispo recibió el encargo de llevar el libro a cierto fraile español, confesor del Emperador, a fin de que él lo revisara y diera su opinión sobre la traducción, si estaba bien hecha o no. Mi obispo me prometió hacer todo esto cuidadosamente, y como no era necesario ya que yo estuviese presente, me aconsejó que volviera a Amberes y confiara todo el asunto en sus manos. Le obedecí, pues, tanto de más buena gana cuanto esa vida de la corte me desagradaba grandemente.

Apenas había llegado a Amberes, cuando recibí carta de mi obispo por la que me anunciaba que había entregado mi libro por su propia mano al confesor, y que lo había recibido de buen grado, y me daba a entender muy amablemente el cuidado y diligencia que quería poner para el progreso de ese asunto. Por mi parte, en mi respuesta, le rogué hiciera todo lo posible para llevarlo a término. El entonces volvió a hablar con el fraile, y le preguntó qué le parecía el libro. Aquél le respondió muy bien, que el libro le gustaba; y aunque a causa de algunos asuntos que había tenido no había podido leerlo todo; había leído, sin embargo, una buena parte, la cual merecía grandemente su aprobación, excepto alguna ligera objeción en cuanto a la traducción, sobre lo cual hubiera querido hablar con el autor. Y le prometió terminar lo que le faltaba en Amberes, adonde decía que el Empe-

rador debía ir la misma semana. Estas mismas palabras me escribió el obispo; entendido lo cual, aunque yo viera bien que el asunto era difícil y peligroso, determiné, sin embargo, volver a Bruselas, a fin de no omitir nada que perteneciera a la solicitación de este despacho, y allí dar razón personalmente de cada punto de mi traducción, no solamente al fraile sino también al Emperador si fuera necesario. Me puse en comunicación con mis parientes y amigos, la mayor parte de los cuales, de buena fe e ignorantes del peligro en que estaba y de los engaños y traiciones de los frailes, me aconsejaron que volviera, y diera satisfacción a todos si era posible. Los otros, más prudentes y entendidos, aunque vieran bien el peligro en que me encontraba, sin embargo, ni me lo aconsejaron ni me disuadieron. Tan solamente me permitieron hacer lo que bien me pareciera. Sin embargo, me dijeron que si quería volver entre las manos de mis enemigos (así los llamaron), de las cuales acababa de escapar, sería un acto más atrevido que seguro. Resolví entonces, sucediera lo que sucediera, volver a Bruselas, a fin de no omitir nada que fuera útil o necesario para el adelanto de la gloria de Dios. Mi obispo, cuando llegué, me recibió muy amablemente, y me dió mejores esperanzas que las que yo había concebido al venir.

Al día siguiente, porque estaba enfermo en cama, me envió a su mayordomo, hombre muy amigo mío, y de la misma ciudad de donde yo soy, para llevarme al confesor y rogarle en su nombre que despachara conmigo, amistosamente, todo este asunto del Nuevo Testamento. Fuimos, pues, juntos muy temprano, al convento de los

jacobinos donde estaba alojado nuestro confesor; pero él ya no estaba, aunque yo tenía miedo de haber ido demasiado temprano. Ya había ido, según nos dijeron, al alojamiento de Granvella. Volvimos a las diez, pero todavía no estaba en la casa. Nuevamente volvimos a medio día, pero todavía no estaba de vuelta. Entonces, como era tarde, y como los de la casa dijeran que no podía tardar mucho más, decidimos aguardarlo. Su compañero franciscano estaba en el alojamiento, y vino a recibirnos mientras llegara el otro. Pero en vez de alguna conversación agradable, esa bestia monstruosa nos lanzó, sin objeto, una infinidad de blasfemias contra la verdadera religión e injurias contra los hombres de bien y los verdaderos ministros del evangelio, que nos vimos obligados a oír. Pero después de cierto tiempo, la venida del confesor interrumpió su charla. Llegado pues éste, el mayordomo le dió el mensaje de parte de su amo; y yo le presenté un par de cartas que había recibido de España con las mías.

Entonces él se volvió hacia mí, y sacando una vez más la cabeza de su capuchón, inclinó todo el cuerpo, como si fuera a adorar a algún santo del paraíso. En suma, no omitió ninguna de todas las ceremonias de corte, que acostumbraba hacer, no solamente a sus grandes amigos sino también a los príncipes y grandes señores, y después de esto me habló de esta suerte: "Señor Francisco, os agradezco grandemente el placer que me habéis proporcionado, trayéndome mis cartas; me considero feliz de haber tenido hoy el medio de veros y conoceros. Os aseguro que os amo como a mi propio hermano, y os tengo

en gran estima por los dones y gracias que hay en vos. Pues por naturaleza amo a todos los hombres de espíritu y erudición, pero más aún a aquellos que se entregan a las ciencias de las bellas letras y a las honestas disciplinas por las cuales únicamente se diferencian del vulgo, así como los hombres son diferentes a las bestias por la razón. Y a aquellos que aplican su estudio a avanzar la gloria de Dios e ilustrar y esclarecer las santas letras, los amo por sobre todos y los juzgo dignos de ser honrados y elevados por encima de los otros. Que hoy en día, en esta pereza y corrupción del siglo, haya alguien de nuestra nación que se dedique a ello, y lo realice felizmente, es lo que hay que ponderar sobre todo, y lo que yo considero es para gran honor de toda España. Por tanto, señor Francisco, viendo que vos solo en nuestra nación, hasta el presente, habéis salido adelante tan felizmente en esto, buen derecho tenéis a que os amen y aprecien aquellos que aman las letras y la piedad. En cuanto a mí, a fin de no ser ingrato hacia vos, os ofrezco todo lo que está a mi alcance: un corazón de hermano y amigo. Y si algo puedo, sea ante el Emperador, o con las otras personas de bien, con justicia debo hacerlo por aquel por quien nuestros españoles han recobrado este gran tesoro de la doctrina celestial." Estas y otras cosas dijo delante del mayordomo del obispo, con las cuales proclamó a boca llena mi alabanza, y que tengo vergüenza de repetir.

Sorprendido por una tan repentina amistad de aquel fraile, le respondí modestamente que yo mismo conocía bien mi insuficiencia y pequeñez, y en cuanto a las alabanzas y virtudes que él me atribuía, sin que las hubiese

merecido en lo más mínimo, que las atribuía a la buena voluntad y afección que su gracia me tenía, sin haberme visto jamás ni haber recibido de mí ningún servicio. Sin embargo, que tomaba sus elogios como una exhortación a realizar en mí aquello que me atribuía, y a dedicarme en lo sucesivo, más que en lo pasado, al estudio de la virtud y la piedad, de las cuales me había preocupado, si bien a causa de mi poca edad, no había podido hacer todavía nada digno de gran alabanza. Que si el trabajo que había emprendido para la traducción del Nuevo Testamento podía a su juicio ser de provecho para la Iglesia de Jesucristo, sería Dios quien habría dado a mis labores más éxito del que yo había esperado, y que sólo a él se debía dar la honra. Que yo lo había emprendido con la intención de que aprovechara a la república, y por tanto le rogaba que, para aumentar el provecho, se mostrara tal como le había dicho al obispo y como al presente me prometía. El me prometió entonces, nuevamente, hacer en esto todo lo que haría para su propio hermano y amigo. Sin embargo, como era tarde, me rogó que no me disgustara si no podía atenderme más, pero que volviera a las cuatro, que entonces deliberaríamos juntos sobre lo que hubiera que hacer. Lo cual le prometí, y despidiéndonos de él hasta la citada hora, nos fuimos, el uno al obispo y yo a casa de un ciudadano de Bruselas, hombre docto y temeroso de Dios, que me había rogado que fuera a verlo aquel día. Estando, pues, con él, me preguntó cómo marchaban las cosas. Yo le conté cómo había sido recibido por el fraile con tan grandes honores, tan grande amistad, que si alguien que me hubiera conocido y hubiera sido amigo mío hubiera hecho otro tanto,

yo no lo habría soportado. "Sin embargo —le dije—, a fin de que no me creáis tan negado que no pueda deducir lo que se puede pensar de un lado y otro, y prever lo que pasa por la mente de un hombre influyente, os diré lo que me parece de este fraile. Si habla de corazón como lo hace con la boca, y si no esconde la cola en la trastienda de su estómago, lo considero digno de alabanza, dotado de un criterio recto en un asunto que, por más que sea claro, hoy en día es odioso, y, lo que es más, dispuesto a ocuparse en sostenerlo y defenderlo contra todos. Porque aunque sea a él a quien corresponde propiamente explicar al vulgo la Santa Escritura, y que al favorecer a aquellos que hacen lo que él debería hacer no hace sino una mínima parte de su deber, que no podría omitir sin gran impiedad, con todo, en una corrupción tan grande del siglo y de los espíritus es gran cosa que se encuentre alguien, y principalmente entre la compañía de los frailes, que tenga una opinión y juicio aproximados a los de él sobre las santas letras. Si es así, me parece que se deben excusar las manchas que tiene en el rostro, y que se debe alabar en él esta sombra de virtud. Que si, al contrario, me está preparando una traición, y con esas bellas palabras y bajo esa apariencia, me tiende una celada, al modo de la corte, me atrevo a decir que es más malvado y abominable que todos los diablos, al hacer así encubiertamente la guerra a Dios so color de verdadera religión y caridad, y al tratar de eliminar y borrar de la memoria de los hombres su Santa Palabra. Con todo, a fin de que conozcáis mi simplicidad, no puedo pensar que sea tan malvado, ni que semejante traición pueda pasar por el entendimiento de un hombre. Por

tanto, prefiero pensar que habló con sinceridad, a creer que me haya querido engañar. "Si estáis decidido a hacerlo —me dijo él entonces—, no seré yo quien ose disuadiros. Mas quiero aconsejaros solamente, porque os aprecio, que no os fiéis de él, no sea que tengáis que arrepentiros después, cuando no lo podáis remediar." "Confío todo el asunto en las manos de Dios —dije yo entonces—, sin el cual nada en el mundo está bien dirigido. A lo único que atenderé, porque es mi deber, es a no hacer nada temerariamente. Y cuando haya defendido la causa de Dios, con mediana prudencia y con todo el coraje y la libertad que sean necesarios, encomendaré el resultado de todo el negocio a Dios, que es más poderoso que todos los reyes y príncipes del mundo. Y si por ventura, por el amor que me tiene, él quiere instruirme o castigarme con alguna cruz, consideraré saludable todo lo que mi Padre celestial me envíe. Diré entonces, como David: El es Señor, él es Padre benigno; haga lo que bien le pareciere."

Enzinas y el confesor

Estando así confirmado, pues, volví al convento a las tres, hora en la cual mi fraile daba una lección sobre los Hechos de los Apóstoles. Eso me produjo mucho gozo, pensando haber hallado buena ocasión de experimentar y juzgar del saber de aquel a quien los españoles apreciaban y exaltaban desmedidamente. Había alrededor de unos veinte oyentes, cortesanos españoles, que querían ser considerados más amantes de las letras que los otros. Yo me uní, pues, a ellos por esta vez y acrecí su número,

esperando oír alguna cosa notable de aquel a quien todo el mundo alababa tanto y en cuyas manos estaban depositados los secretos de la conciencia imperial. Mas, ¡pardiez qué lección oí! ¿Pensaréis que estuvo adornada con algunas flores de elocuencia, o llena de una gran variedad de doctrina, o que se vió en ella alguna sutileza de espíritu? En verdad no fue sin suspiros y lágrimas que la oí; de ver la conciencia de un príncipe tan grande depender, no de un hombre semejante, sino de semejante monstruo. ¡Señor Dios, cómo atormentaba los oídos de sus oyentes! Tan mal empleaba el idioma, y tan corrompido y desviado era el sentido. Hablaba en español, porque no podía hacerlo en latín; si bien es cierto que a veces, para hacer más admirable aquello de que hablaba, o más bien para envolverlo y obscurecerlo, mezclaba algunas palabras latinas, pero tan mal empleadas que era una vergüenza oírlo tartamudear así en una lengua extranjera y desconocida para él. Además, todas y cuantas veces lo hacía, empleaba no sé qué palabras más que bárbaras, y faltaba a todas las reglas de la gramática. Comenzó entonces a recordarme lo que escribió Erasmo en alguna parte sobre los frailes de España, que alguna vez lo habían llamado adversario de la Iglesia y apóstata. A lo cual él respondió al obispo de Hispalis, mucho más modestamente de lo que se merecían, que necesariamente debía declarar qué era religión, pues que él estaba allí, donde tenía que ver con gentes que habían sido hechos teólogos sin gramática. Ahora bien, en cuanto a mí respecta, yo no me atrevería a juzgar a todos los frailes de España; sería cosa muy difícil. Porque estimo que entre ellos los hay sabios y amantes de la piedad. Pero este fraile, este Pedro de Soto, confesor

del Emperador Carlos, puedo asegurar que carece de gramática; lo que testificarían junto conmigo muchas personas instruídas que podría nombrar y que lo han oído hablar. Que sea teólogo, no lo creeré jamás, hasta que haya cambiado su mala vida y haya dado testimonio de su doctrina, diferente que cuando le oí disertar, y de la que después he visto frecuentemente en él. Pues, para no mencionar su barbarie extrema, maravilla aun la audacia y la furia con que corrompía y forzaba la Santa Escritura. Os daré un ejemplo tal cual, que os permitirá juzgar por vos mismo. Explicaba a la sazón el capítulo primero de los Hechos: cómo aquel desgraciado hijo de perdición, después de haber traicionado al Señor de la vida, había recibido el merecido galardón, y habiéndose colgado por sí mismo había reventado por medio; también cómo Matías había sido sorteado para ocupar su lugar, y llamado al oficio de apóstol. De allí sacó la conclusión de que todos los traidores deben ser colgados y abiertos por medio, y por tanto, exhortó a sus oyentes a ser fieles y leales al Emperador, a fin de no caer en la condenación de Judas. Y mientras tanto, él mismo no se inmutaba, ni desistía de la traición que había concebido en su espíritu contra mí; ni soñaba, el miserable, que con su propia boca estaba pronunciando sentencia en contra de sí mismo. Además, dijo que esa forma de elegir los obispos era tan sólo para aquella época, cuando no había Emperador cristiano que confiriera los obispados; y que la forma ordenada por la Iglesia, por la cual el poder de crear obispados había sido transferido al Emperador, era preferible a la antigua de los apóstoles. Tanto más cuanto que el Emperador se vale del consejo y el juicio

de personas sabias, que le informamos diligentemente de la dignidad y suficiencia de las personas y le damos sanos consejos en este asunto. Tanto barbullaba y se autorizaba aquel zorro por esa desfiguración de la Escritura santa, que se lo hubiera podido reconocer como un malvado e impúdico parásito. Estas y muchas otras cosas más extrañas barbotaba aquel fraile, tan desastrosamente que apenas se entendía él mismo.

Terminada la lección, fui a hablarle, y le dije cómo había acudido a la hora que él me había dicho, a fin de conferir con él sobre mi asunto, como lo habíamos acordado antes del almuerzo. Entonces me recibió aun más honorablemente que antes, y me aplaudió con un cúmulo de palabras mucho más artificiosas que antes, tanto que si yo no hubiera resuelto proseguir mi asunto hasta el fin, sucediera lo que sucediera, o bien, para hablar con más propiedad, hasta que fuera ordenado por Dios, yo hubiera conocido fácilmente que esa amabilidad era fingida y tendía a alguna emboscada. Así, pues, yo no podía persuadirme de que ese fraile (que a la verdad estaba lleno de dolo y engaño) hubiera de traicionarme tan grandemente. Al comienzo me agradeció muy afectuosamente las cartas de España que le había traído, y agregó que desde que había partido de España no había recibido noticias más gozosas que las contenidas en ellas. Por lo demás, en cuanto a nuestro asunto, me contó que le había sobrevenido algo de mucha importancia, que debía despachar incontinenti; y por esa causa me rogaba humildemente que volviera a las seis, en cuya oportunidad deliberaríamos juntos cómodamente sobre todas las cosas. Yo, sin dudar de nada, le contesté, deseando más bien

agradarle, que no tenía ningún asunto en la ciudad que me interesara más de cerca que aquél, y que, por consiguiente, esperaría de buena gana en el convento a que él hubiera despachado aquel impedimento que se le había presentado; y aun que, si era algo en que yo pudiera ayudarle, y él quisiera, yo de buena gana lo haría. De nuevo me agradeció, y me dijo que era algo que necesariamente debía pasar por sus manos, y no por las de otro, y excusándose así de la demora demasiado larga, entró en su alojamiento. Lo que mientras tanto tramó en contra mía, aunque no me llamó a su consejo es bien fácil, sin embargo, de juzgar por lo que siguió, como lo oiréis incontinenti. En cuanto a mí, estuve paseando por el claustro, esperando, sin sospechar cosa alguna, hasta las seis, cuando el fraile salió para llamarme y hacerme entrar en su cámara. Acudí prestamente y lo seguí, marchando a la derecha de aquel cuyas traicioneras intenciones ignoraba, y andando sin sospecharlo en compañía de un traidor peligroso. Finalmente me hizo entrar en su cámara, usando bellas palabras, para no dejar en nada de asemejarse a su maestro Judas. Porque como aquél vendió al Salvador Jesucristo por treinta dineros, también este segundo Judas, discípulo del primero y muy diligente imitador suyo en el arte de la traición, o más bien su propio hermano, para saciar su apetito desordenado de maldad, me puso en peligro de muerte, no por treinta dineros, sino quizá por treinta palabras cubiertas y bien aderezadas en la botica de sus traiciones. Como el primero traicionó al Hijo del hombre con un beso, signo de paz y de amistad, también este otro, poco a poco, y como de un grado de maldad a otro, me llevó a una posición en extre-

mo peligrosa con sus palabras empleadas. Como el primero entregó al Salvador del género humano de una vez, también éste quiso hacer morir a un pobre hombre que se ingenia para favorecer al género humano, pero poco a poco, y por un tormento de larga duración. El primer Judas adelantó (aunque con una mala acción) la salvación del género humano; este segundo, quería estorbar y retardar esa salvación adquirida por Jesucristo y revelada por los libros de la Santa Escritura; tanto le repugnaba que la Palabra de Dios saliera a luz en la época presente, entre los españoles. Pero hay una diferencia entre una y otra traición: que el primer Judas entregó al Hijo de Dios en manos de sus enemigos estando aquél bien advertido de su traición y dispuesto a morir de buen grado, y a ofrecerse en sacrificio único y eterno, para la redención de nuestros pecados. Pero este segundo traicionaba con una amistad fingida a un pobre hombre, poco ducho en tales peligros y enteramente ignorante de lo que se tramaba en su contra. Y, sin embargo, este infeliz traidor osaba prometerse la impunidad de su traición, y no desistió de su propósito por el castigo que acababa de leer que le había sobrevenido al primer Judas, su maestro. Pero hay un Dios que ve tal iniquidad, y la castigará en tiempo y lugar con un tormento terrible y eterno.

A punto, pues, de entrar en la cámara del fraile, el asombro casi me hizo dar un salto. ¡Señor Dios, qué monstruos, qué de ídolos había allí dentro, para menosprecio y deshonra de Dios! Adentro había un lugar bastante estrecho, donde el fraile había dispuesto cuatro altares, que llaman, bastante lejos el uno del otro, donde él solía prosternarse y hacer sus oraciones a sus santos.

En cada altar había una imagen de San Cristóbal, de San Roque y de otra gran cantidad de santos, encuadrados en oro, y muchas bujías ardiendo alrededor, que producían un esplendor y una apariencia de religión supersticiosa en aquel recinto. Y aunque yo quedara muy turbado viendo ese espectáculo, verdadero alimento y sostén de la idolatría, pensé inmediatamente dentro de mí que en el lugar en que estaba debía contenerme, y me impuse silencio hasta que hubiera mejor ocasión para hablar. Por lo demás, mi traidor me saludó después que hube entrado, y me habló de esta suerte: "Vos no ignoráis, señor, que todos los hombres deben obedecer a Dios sobre todas las cosas, y satisfacerle incontinenti en aquello de que le son deudores, y luego ejercer la caridad y el amor entre los hombres, según se lo permitan sus asuntos." "Yo sé —le contesté—, que es necesario obedecer mucho más a Dios que a los hombres, cuya suerte debemos compartir, para que por el amor a ellos no sea violada la gloria de Dios." Lo digo —añadió— con el objeto de advertiros que hoy he estado tan recargado de asuntos que no he tenido tiempo para terminar mis oraciones, pos las cuales estoy obligado ante Dios, habiendo prometido con juramento, cuando recibí las sagradas órdenes del sacerdocio, cumplir todos los días este servicio a Dios. Por tanto, señor Francisco, os ruego no os molestéis si os hago esperar aquí otro poco de tiempo, mientras que voy afuera a terminarlas paseándome. Mientras tanto, para que no os canséis y no perdáis el tiempo mientras me esperáis, os entregaré un libro, y os señalaré en él un lugar a propósito para nuestro asunto, que leeréis mientras tanto. He aquí también la Biblia, de la cual, si os place, después

de haberterminado de leer en ese lugar, podéis sacer algún tema para la oración." Después de haber dicho esto con todo desparpajo, salió, no para orar (aunque había usado este pretexto) sino para hacer venir a los escribas y fariseos con los cuales había tramado de antemano esa traición, y tenerlos a mano para ejecutar su propósito.

El libro que me presentó era una enumeración de las herejías que ha habido después de Jesucristo, por Alfonso de Castro, monje franciscano español, por cuyos títulos podéis comprender por vos mismo cuán digno de recomendación es el autor, al cual he conocido hace algún tiempo en Brujas, hombre bárbaro e ignorante, por no decir otra cosa, pero que sabía bien encantar al pobre pueblo con no sé qué lenguaje, y con cierto artificio de palabras. Mas de este fraile no quiero decir otra cosa que lo que se manifiesta en ese bello libro, y principalmente en el pasaje que mi traidor me había indicado. Todo el libro está dividido en capítulos, a causa de la diversidad de asuntos. Al principio hay un capítulo que se titula así: *De la causa y origen de todas las herejías.* Yo no repetiré sus palabras, bárbaras y mal escritas. El punto principal era que el malvado y audaz no había tenido vergüenza de decir que la lectura de la Santa Escritura en lengua vulgar era la causa y origen de todas las herejías. Alababa también al rey de España y a todos los españoles, porque se habían cuidado siempre de esa lectura como de algún veneno fulminante. Exhortaba también a los inquisidores de España a no permitir que se leyera así la Escritura santa. Y en confirmación de esa su fantasía, sabe Dios qué razones aportaba y có-

mo abusaba de los pasajes de la santa Escritura. Por cierto me indignó tanto la lectura, que poco faltó para que destrozara aquel libro impío. Así mismo, lo arrojé incontinenti, y me puse a leer en la Biblia hasta que volvió el Judas, cuya demora me resultaba ya cansadora, a causa de que ella y la lectura del perverso libro que me había indicado, me hacían ssopechar alguna cosa mala. Aunque jamás hubiera podido suponer una perversidad tan grande como la que me tramaba.

Al fin, después de largo espacio de tiempo, volvió a entrar el Judas a la cámara, después de haber preparado y ordenado bien su traición.

Después de haberse disculpado por la longitud de sus oraciones, tomó el Nuevo Testamento que yo había entregado al Emperador, y me hizo sentar al lado suyo. En seguida comenzó a bajar las cejas, profundizar la mirada y fruncir la frente, para hacerse por ese medio más horrible y espantoso, y, como si hubiera querido predicar, guardó al principio un momento de silencio. Mientras tanto, yo estaba sentado sin decir palabra, y pensaba entre mí a qué fin tenderían todas esas ceremonias. Finalmente el Judas rompió el silencio y comenzó a predicar de esta suerte: "Francisco, nos hemos reunido en este lugar, donde nosotros solos hablamos en este momento en la presencia de Dios y a la vista de los ángeles y otros santos que veis aquí a nuestro alrededor en estos altares, como testigos de nuestra conversación; y estamos reunidos aquí, según os parece, para tratar de la traducción del Nuevo Testamento. Mas yo diré en este momento brevemente lo que pienso que será para provecho del

público, no sólo del Nuevo Testamento, sino lo que me parece en general de toda esta clase de estudios, que vos pensáis ser santa y yo pienso que es perniciosa."

Ved ahora, Monseñor y maestro, un fraile henchido de impiedad, oliendo sólo a veneno y las amenazas que tenía ocultas en su corazón, esperando la ocasión de sorprenderme y hacerme caer en los lazos que me había traicioneramente tendido. Pero oíd el resto. "Porque por lo que hace a la versión del Nuevo Testamento —dijo el fraile—, sabed que no debe ser atendida ninguna razón que no esté de acuerdo con ese libro que os di a leer recién. La sola lectura del Nuevo Testamento ha sido considerada siempre entre los católicos como la causa que ha producido todas las herejías en la Iglesia. También el único medio por el que hemos conservado a España pura y sin mancha alguna de herejía, ha sido la prohibición de esa lectura del Nuevo Testamento en lengua vulgar. Ahora bien, Francisco, os tocaba a vos haber emprendido demasiado audazmente, contra las leyes del Emperador, contra la religión, contra el amor que debéis a vuestro país y especialmente a vuestra ciudad, la cual ha sido siempre floreciente y abundante en gentes sabias, la osada publicación del Nuevo Testamento en lengua vulgar. Ciertamente es un acto digno de castigo el haber menospreciado, especialmente en ese punto, las leyes del gran monarca del mundo; es un acto intolerable, el haber procedido contra el derecho que cada cual está obligado a guardar a su país, y haber manchado su hermosura y su pureza con un mal ejemplo de novedad; pero además de haber violado la religión, es un acto execrable, que sobrepasa todas las faltas que se pudieran cometer. Todos

estos crímenes no son leves, ni dignos solamente de una simple muerte. Pero además hay otros que no son menores que éstos. Porque según entiendo habéis estado en Alemania y habitado con Felipe Melanchthon, y donde quiera que os encontréis, habéis acostumbrado publicar sus virtudes y alabanzas. Lo cual es de suyo digno de muerte, aunque no hubiera otra cosa. Lo que es más, un librito español muy pernicioso, trota hoy en día de aquí para allá, y se dice que vos sois el autor y que ha sido impreso por vos. Que si estas cosas son ciertas, os hubiera valido mucho más no haberos dedicado jamás al estudio, que haber aplicado esa inteligencia y saber a favorecer a los herejes y combatir contra la verdadera doctrina católica. Es cosa muy de lamentar, y de la cual no puedo maravillarme demasiado, sabiendo que sois joven y que no habéis estudiado mucho tiempo, que al principio de vuestra vida, casi al comienzo de vuestros estudios, hayáis tropezado tan fuertemente, y hecho ya en esta vuestra nueva profesión lo que otros ejercitados por una larga práctica no han sabido hacer en toda una vida. Que si el esfuerzo y la vivacidad de ese espíritu, en suma, si todos esos estudios no son cortados en hierba, hay gran peligro de que produzcan un fruto pernicioso para la religión y para la iglesia, aun antes de llegar a la madurez. Es una cosa que me es muy penosa esta de predecir cosas desagradables a quien yo hubiera querido ver hace tiempo mejor aconsejado. Pero estoy constituído en este lugar y el deber de mi estado es tal que debo vigilar toda la Iglesia más bien que la salvación de un hombre solo. No sé si podré con mi industria o con mi diligencia detener, o al menos endulzar todos estos males

que os están preparados. Porque os amo tanto como otro cualquiera; y como antes os he ofrecido todo el favor que pudiera, también ahora quiero que estéis seguro de mi afecto, tan grande como el de vuestro mejor amigo. Mas para deciros con franqueza lo que pienso, mucho me temo que esa audacia de haber hecho así imprimir el Nuevo Testamento os acarree algún gran mal. Porque sé que todos los que tienen el gobierno de este país os tienen gran inquina, y han determinado tomar de vos alguna refinada venganza. Y ello, a mi juicio, no sin causa; porque los crímenes de que estáis acusado son muy graves, y no veo cómo podríais purgarlos o cómo podríais evitar el tormento."

Yo oí la admonición de ese Judas con un increíble dolor de espíritu, tanto mayor cuanto lo veía lleno de fraude, malicia, crueldad, superstición e impiedad extrema. También entendía desde ya que me sería muy difícil escapar a tantos peligros, como hubiera querido hacerlo; aunque no temiera todavía las asechanzas que el fraile me había preparado, ni pudiera entrar ninguna sospecha en mi entendimiento. ¿Porque quién es aquel que podría creer que semejante perversidad pasara por un corazón humano? Pero vos mismo, con vuestra singular prudencia, podréis comprender mejor el dolor que me causó el conocimiento de la deslealtad de aquel fraile, y oír semejante discurso tan henchido de traición, que no podría de ninguna manera explicarlo; al cual usando de la mayor modestia, yo respondí de esta suerte: "Me doy cuenta, reverendo padre, de que en lugar de la comunicación amistosa y familiar que esperaba de vos, he sido obligado a oír una atroz invectiva y una acusación odiosa que

consiste, según mi entender, en tres puntos. Que si alguien me lo hubiera contado de vos, y no lo hubiera oído yo con mis propios oídos, me hubiera sido imposible creer que ella hubiera salido de vuestra boca, tan contraria es a los sentimientos que me habéis demostrado siempre hasta ahora con palabras artificiosas. Vos estimáis un gran crimen el haber traducido el Nuevo Testamento en lengua vulgar, y aún mayor el haber estado en Alemania en casa de Felipe Melanchthon, y muy grande el haber dado a luz un librito en español que llamáis pernicioso, quien quiera sea su autor, en el cual los artículos de la religión cristiana están completamente subvertidos. Yo responderé, pues, a esos crímenes, sin calumnia, sin fraude, en verdad y simplicidad según mi costumbre, y al modo de Atenas, sin pasiones ni afecciones. Lo cual me será tanto más difícil cuanto os veo no solamente inclinado, sino también confirmado en una falsa opinión. Porque habéis compuesto todo vuestro discurso de tal suerte que pareciera invectiva de algún otro, y no vuestra. Por otra parte, al recitar el juicio de los demás, lo habéis hecho en forma tal que habéis descubierto también el vuestro, y quizá deliberadamente. Sin embargo, sea como sea, aunque hubiera tenido derecho de esperar de vos una franqueza y sinceridad que no habéis tenido, dejaré, sin embargo, toda esa lamentación, y pasaré a refutar vuestras acusaciones.

"En primer lugar, no he podido oír sin gran asombro y dolor vuestra afirmación de que es verdadera la sentencia de aquel fraile que escribió en su libro que la lectura de la Santa Escritura es una cosa perniciosa para el género humano, y que de ella surgirían, como de una

fuente, opiniones perversas e impiedades. En cuanto a mí, creo, por el contrario, que tal expresión es indigna de un hombre cristiano; y estimo que la Santa Escritura, es decir, el libro de Dios, que llamamos Antiguo y Nuevo Testamento, es una cosa dada por el cielo por consejo eterno de Dios, más saludable y necesaria que otra cosa cualquiera, a todos aquellos que deseen tener un conocimiento verdadero y pleno de Dios y de las cosas celestiales. En ese librito están contenidos los principios y desarrollos, los límites de la verdadera y pura religión; en suma, las fuentes y orígenes de los cuales, como por canales, fluyen los sacros arroyos de la doctrina celestial sobre todo el género humano. Libro sin cuya lectura nos sería imposible tener algún conocimiento cierto de esa divinidad eterna que ha creado todas las cosas; de la condición de las criaturas; de la dignidad y excelencia de la naturaleza humana creada finalmente, en la cual Dios, el Creador, imprimió su imagen; de la caída de nuestros primeros padres, que después ha redundado sobre toda su simiente; del pecado, de la muerte, de mil formas de dolencias y enfermedades que están adheridas a nuestra naturaleza corrompida; de la redención del género humano, que Dios Padre misericordioso ha querido realizar entregando a su Hijo. No sabríamos nada del Hijo unigénito de Dios, nuestro Salvador, procedente del seno del Padre, que ha venido al mundo, ha vestido nuestra miseria y enfermedad, ha apaciguado la ira del Padre por su sacrificio único y eterno, nos ha dado salvación, y finalmente, después de haber vencido la muerte, abolido el pecado y derrotado al infierno, ha ascendido al cielo en triunfo y nos ha elevado consigo, después de habernos

lavado en su sangre y rescatado con su sacrificio, para vivir eternamente en su compañía; en suma, es imposible que ninguna criatura tenga inteligencia o algún gusto por la verdadera religión sin la lectura de este libro. Esta doctrina no fué enseñada jamás por ningún filósofo, y no sé si en algún libro humano se puede hallar alguna apariencia de esa sabiduría celestial. En verdad, en cualquier lugar que esté, es necesario extraerla de esta fuente, sin la cual todo el pensamiento humano es estéril y ciego, y ninguna criatura puede obtener salvación. Y no debéis llamar a aquel que da a oír este tesoro a los pobres españoles, hambrientos y deseosos de oír, leer y conocer esa voz salvadora de Dios, no lo debéis llamar, digo, violador de la religión, traidor de su propio país ni transgresor de las leyes humanas. Porque, por el contrario, al hacerlo obedecer a las leyes divinas y humanas. La voluntad de Dios es que el Evangelio se extienda por todos los lugares de la tierra, que la voz de Dios clamando en alta voz en el Evangelio y anunciando a los hombres la salvación, sea oída por todo el mundo. Y no hay, por otra parte, ninguna ley del Emperador que prohiba la lectura del Evangelio. Debe ser considerado, pues, como un fiel servidor del país, de la religión y de toda la Iglesia, aquel que ha querido encender esta divina luz del Evangelio, de la cual España ha estado privada hasta la hora presente, en el espíritu y el entendimiento de las pobres gentes, que en aquel país han vivido siempre en las más espesas tinieblas. Vos mismo no ignoráis, reverendo padre, que hay en España una infinidad de gente que no sabe absolutamente qué es el Evangelio, cuál es la verdadera y la falsa religión. Porque ¿cuántos hay,

no diré entre el pueblo común, sino entre aquellos que quieren ser llamados y tenidos por pastores de las almas, que no saben leer, no digo entender, los libros latinos y que apenas si pueden llegar al final de la lectura de la misa? ¿No es cosa buena y agradable a Dios el aliviar su enfermedad, anunciando a esas pobres ovejas hambrientas la voz del pastor, que es el verdadero pienso del alma? ¿no es esto algo loable y deseable? Y si, además de los pastores, hay otros que han de ser incitados por la lectura de este libro a buscar a Dios, a inquirir por la verdadera religión y la adoración pura, a todos ellos he querido servir con este mi trabajo, y quedaré suficientemente satisfecho si puedo ver una sola alma convertida a Dios e instruída en la verdadera religión por medio de él. Yo procuro solamente proceder de tal suerte que sea aprobado por Dios, y que haga algún servicio a la Iglesia, según el talento que él me ha dado, como debe hacerlo un fiel y leal servidor con el dinero y la substancia de su amo. No me avergüenzo, ni lo haré mientras viva, del Evangelio que sé es potencia de Dios para salvación de todo el que cree. Dios me es testigo de este coraje, y sabe que he emprendido esta obra con esta sola intención de que su voluntad sea conocida en España, y que su voz salvadora sea oída y publicada también en nuestro país como en los otros. Y el mismo escudriñador de los corazones, en la potencia del cual están los pensamientos y movimientos de todos los reyes y príncipes de la tierra, tocará por su clemencia sus espíritus, y les enseñará finalmente cuán útil y necesaria es a todo el mundo la doctrina del Evangelio. Pasaré ahora a la segunda acusación, que vos estimáis ser tanto o más digna de castigo que la

primera. Yo jamás he disimulado que haya estado en Alemania y con Felipe Melanchthon. Y no veo motivo por qué ello haya de ser considerado un crimen, ya que nunca ha estado prohibido y que muchas personas de autoridad y conocidas por todo el mundo lo han hecho, más frecuentemente y con más diligencia que yo, y han sido alabadas por ello. Que si ver a Alemania y conferir con las personas doctas es un crimen, caerían en ese crimen primeramente el Emperador, y después de él muchos príncipes excelentes por su saber y piedad, que han estado muchas veces en Alemania y conversado, privada y familiarmente sobre cosas de gran consecuencia con Felipe Melanchthon, Lutero y otros doctores alemanes. En cuanto a la tercera acusación, del librito que vos calificáis de muy dañino, y pensáis que ha sido sacado a luz por mí, como no comprendo bien de qué libro habláis, os puedo también asegurar que todavía no he publicado nada más que este Nuevo Testamento".

Mientras yo decía estas palabras, entró en la cámara donde disputábamos el prior del convento de los jacobinos, al cual yo no había visto antes, ni sabía qué hombre fuese; pero tenía unos ojos espantosos, la boca atravesada y todo el rostro como de un tirano o un hombre furibundo y lleno de secreta malicia y crueldad; y, en efecto, después me han dicho que era un malvado. Habiendo entrado, se dirigió incontinenti hacia mí y sacando la cabeza de su capuchón me saludó diciendo que mi sirviente estaba abajo y me llamaba para ir a cenar. Esa era la señal de la traición, con la cual dió a entender al otro fraile que estaba listo todo lo que se había convenido entre ellos. Por mi parte, no podía

todavía comprender nada; por tanto, le respondí dulcemente que sabía bien el camino, y que no necesitaba sirviente alguno para encontrar mi alojamiento, y por tanto le rogaba le dijera que se volviera a la casa. Así, salió aquel mensajero. Entonces rompió a hablar mi Judas. Porque el poco tiempo que me mantenía en libertad le parecía demasiado largo. "Y de nuestro asunto principal, reverendo padre —le dije—, no hemos tratado todavía; o por lo menos no hemos resuelto nada. La Sacra Majestad ha ordenado que os fuera entregado mi libro, no para que suscitarais dificultades que están fuera de lugar, sino para que lo leyerais y presentaseis vuestro informe sobre la traducción, si es fiel o no. Por tanto, os ruego que dejéis estas cuestiones contenciosas, y cumpláis el encargo que se os ha hecho, a saber, de decir vuestro parecer sobre la traducción. Por tanto, decidme si habéis encontrado alguna falta; porque eso es lo que parece que hubierais querido decir, según la conversación que habéis tenido con el obispo de Jaén."

Entonces él me respondió: "Yo he cumplido hasta ahora mi encargo, y no cesaré hasta que no vea terminado lo que he comenzado. Por lo demás, ya que pedís mi juicio sobre la traducción, diré lo que pienso, aunque no he tenido tiempo para leerlo todo, por mis ocupaciones; sin embargo, he leído los principales lugares, los cuales no puedo reprobar, y estimaría todo vuestro trabajo digno de la mayor alabanza si os hubierais aplicado a otra cosa más popular. Mas como hoy es demasiado tarde y no podríamos resolver nada tocante a este asunto, os dejaré; mañana, si os parece bien, y si podéis, me haréis el favor de volver." Lo cual decía

con toda malicia. Mas por miedo de ser importuno, le di las buenas noches.

Su servidor me condujo al piso bajo del convento, y al andar noté que todo el convento estaba alborotado: muchos frailes corrían, unos para abajo, otros para arriba, y todos se murmuraban no sé qué unos a otros. Lo cual me sorprendió mucho, y comencé a pensar que se me preparaba alguna cosa importante.

Enzinas es encarcelado en Bruselas

Apenas había llegado al patio de abajo, cuando apareció delante mío un hombre a quien jamás había visto, que yo sepa, aunque tenía el aspecto de una persona educada. Este se me acercó preguntando si yo me llamaba Francisco. "Sí, —le dije—, para servir a usted". "Tengo que hablaros", me dijo él. "Cuando queráis, estoy a vuestras órdenes", le contesté. Al decir esto llegamos a la puerta del convento, que daba a la calle, y por la cual se salía a una gran plaza, donde vi incontinenti una gran compañía de gendarmes, que se arrojaron sobre mí. Entonces aquel que me había hablado primero, me dijo que me tomaba prisionero.

Ahora bien, por cuanto que no me sintiera en forma alguna turbado viendo semejante tropa a mi alrededor, con sus alabardas, espadas y otras armas, por lo tanto le respondí tranquilamente que no era necesario traer una compañía tan grande de verdugos contra un pobre hombre, y que era contra los bandidos que había que llevarlos. Que, en cuanto a mí, yo me sentía tan inocente

y tenía la conciencia tan tranquila, que no tendría dificultad en comparecer ante todos los jueces del mundo, y aun ante el Emperador. Por tanto, teniendo tan recta conciencia, que estaba dispuesto a ir sin miedo, no solamente a la cárcel, sino al destierro, o al fuego, o a cualquier otro sitio que quisieran llevarme. "No os llevaré muy lejos —me dijo entonces—, y os aseguro que esto que hago, lo hago obligado y contra mi voluntad, que si yo hubiera podido en manera alguna excusarme, jamás hubiera aceptado tal comisión. Pero el señor de Granvella me ha obligado, diciendo tener orden expresa del Emperador." Mientras tanto llegamos a la cárcel de la ciudad. "Vos permaneceréis aquí —me dijo— hasta que se ordene otra cosa por aquellos que me han dado este encargo." Se dirigió entonces al conserje y le ordenó que me tratara diligente y honestamente, y me dijo que tuviera coraje, prometiéndome sinceramente todo lo que estuviera a su alcance, tanto para mi liberación como para otra cosa. Yo le di, antes que saliera, una esquela para entregar al arzobispo de Valencia, en la cual le ponía al corriente de mi súbita aventura, rogándole la hiciera conocer a mis parientes de Amberes.

Mientras tanto, ¿cómo creéis que lo pasaba yo en la prisión? Cierto que los primeros cuatro o cinco días era tal mi perplejidad, que no podría explicarlo ni por carta ni verbalmente. Veía a mi alrededor innumerables peligros, el menor de los cuales me parecía ser la muerte. La primera noche de mis mayores penas, que fué el 13 de diciembre de 1543, medité tan profundamente sobre todo mi asunto, en todos sus aspectos, que descubrí los peligros que podían amenazarme, ni más ni

menos que como si hubieran estado presentes. Pero yo tenía, por la gracia de Dios, un coraje más grande, más fuerte y más robusto que los mismos peligros. Sólo me atormentaba la traición de ese malvado fraile, que no podía acabar de entender. Si él me hubiera combatido abiertamente, si desde el principio se hubiera declarado mi enemigo, yo no hubiera podido sentirme tan agraviado contra él por mi mal; mas él había demostrado, por esa nueva forma de traición, que lo que ejecutaba era verdadera y propiamente hablando una invención del diablo su amo. Con todo, ello hubiera sido tolerable en la persona del Diablo, que es enemigo declarado y manifiesto de la Iglesia de Dios, y que siempre se ha propuesto perseguir a sangre y fuego la doctrina de la salvación revelada por el cielo; pero que semejante traición pudiera caber en un espíritu humano, a cubierto del nombre y de la librea de Dios, eso no podía entrar en mi entendimiento.

Así pasé las primeras cuatro horas en esas fantasías, desde las seis hasta las diez, hora en que los prisioneros se entregan al sueño y al reposo. Entonces, como yo quisiera estar separado de los otros, me llevaron a una habitación en los altos, adonde me condujo un hombre que al verlo parecía uno de los sirvientes de la cárcel. Estando, pues, allí los dos solos, comenzó a hablarme de esta suerte: "Tened buen ánimo, hermano, y no os dejéis abatir por la pena. Por lo que veo, ha de ser algo muy grande lo que os oprime y os obliga a estar tan triste. De todos los que he visto traer aquí, no he visto jamás otro que estuviera tan triste y afligido como vos; ¡y los habré visto que tenían motivos para estar tristes!

Hermano mío, debéis pensar que tal es la voluntad de Dios el Padre, quien tiene cuidado de sus hijos y los gobierna muy a menudo en forma muy distinta a la que ellos quisieran. Y si sois hijo de Dios no debéis ni podéis modificar esa voluntad con vuestras lágrimas, llanto y tristezas. Quitad, pues, de vuestro espíritu esa pena tan grande, y en vez de ella grabad en vuestro espíritu esta sentencia: "Que el hombre virtuoso y cristiano no debe temer ningún mal, salvo el delito", del cual estimo que vos no sois culpable. Porque he oído allá abajo, a algunos presos que os conocen, que no sois de tal lugar ni condición como para ser probable que seáis culpable de alguna gran falta. Vuestra misma edad, vuestra fisonomía, todo vuestro porte, vuestra modestia muestran en vos no sé qué inocencia, y aseguran que no cometeríais por propia voluntad ningún gran crimen. Y si por algún error de juventud habéis caído en esta aflicción, pensad en la justicia de Dios, pero más aún en su misericordia, que quiere castigar nuestras faltas en este mundo con alguna pena ligera y de poca duración, para, después de estas miserias, hacernos partícipes con El del gozo y herederos de la vida eterna, con tal que confiemos en las promesas contenidas en su Santa Palabra. Y si sufrís injustamente, entonces con más razón debéis regocijaros y glorificar al Señor, teniendo la seguridad de que estas ligaduras no os deshonran delante de él, y que os son comunes con muchas personas de bien que en el día de hoy las soportan, y mucho más, injustamente y sin causa. Cesad, pues, de llorar en vano; cesad de atemorizaros. ¿No sabéis acaso que Dios está presente con nosotros, pobres cautivos? ¿que El nos

asiste y cuida de nosotros? ¿que El nos contempla y nos escucha conversar así juntos? ¿No sabéis bien que los cabellos de nuestra cabeza están contados delante de Dios, y que nos se nos puede quitar uno solo si no es su voluntad? ¿Qué miedo tenéis, pues, de las amenazas de los hombres, que no descargáis vuestro espíritu de esa tristeza tan grande, para invocar después a Dios y ordenar más prudente y diligentemente vuestros asuntos? Depositad, si os parece bien, toda vuestra tristeza en mis manos. Porque aunque me veis pobre y desastrado, prisionero como vos, y tan necesitado como cualquiera de la ayuda de otros, sé bien que Dios tiene cuidado de mí; porque hace tiempo que he puesto en él toda mi esperanza. Por tanto, si queréis fiaros de mí, yo os seré fiel, para orar por vos, para confortaros y para hacer todo aquello que esté a mi alcance."

Yo escuchaba muy atentamente todas las palabras de aquel hombre, maravillándome de su elocuencia, que fluía tan dulcemente que se hubiera dicho que era un Néstor, u otro más elocuente que Néstor, de cuya boca fluía la palabra más dulce que la miel. Pero me maravillaba mucho más del gran temor de Dios, y de la caridad verdaderamente cristiana que aparecía en toda su conversación. Siendo, pues, recreado por su hablar amistoso, comencé a agradecerle, sintiéndome fortificado. Le conté, como él me lo había pedido, las tretas del fraile y por qué causa, con qué engaños y traición me había hecho llevar allí. Entonces, movido por un gran afecto, saltó hacia mí y abrazándome por mitad del cuerpo, dijo:

"Ahora os reconozco como mi verdadero hermano,

pues que estáis prisionero por la misma causa del evangelio, por la cual yo soporto hace ya ocho meses estas prisiones, y muchas otras personas de bien que están aquí, y en muchas otras prisiones más estrechas. Mas loado sea Dios, a quien sea gloria eternamente, que antes de partir de este mundo veo lo que he deseado siempre más que todos los tesoros del mundo. Porque siendo los españoles de espíritu tan agudo y sutil, más obstinadamente contrarios a la Palabra de Dios, y muy apegados a las tradiciones de los hombres, llegó a parecerme que no había esperanzas de que en medio de una ceguera tan grande se encontrara un hombre que osara emprendar una obra tan excelente y provechosa como ésa. Mas veo que habéis sido impulsado por un consejo admirable de Dios, a impartir a los de vuestra nación los tesoros de la doctrina celestial, lo que nunca antes había sido hecho. Y es, hermano mío, una condición natural de la Palabra de Dios, que jamás sale a luz sin que sea seguida por relámpagos y truenos. Antiguamente, cuando Dios quería hablar a su pueblo, el cielo se nublaba, los elementos se turbaban, las montañas humeaban, los valles temblaban, todo el pueblo era presa de un maravilloso temor, y no podía soportar la voz de Dios; y aún teniendo temor y huyendo de él, recurrió a los medios humanos, y rogó a Moisés que él le hablara, y que no hablara más Dios, a fin de que no muriera. Nuestro Salvador Jesucristo también testifica abiertamente que él ha venido al mundo para meter discordia entre padres e hijos, entre esposos y esposas, y para esparcir el fuego y la espada por todo el mundo. Y es esa discordia la que engendra tranquilidad en la con-

ciencia, paz hacia Dios, y hacia los hombres enemistades mortales. Sin embargo, no debéis estimar como cosa liviana, ni que dependa del juicio de los hombres, la profesión de la doctrina celestial. Vos habéis emprendido, a mi juicio, una cosa grande y muy peligrosa, mas cuyo galardón os espera en el cielo, si proseguís en vuestra vocación (que debéis considerar totalmente divina) constante y fielmente hasta el fin. Ahora, pues, hermano mío, sed firme, sed fuerte en Dios, y no dudéis en ningún momento de su poder ni de su bondad. Este buen Padre os librará de todas vuestras angustias cuando le pareciere. Porque él quiere, por un designio maravilloso y enteramente distinto del de los hombres, que su gloria sea publicada por ese medio, y quiere al mismo tiempo que la fe de sus elegidos sea probada como el oro en el horno. No miréis, pues, hacia atrás, y seguid constantemente la senda a la cual habéis sido llamado por el Señor. Pero —dijo— oigo que sube alguien, y debemos terminar por esta vez. Porque aquí hay muchos que odian la Palabra de Dios. Reposad, pues, esta noche tranquilamente, hermano, y quitando de vuestra mente todos esos pensamientos humanos poned vuestra esperanza en el Dios vivo."

Ahora bien, aunque yo fui muy confortado por la conversación de aquel hombre, no pude, sin embargo, echar fuera de mi espíritu todos esos pensamientos. Porque aunque todos los peligros no me parecieran nada como precio de la verdad, no podía dejar de ver la muerte que me era propuesta. Pasé, pues, toda la noche en gran dolor y angustia. Porque después de haber dis-

currido todo lo que acudía a mi fantasía, y dádole vueltas de todos lados en mi espíritu, mi conclusión fué que, si llegábamos a una disputa sobre teología, lo que para mí era un hecho, todos los hombres del mundo no podrían salvarme. Porque tratándose de la gloria de Dios y de la confesión de la fe cristiana, yo había resuelto no disimular, sino mantenerla hasta el último suspiro, después de haberla conocido y abrazado una vez, principalmente teniendo algún temor de la horrible sentencia del Juez soberano. Por otra parte, el aguijón malvado de la carne adherido a nuestra naturaleza me ponía delante de los ojos la enormidad del peligro, y me incitaba al disimulo. En esa lucha peligrosa de la carne y el espíritu, se libraba por otra parte una batalla entre el entendimiento y la voluntad, que me atormentaba el corazón y el espíritu. Ciertamente ninguna muerte, ninguna carnicería, ningún tormento habrían podido vejar más cruelmente a hombre alguno que lo que yo me sentía entonces. Pero, Dios sea loado, que después de tan prolongado combate me dió la victoria, y confirmó mi alma con la fuerza de su espíritu, de suerte que decidí que no podría sucederme nada más hermoso que morir por una causa como la mía, que yo sabía era la de Dios. Entonces, fortificado con increíble eficacia por la gracia de Dios, resolví mantener pura e íntegra la gloria de Dios, cualesquiera pudieran ser los peligros humanos; y no menospreciar, mientras tanto, lo que el ingenio humano pudiera hacer para mi liberación, salvo siempre la religión. Por esta causa, al día siguiente mandé llamar al mayordomo del obispo de Jaén que me había llevado

primeramente al fraile. Aquél, al saber la treta que se me había jugado, quedó asombrado y me prometió que su amo y él procurarían por todos los medios posibles obtêner mi libertad.

Compañeros de prisión

Mientras tanto, le entregué cartas que él envió el mismo día a Amberes para advertir a mis parientes de mi encarcelación. En esta espera pasaron tres días, durante los cuales sentí grandes dolores y tormentos de espíritu increíbles. Entre tanto, hablé con algunos que estaban también prisioneros conmigo. Entre los cuales se hallaba un hombre cortés y de calidad, dotado, según pude colegir por su conversación, de un gran temor de Dios. Yo quise saber por él quién era el hombre que la noche anterior me había hablado tan amablemente. Entonces él me dijo: "Vos podéis alegraros por muchos motivos de haber sido traído a este lugar, por más que sea lúgubre y que engendre, al solo recuerdo de la libertad perdida, gran irritación de espíritu, además de otras incomodidades y peligros. El primer motivo es que el nombre y la majestad de Dios serán glorificados en estas prisiones. El segundo, es que habéis conocido ese hombre de Dios, sobre el cual me preguntáis, el cual es tal que creo no se podría encontrar otro igual en todo Brabante. En pocas palabras os diré sus hábitos y su vida. Se llama Gilles y es natural de esta ciudad de Bruselas, no de familia rica o muy renombrada, pero por su virtud ha adquirido un maravilloso favor y autoridad entre todos

los que lo conocen, aun entre los enemigos de la pura doctrina, salvo unos pocos que son más desvergonzados que los otros. ¿Y cómo no habían de amar todos a un hombre así, que ha pasado todo el curso de su vida en la inocencia, que jamás engañó a criatura alguna, y que siempre ha estudiado la manera de ser agradable a todo el mundo? Ha vivido treinta y tres años, durante los cuales nadie se ha quejado jamás de que él le haya hecho algún mal. Era humanitario para con todos, cedía a todos, y antes que discutir perdía su derecho, a fin de mantener la concordia y la caridad dignas de un cristiano en esta vida. ¿Qué más hace falta decir? Parecía que Gilles hubiera nacido solamente para ayudar y socorrer a los demás, y no para él. Lo dice bien ese rostro tan dulce y modesto, esas maneras tan afables, y los servicios que presta aquí a los pobres prisioneros; de suerte que se puede reconocer en él un alma santa y destinada al paraíso, la cual habita en un tabernáculo puro y casto. Pero es increíble cómo ese buen natural que Dios le había dado desde su juventud ha medrado y aumentado desde hace veinte años, cuando ha madurado su juicio y ha comenzado a gustar esa sabiduría celestial infundida por las santas letras. Y como yo sé perfectamente cómo ha reformado su vida desde entonces, y creo que os será grato oírlo, os haré un breve relato. Su oficio era el de cuchillero, a cuyo arte se había entregado para evitar la ociosidad y ganarse la vida con su trabajo. Porque decía que era cosa deshonesta que un hombre pasara la vida ociosamente en los placeres, o viviendo de lo adquirido por otros. Empleaba, sin embargo, la menor parte de su tiempo en su oficio; pues la mayor parte la dedicaba a

visitar los enfermos, socorrer a los pobres, reconciliar a los ciudadanos que tenían alguna disensión entre ellos. Y, sin embargo, aunque empleaba la mayor parte de su tiempo en ejercer la verdadera caridad hacia sus prójimos, y sólo reservaba unas pocas horas del día para su oficio, es imposible decir cómo Dios bendecía y multiplicaba el fruto de su trabajo. Todo lo que ganaba con su arte, que ciertamente no era poco, lo distribuía a los pobres; y en cuanto a él, vivía con muy poco, no gastando casi nada; de esa manera se había conquistado el amor del pueblo. Todos los hombres de bien querían hablar con él, todos lo invitaban, todos abandonaban sus bienes a su cuidado. A menudo le daban también algunos presentes, que si él aceptaba era sólo para socorrer a algún pobre que él conocía. No empleaba ese favor de los ciudadanos, y los bienes que él tenía, para su provecho particular, sino todo para provecho de sus prójimos. Tenía en esta ciudad su propio panadero, su zapatero, su costurero, su boticario. Al uno le tomaba el pan para distribuir a los pobres, al otro zapatos para abrigar a los necesitados, ropas para vestir en invierno a los indigentes, medicinas para socorrer a los pobres enfermos. También pagaba al médico de su propio bolsillo. Todas esas cuentas ascendían a veces a cuatrocientos florines al año, que él mismo pagaba de su peculio, o bien, si alguna vez no podía satisfacerlo todo, sus acreedores de buena gana le rebajaban algo, o los ricos burgueses y la gente de bien satisfacían el resto. Habéis oído de su caridad. ¿Qué diré de la piedad y el temor de Dios que tenía, por los cuales era más renombrado que por todas sus otras virtudes? Su principal empeño era inquirir acerca

de la doctrina del evangelio, de cuya lectura y meditación, junto con la invocación de Dios y la oración había aprovechado tanto, y era tan ardiente, que muchas veces sus amigos le hallaban de rodillas orando y como transportado, fuera de sí, tan atentas y fijas en la oración estaban las fuerzas de su espíritu. En cuanto a conocimientos, tiene los que necesita para poder leer libros impresos y entenderlos bien; no tiene muchos otros. Pues ni siquiera puede escribir, ni leer distintamente lo que está escrito confusamente por otro. Tiene muy buen juicio, y es muy industrioso. Lee todos los mejores libros de la doctrina de salvación. Mas por sobre todos los otros está perfectamente bien versado en las Santas Escrituras. Para mí es un placer oírle platicar sobre los artículos de fe. Vos mismo habéis podido comprobar anoche cuán versado es en las Santas Escrituras, cómo razona, cuánta es su elocuencia, y cuántas gracias de Dios ha recibido, y si quedáis aquí mucho tiempo lo comprobaréis aún más. Quizá os maravilléis de que se haya hecho esto, que una virtud tal, un don de Dios tan raro, una joya tan preciosa esté aquí detenida en estas prisiones, y como sepultada en estas tinieblas, cuando debería ser tenida a la vista y a la luz de todo el mundo, pues merece ser honrada y apreciada por todos. Mas cesaréis incontinenti de maravillaros, si consideráis vuestra propia condición presente, la cual le es común con vos y con todas las gentes de bien que profesan la doctrina de Jesucristo. Pero quiero contaros brevemente la causa de su encarcelamiento, para que no quede trunco mi relato.

"Hace unos dos años se vió en esta ciudad que empezaban a aparecer la peste y el hambre. Entonces Gilles, que siempre había sobrepasado en temor de Dios y amor al prójimo a todos aquellos que en esta ciudad, y aun en todo el país, tenían fama de gentes de bien y caritativas, con una virtud admirable y una constancia maravillosa se sobrepujó a sí mismo, pues la república estaba muy escasa de víveres y muchas pobres gentes en gran angustia. Entonces él vendió sus bienes, de cuya subasta sacó una buena suma de dinero, y la empleó durante ese período de hambre en socorrer a los pobres, los enfermos y otros necesitados. No pasaba día sin que fuera a los lugares públicos de la ciudad, donde se atendía a los apestados, y atendiera a sus necesidades, aun sirviéndoles con sus propias manos. Acudía a los albergues públicos y se llevaba a su casa a los extranjeros, los pobres, especialmente los enfermos, y los alimentaba, los socorría, y les servía hasta que por la gracia de Dios recobrasen la salud y pudieran volver a sus trabajos; y si se trataba de extranjeros que estuvieran de paso, no los dejaba ir sin darles algo para el viaje. Una vez lo llamaron de una casa donde una mujer estaba por dar a luz, y vio que en toda la casa había un solo lecho, donde ella debía acostarse todas las noches junto con cinco niños; incontinenti volvió a su casa y le envió la única cama que le había quedado para él, decidido a dormir sobre un montón de paja. Pero no se ocupaba solamente de subvenir a las necesidades corporales, sino también a las de las almas. Instruía a los moribundos en la doctrina de Jesucristo, y les enseñaba con palabra convincente que no debían fiar en las obras, y que de-

bían ser salvos por la sola misericordia de Jesucristo; que la enormidad del pecado era tal que la ira de Dios no había podido ser apaciguada por otro medio que por el sacrificio del Hijo de Dios. Por otra parte, que el amor y la caridad de Dios hacia el género humano habían sido tan grandes, que él había querido enviar a su Hijo al mundo para que por su sangre fueran lavados todos nuestros pecados, y que por su sacrificio él nos reconcilió con Dios y nos hizo herederos del reino celestial. En suma, predicaba con gran eficacia la miseria de nuestra naturaleza, el horror al pecado, la misericordia de Dios, la justicia de la fe y la vida eterna; y de tanto provecho eran sus sermones que muchos, rechazando las oponiones farisaicas y la confianza en sus méritos, se apoyaban enteramente en la misericordia de Dios por Jesucristo, y confirmados en esa fe morían en el Señor y pasaban así a la vida bienaventurada. Los otros, así instruídos por él en la luz del evangelio, se han retirado a los lugares circunvecinos y han comenzado a extender y diseminar lo que han aprendido de él, de suerte que la doctrina de salud ha tomado un gran desarrollo en este país. Podemos verdaderamente decir que Gilles ha enseñado la verdadera piedad, y ha restablecido la integridad de la religión en todo el país de Brabante. Mas como la virtud de este hombre ha sido siempre resplandeciente, no han faltado tampoco acusadores que tratasen de destruirla. Entre otros hubo en esta ciudad un bribón, cura del templo que llaman la Capilla, que acusó ante el Procurador general a este inocente y tan excelente hombre. Que si yo quisiera relatar las malas artes, las blasfemias y los horribles hechos de este abominable pastor

(que a la verdad debería ser más bien llamado lobo, o o recipiente de toda villanía e inmundicia), ciertamente no me daría menos trabajo y fatiga que el escribir las alabanzas de Gilles. Mas dejemos a este monstruo inmundo donde merece estar, como indigno de ser siquiera nombrado entre las personas de bien. Así, pues, ese malvado comenzó a clamar contra él, tanto en público como en privado, tanto delante del Procurador general como dentro del templo, en sus sermones; a jurar y llamar al cielo y la tierra por testigos de que, si no era quitado ese hombre y se le hacía morir, pronto el país entero sería de su opinión. Encendida así, hace un año, esa persecución que creo que habréis visto en Lovaina, este pobre hombre fue el primero en ser tomado en esta ciudad. Por lo demás, él sobrelleva su adversidad y sus prisiones tan paciente y dulcemente, que en ocho meses que hace que está acá nadie le ha oído jamás una palabra que no fuera llena de piedad y de consuelo. El solo gobierna toda esta familia, como lo veréis; él consuela a los pobres moribundos, de modo que yo creo que ha sido enviado aquí por una gran providencia de Dios, a fin de enseñar a las pobres gentes que son traídas aquí, en el temor de Dios y la modestia." ,

Mientras aquel hombre me hablaba, he aquí que se presenta Gilles, que interrumpe nuestra conversación y nos saluda muy amablemente. Entonces, después de haberle preguntado muchas cosas, pude fácilmente descubrir que tenía un gran temor de Dios, Que si yo quisiera relatar aquí todos sus hechos y palabras, que son muy dignos de ser puestos por escrito, ciertamente emprendería una obra grande y difícil. Sin embargo, toda vez

que encontraba oportunidad o lugar o tiempo, no dejaba jamás de venir a predicarme. Porque a nadie en el mundo comunicaba sus pensamientos más gustosamente que a mí. Y recibía de él diariamente con toda regularidad dos prédicas seguras: una, a la noche, cuando me iba a acostar (porque él me conducía), y la otra por la mañana, antes de levantarme; porque venía todos los días a mi cama muy temprano y allí me instaba con gran vehemencia a mantenerme fuerte y constante, a la defensa de la verdad una vez conocida y a la confesión de la fe cristiana. También mezclaba siempre alguna hermosa doctrina o algún bello símil tomado de las santas letras, o de esta vida común. Y comúnmente hacía esas pláticas junto a mi cama.

Todas y cuantas veces le oía discurrir con tan grande virtud, con tan grande dulzura y conocimiento. ¡Dios mío, qué ardor se apoderaba de mí! ¡Con cuánto coraje deseaba ir al suplicio y confirmar la pureza de la doctrina del evangelio con mi sangre! Puedo afirmar, a la verdad, que cuando lo oía hablar así, yo estaba mucho más pronto a morir que cuando recaía en la consideración de mis dolores y calamidades privados.

Primeros interrogatorios

Volviendo ahora a mí mismo; quedé tres días enteros en la prisión, durante los cuales no oí noticia alguna de fuera, ni buena ni mala. ¡Dios mío, cuántos temores, cuántas angustias se apoderaron de mi espíritu! No tenía reposo ni consuelo, más que cuando Gilles estaba con-

migo. Al cuarto día, algunos comisarios del consejo del Emperador me enviaron sus gentes después de comer para advertirme que luego debían venir a la prisión, para hacer algunas averiguaciones en mi causa y oír mi confesión. Entonces empecé a sentir en mi conciencia terrores horribles y un miedo mortal, y combates entre la carne y el espíritu, que no podría explicar. Porque todo lo que esperaba era que vinieran a interrogarme sobre mi fe; y no hay nadie que no sepa que es segura la muerte de los pobres cristianos, principalmente cuando se está entre las manos de aquellos que deliberadamente persiguen al evangelio. El espíritu me incitaba a la constancia y a hacer una franca confesión de fe. La carne me presentaba el peligro de la muerte, y me instaba a disimular, temblando y combatiendo contra los horrores de la muerte. Mas al fin, por un beneficio singular del Espíritu Santo, y por las santas exhortaciones de Gilles, fui fortificado en un momento en tal forma que determiné incontinenti confesar sin temor la pura verdad, si era necesario, sucediera lo que sucediera. Luego vinieron, casi a la misma hora, mis comisarios, y entraron con gran ruido y magnificencia en el lugar donde estaban reunidos los presos, los cuales se pusieron todos de pie, honrando a esos señores, pues eran casi los principales del consejo privado del Emperador. Todos los otros entonces se retiraron, y quedé yo solo para ser atormentado por ellos. Me saludaron muy amablemente en lengua francesa. Después de lo cual se sentaron todos a una mesa, y me hicieron sentar con ellos, conversando conmigo por un poco de tiempo, muy privadamente, antes de comenzar. Poco después, cuando comprendí que

estaban por entrar en materia, les dije que, si les placía, me gustaría mucho más responderles en latín o en español que en francés, a fin de no equivocarme en el empleo de alguna palabra de sentido ambiguo, contestándoles otra cosa que lo que fuere menester. Mi pedido les agradó también, y por tal causa quisieron interrogarme en latín. Habiendo entonces recobrado la gravedad de sus semblantes, una de ellos comenzó a hablarme de esta suerte:

"Francisco, por cuanto por varios e importantes motivos os habéis hecho sospechoso a la Majestad Imperial, dicha Majestad nos ha encargado examinaros e informar diligentemente de lo concerniente a vuestra causa, y presentarle un relato fiel de lo que hallemos, a fin de que sea pronunciada sentencia según lo que se encuentra en favor o en contra vuestro. Vuestro deber, pues, será responder la verdad a todo lo que se os preguntará. Y al hacerlo así induciréis a los jueces, que son de natural benigno, a usar hacia vos de mayor suavidad en esta causa que, por lo demás, es muy odiosa. Si no, nos daréis ocasión de sacaros por la fuerza lo que queremos saber."

Entonces yo les contesté con firmeza, que no podía haber una causa justa, porque aquel que no haya sido jamás hallado en falta alguna, y que haga profesión de virtud y piedad, debe ser sospechoso o al Emperador o a cualquier hombre. Por lo tanto, que les diría voluntariamente la verdad de lo que me preguntaran, y sin temor alguno: lo cual haría aunque no estuviera obligado. Desplegaron entoces no sé qué papeles, y por ellos se rigieron en mi interrogatorio; tan fielmente, que no

me preguntaron cosa alguna que no estuviera contenida en sus artículos. Y me interrogaron en un todo según las instrucciones del fraile, cuya firma y escritura reconocí en los papeles. Así tuvieron a bien no apartarse de los límites que el fraile les había ordenado. Lo cual me benefició más de lo que se pudiera creer. Porque como él era hombre de pocos alcances, cuyos pensamientos e invenciones se arrastraban a ras de tierra, no siendo más altos, salvo en traiciones, que los de los niños, había encargado que se me interrogase sobre cosas que no podían dañarme. En suma, todos sus interrogatorios fueron: de qué país era, de qué ciudad, de cuyos padres, de qué edad. Todo lo cual lo sabían bien, sin necesidad de preguntármelo. Luego, en qué lugares había vivido, en qué facultad había estudiado, cuánto tiempo y bajo qué maestros. Finalmente, muchas cosas del Nuevo Testamento. Entonces comencé a recobrarme un poco y a pensar en la bondad divina y la obra manifiesta de Dios, que había cegado los ojos de mis adversarios a fin de que en plena luz no vieran nada, y no disfrutaran de la capacidad de su entendimiento. Porque insistían constantemente en cosas de importancia nula, no percibiendo aquellas cosas que me hubieran puesto ineluctablemente en peligro de muerte. Por otra parte, experimenté cuán cierta es la promesa por la cual nuestro Salvador quiere que estemos firmes y sin temor alguno cuando nos sea necesario sostener la causa del evangelio delante de los reyes y príncipes, y nos promete al mismo tiempo darnos palabras y sabiduría a las cuales no habrá adversario que pueda resistir. Pues yo sentía no sé cómo, durante el interrogatorio, que me venía una osadía, una

palabra, una libertad ajenas a mí mismo, equipado con las cuales como con un escudo divino, recibía los dardos de mis adversarios, a veces furibundos; y a veces yo mismo salía al encuentro de ellos. Mas como comenzara a hacerse tarde, y también porque en aquel día no se podía recibir toda mi deposición, mis comisarios se fueron por ese día, con el propósito de volver por la mañana para poner fin a su interrogatorio. Al salir de la cárcel se dirigieron directamente al convento a mostrarle al fraile mi declaración. Con lo cual yo hubiera tenido suficiente motivo para pensar que seguían en un todo las instrucciones de aquél, aunque no hubiera visto los papeles y su escritura.

El mismo día llegó de Amberes a Bruselas un tío mío acompañado por muchos otros de mis parientes, y vinieron hasta la misma cárcel; mas como yo estaba ocupado con mis comisarios, no pudieron hablar conmigo. A la mañana siguiente, muy temprano, volvieron a la cárcel, y tuve con ellos una pendencia aún mayor que la que había tenido el día anterior con mis inquisidores. ¡Pardiez, con qué reprimendas, con qué insultos me saludaron al llegar, encontrándome en tal miseria y calamidad, y en circunstancias en que más bien debieron recrearme y consolarme de mis aflicciones que agregar mal sobre mal con sus injurias. "Ahora ves —me decían— el fruto de tus estudios; ahora ves dónde te ha llevado tu designio particular, al no haber querido creer a ninguno de aquellos que deseaban tu bien. ¿Qué tenías que hacer con tan tontos estudios? ¿Qué tenías que meterte en teología? ¿Por qué no la dejaste para los frailes y doctores? ¿Qué has ganado, más que poner en peligro

tu vida, como en este momento, y la infamia y el deshonor perpetuos para todo tu linaje?" Yo no sabría explicar, de palabra ni por escrito, el dolor que me produjeron esos bellos sermones de mis parientes; pero puedo afirmar, a la verdad, que ellos me ocasionaron mayor tormento (aunque sólo buscasen mi bien) que todos mis verdaderos adversarios, que buscaban abiertamente mi ruina. Así, pues, traté con la mayor suavidad y dulzura que me fué posible, de apaciguar su cólera, rogándoles que no aumentaran la aflicción del afligido, y que no midieran la obra por lo sucedido. Al final reconocieron mi inocencia, y me dijeron que habían venido solamente para adquirir mi libertad, si ello era posible, o para darme por lo menos algún consuelo. Por lo tanto, determinaron incontinenti dirigirse primeramente al confesor, que sabían era el causante de toda esa desgracia, y también a algunos otros grandes señores de la corte del Emperador, por medio de los cuales esperaban poner fin a mi asunto. Partieron, pues, con esa intención, y no volvieron en todo el día.

Después de almorzar volvieron mis comisarios para finiquitar su interrogatorio. Pero no trajeron tampoco nada de todo lo que yo temía, salvo algunas limaduras (por así decir) que habían sacado de mi confesión precedente, y que me objetaron como grandes crímenes. Todo ello, sin embargo, era simplemente pueril y no tenía forma alguna de verdadera acusación. Pero había, entre otras, dos cosas de las cuales podían sacar gran provecho, tomándolas con rigor extremo y queriendo usarlas calumniosamente. Pues al principio me habían preguntado si yo había estado en Alemania, lo cual yo no pretendí

negar. Además, si había estado en Witemberg. Allí había estado, les dije. Si había conocido a Melanchthon. Sí, privadamente. Qué conversaciones había tenido con él. "Eso no os lo puedo decir" —les respondí. "Sé que he conversado con él de muchas materias, principalmente sobre la elocuencia y todas las otras disciplinas liberales, que se conocen en una palabra como Filosofía." "¿Y de teología?" —me preguntaron. "Sí, también algún poco" —les dije—, "pero ahora ya no me acuerdo". "¿Qué palabras empleasteis con él?" Cuando comprendí que no sólo querían conocer mis pláticas enteras, sino más estrechamente las palabras que había usado, y hasta las sílabas, les respondí en forma un poco distinta a la que hasta entonces lo había hecho. "Me asombra —les dije— que oséis preguntarme una cosa de la cual ninguno de vosotros sabría rendir cuenta en circunstancias semejantes. ¿Cuál de vosotros podría repetir las palabras que dijo ayer o anteayer a su servidor, tan exactamente como me lo exigís? ¿Con qué facilidad esperáis que os pueda repetir las palabras que yo haya cambiado con Melanchthon hace varios meses? Si queréis saberlas, id a interrogar a Felipe Melanchthon, que tiene mucho mejor memoria que yo y quizá os las pueda repetir." Habiéndoles respondido así, cambiaron de táctica y me dijeron: "Ya que habéis estado en Alemania y visto a Felipe Melanchthon, y conversado frecuentemente con él, decidnos ¿qué os parecen él y sus libros?" Aquí yo estaba casi perdido, y a primera vista me parecía que no podría escapar sin lastimar mi conciencia, o entregarles un cuchillo para que me degollasen cuando bien les pareciera. Mas Dios me puso en la boca en ese momento una res-

puesta que, siendo verdadera, no era, sin embargo, odiosa. "No he leído todos los libros de Melanchthon —les dije— y aunque los hubiera leído, no me considero capaz de emitir un juicio. Mas por lo que hace a su persona, lo estimo como un hombre de bien, y no he conocido jamás otro mejor."

Habiéndoles respondido así el primer día, mis comisarios aprovecharon para preguntarme al día siguiente cómo había osado llamar hombre de bien a Felipe Melanchthon, un hereje excomulgado. Entonces les dije: "Bien veo que tenéis ansias de calumniarme, pues lo que he respondido simplemente de buena fe lo tomáis más bien en el mal sentido que en el bueno; cuando vuestro deber sería, aunque hubiera dicho alguna cosa inconsiderada, tomarla en el buen sentido, o al menos no buscar así ocasión para sorprenderme, por una palabra buena y verdadera. Os responderé, sin embargo. Primeramente, no me parece que Felipe Melanchthon haya sido excomulgado, como vosotros decís, y mucho menos aún que sea hereje. Y si os ha ofendido el término 'hombre de bien', yo os pregunto cómo osáis vosotros llamar, por el común consentimiento de todos los hombres doctos, a Platón, divino; a Sócrates, santo; a Arístides, justo; a Cicerón, salvador del país, y otros epítetos semejantes que las gentes doctas aplican a los paganos, sumidos en sus innumerables vicios y ajenos por completo al conocimiento de la religión verdadera. Y si se consideran los sobrenombres en sí, ¿cuánto más atrevido es decir divino, santo, justo, salvador del país, que decir simplemente hombre de bien, lo que tantas veces se dice aún de hombres que no valen nada? Que si

se compara hombre con hombre, apelo al testimonio de vuestras conciencias, siendo vosotros mismos jueces, que digan la diferencia que hay entre esos paganos que no tuvieron ningún conocimiento de nuestro Salvador Jesucristo, y este hombre cristiano, que en santidad de vida sobrepasa a todos los que yo jamás haya conocido, y en cuanto a la doctrina, confiesa sin dificultad alguna todos los artículos de la fe con la Iglesia de Cristo. ¿Qué había de semejante en Platón, en Sócrates, en Arístides, en Cicerón y los otros hombres sapientísimos de todas las épocas y naciones, que sin la doctrina celeste de la Palabra de Dios han querido redactar por escrito sus opiniones sobre la religión? Por lo tanto, sed en adelante más justos en la interpretación de mis palabras; de otro modo no os responderé una sola palabra más." Con esta respuesta contenté a mi gente, si es que se pueden contentar aquellos que buscan de todos modos ocasión de calumniar.

Paso ahora al otro punto más digno de risa que el primero, o a la verdad, más malvado, de que me acusaron, y el único que encontraron en el Nuevo Testamento. En la Epístola de San Pablo a los Romanos, en el tercer capítulo, después de la exposición que hace San Pablo de la justificación, él resume como en una sentencia firme de la cual nadie debe dudar, todo el argumento anterior, que después prosigue con más claridad: "Concluímos pues que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la ley." Por casualidad el impresor había puesto en mi libro esa oración en letras grandes, lo cual mis comisarios censuraron, diciendo que era un gran delito digno del fuego. Me preguntaron por qué había

hecho poner esa sentencia luterana en letras grandes, y no las otras cristianas. Pregunta a la cual no pude contestar sin cierta cólera. ¿Pues quién podría soportar audacia tan malvada, que así osa desgarrar la gloria de Dios con tan manifiestas blasfemias? Les respondí pues: "Yo no hubiera pensado jamás, señores, que se pudiera hallar un hombre que quisiera tornar en mal y lamentar una cosa de tan poca importancia, y por añadidura digna de alabanza. De otro modo, así como he quitado muchas cosas por miedo de ofender los oídos demasiado sensibles de los de nuestra nación, hubiera quitado también ésta. Por lo demás, la sentencia que vosotros llamáis luterana, yo me atrevo a llamarla claramente, aquí delante de vosotros, de San Pablo, o sea, cristiana. Por lo tanto, inferís al Espíritu Santa una injuria que se aproxima a la blasfemia, cuando osáis, con no sé qué insolencia, llamar a la Palabra eterna de Dios, inspirada y revelada a los hombres por sus maravillosos designios, cuando osáis llamarla, digo, luterana. No puedo creer que Dios deje impune semejante audacia. Con toda seguridad ha de venir la venganza del cielo, y más pronto tal vez de lo que pensáis. Esta sentencia jamás fué forjada en el cerebro de Lutero; esta doctrina no es invención de Lutero, sino que es un decreto eterno, firme e inmutable de la sabiduría del cielo, ordenado y establecido primeramente en el trono del Padre eterno, y revelado después por el ministerio de San Pablo a la Iglesia, a fin de que lleve salvación a todo creyente." Entonces me dijeron: "No negamos que sea católica, pero decimos que de ella, mal entendida, Lutero y todos los otros herejes han tomado ocasión para sus errores." "Lindo juicio el

vuestro —les dije— de querer afirmar como verdadera una cosa de la cual no estáis seguros. Porque vuestra profesión es el derecho civil y no la teología, y como vosotros mismos lo confesáis, jamás habéis leído los libros de Lutero. Y aunque fuera como vosotros decís, sería bueno poner esa sentencia en grandes letras, a fin de que por ello, como por una marca, los lectores fueran exhortados a detenerse allí a fin de no tropezar en ese punto como aquellos que se han engañado. Pues mientras más asombrosa y difícil sea para los entendimientos orgullosos y arrogantes, más diligentemente buscarán los que la lean su sentido verdadero y natural, que hasta ahora ha sido vilmente corrompido por gente sin cerebro ni ingenio. Pero os ruego que presentéis otras acusaciones un poco más eficaces que ésta, si las tenéis, y cesad de enrostrarme como un criminal lo que es más digno de honor y de alabanza que de reproche y castigo." En toda mi deposición sólo esos dos puntos les parecieron importantes y dignos de acusación. Todos los demás eran cosas leves que no vale la pena relatar.

La visita de sus parientes

Al terminar la mañana del día siguiente volvieron mis parientes, para advertirme de lo que se había hecho en mi causa el día anterior. Estaba con ellos también el mayordomo del obispo de Jaén, aquel que primero me había conducido al fraile, y habíame prometido influir ante su amo en favor de mi asunto; y, sin embargo, no había vuelto más a verme desde entonces. Este me rogó,

pues, delante de todos, que le excusara, y me contó los motivos que le habían impedido volver, asegurándome que de buena gana se hubiera quedado siempre conmigo, si su amo no se lo hubiera prohibido muy expresamente. "La cosa, pues es así", me dijo: "El otro día, después que os dejé, fui directamente a relatar a mi amo todo lo sucedido y rogarle que hablara con Granvella, para conocer por él mismo la causa de todo esto. Mi amo, sorprendido por acontecimientos tan repentinos se fué incontinenti a ver a Granvella, al cual expresó su extrañeza porque fueran tratados tan villanamente aquellos que estudian para el bien de la república; que por consejo suyo vos habíais venido a Bruselas para dar razón de vuestra obra a todo el mundo; que por lo tanto era necesario oíros antes de emplear la crueldad y recompensar un acto de virtud con la cárcel y cadenas. Que si tal cosa era posible, no había nadie tan inocente como para sentirse seguro. Que no recibiría excusa ni explicación alguna. Que no había argumento, razones ni virtudes que no fueran fáciles de vencer por las cadenas, la cárcel y la fuerza. Que era necesario usar primeramente argumentos y razones, a fin de que el ruido de semejante crueldad, que se decía hacer sido hecha en nombre del Emperador, no llegara a las naciones extranjeras, y el Emperador, tan suave y clemente, fuera acusado de tiranía; y muchos otros argumentos semejantes. A lo cual Granvella le había respondido que él había dado orden de prenderos, a requerimiento, ruego e instancia del confesor del Emperador, que le había hecho un asombroso relato acerca vuestro. Granvella le contó a mi amo las palabras del confesor; cómo, lleno de cólera, le había

dado a entender que había aquí un joven español, cuyas intenciones y designios era necesario obstaculizar ahora, para que no convirtiera en breve a toda España al luteranismo. Que había vivido en Alemania con Felipe Melanchthon, y que promovía continuamente disputas sobre la religión, que censuraba los decretos de la Iglesia, que aprobaba la opinión de los adversarios, y que no guardaba para sí esa peste venenosa, sino que con cualquier motivo la difundía y atraía poco a poco mucha gente a su opinión. Y que con el fin de sembrar a lo largo y a lo ancho ese mal, había traducido el Nuevo Testamento al español, lo había hecho imprimir y él mismo había osado presentarlo con su propia mano al Emperador. Cuyo libro, si se permitiera su lectura en España, promovería infinitos desórdenes, apartaría a un millón de almas de la simplicidad de la fe y hasta que todo el mundo menospreciara la religión. Que con suficientes testigos se probaría más de cincuenta herejías contra ese español. Y que, por lo tanto, había que tener cuidado, y al menos hacer que se enfriara un poco su ardor en la prisión. Entonces, vencido y hasta espantado por esos argumentos, que creyó verdaderos (decía Granvella), había ordenado que fueseis apresado, para evitar un mal tan grande."

Aquí veis, pues, Monseñor y maestro, la fuente y origen de todos estos males, de la cual han manado tantos engaños y maquinaciones, tantas traiciones, que el mismo Diablo no habría podido urdirlas mejor. Todos mis parientes, y muchos otros que estaban presentes, oyeron el relato del mayordomo del obispo y no hubo uno que no reconociera la maldad del fraile. Mas como no

eran momentos para manifestarlo y lamentarse, todos se callaron, y sólo me contaron lo que habían podido hacer el día anterior, a saber, que habían ido directamente al fraile y le habían hablado de esta suerte: "Reverendo padre: Habiendo oído en Amberes que vos habéis hecho encarcelar a nuestro pariente Francisco, nos hemos venido directamente a vos, para inquirir las causas de su encarcelamiento. Porque siéndonos cercano por la sangre y la naturaleza, como es, todos los males y vejaciones que él sufre redundan sobre nosotros y nos tocan muy de cerca. Por lo tanto, los sentimientos naturales y la necesidad nos constriñen a emprender y proseguir su defensa; que si no lo hiciéramos, con todo derecho se nos podría tildar de desnaturalizados. Por tanto, reverendo padre, hemos venido aquí, no para rogar que le sea perdonada la pena que pudiera merecer. Porque aunque nos afligiría mucho su desgracia, como es lógico, si hubiera merecido el suplicio nosotros seríamos los primeros que desearíamos arrojar sobre él el cuchillo para sacrificarlo. Pero también, si es inocente, como estamos seguros que lo es, habiendo sido acusado por el rencor y la envidia de algunas personas maliciosas, no hacemos nada contra derecho y razón si pedimos que sea puesto en libertad. Y si la cosa es dudosa y hay algo que inquirir, solicitamos solamente lo que es de razón y justicia: que el asunto sea decidido lo más pronto posible." El fraile les respondió de esta manera: "Por lo que a mí respecta, señores, la aflicción de Francisco no me causa menos pesar que a vosotros que estáis más próximos a él por la naturaleza. Porque si hay alguien que admire su mentalidad, soy yo; que si él la hubiera empleado tan bien en

cosas buenas, creo que no hubiera sido de los últimos entre los hombres de letras. Pero ha abusado de la vivacidad de su espíritu, en cosas peligrosas y sospechosas a la fe, en las cuales se ha inmiscuído no poco, según se ve por los delitos de que se le acusa, entre los cuales no es el menor el de haber vivido mucho tiempo en Alemanía, entre los herejes y aun con Melanchthon. Nosotros que ya somos de edad, cargados de saber (usó esta misma palabra), con una larga experiencia, evitamos de buen grado el encontrarnos con los herejes para combatir mano a mano con ellos, salvo cuando todos juntos nos vemos obligados a hacerlo para defender a la Iglesia católica, en alguna asamblea pública, tan provistos están ellos de ciencia y argumentos. Y este jovencito de marras, ignorante de los asuntos del mundo, que apenas si ha gustado las letras, ha ido a discurrir entre ellos, a vivir con ellos, a aprender de ellos. ¡Audacia inaudita! Agréguese a esto el Nuevo Testamento que ha traducido, hecho imprimir y presentado en propia mano al Emperador; como si no hubiera bastantes herejes en Alemania, donde se lee el Nuevo Testamento en lengua vulgar, sin llevar hasta España sus herejías con este nuevo libro. Y tan lejos está de arrepentirse de sus hechos, que ayer no más alababa su libro en la cárcel, y llamaba a Melanchthon hombre de bien. Sus crímenes no son poca cosa, ni dignos solamente de un castigo leve. Porque aunque bien sé que se los podría disculpar atribuyéndolos al ardor juvenil, principalmente porque tal corrupción proviene de la frecuentación de los alemanes, se debe, no obstante, reprimir esos ardientes arrebatos propios de su edad con algún severo castigo, a fin de reducirlo a la modestia católica.

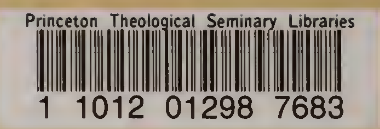
Y como la cosa será difícil, es de temer que el Emperador remita la causa a los inquisidores de España, que lo tratarán más rigurosamente que si fuera juzgado en este país; por esta causa y como os amo y deseo el bien de él, haré todo lo que esté a mi alcance para que no sea enviado a España, a fin de que su causa sea resuelta en este país." Entonces mis parientes le rogaron que solamente procurase activar el asunto, lo cual él les prometió hacer; pero no hizo nada. Casi todo aquel día se quedaron conmigo, y yo tuve gran placer en la compañía de ellos, si es que algo podía recrearme y endulzar mis tristes pensamientos. Quedáronse también toda esa semana en Bruselas, donde solicitaron principalmente que mi asunto fuera decidido pronto y que yo no fuese enviado a los inquisidores de España. Porque además de que ello resultaría fácilmente en mi muerte, hubiera engendrado (tal es el espíritu de esa gente) el deshonor de toda la familia. Se dirigieron, pues, a muchos grandes señores, para evitar que sucediera aquello; los cuales prometieron intervenir. Mas como quisiera que la cosa dependía del confesor, por más que él dijera que no y prometiera hacer todo lo posible, nosotros lo poníamos muy en duda. ¿Porque quién hubiera podido creer a un hombre tan falso que se complace en mentir y engañar?

Finalmente, viendo mis parientes que no adelantaban nada, y que ellos mismos se hacían sospechosos de querer favorecer a un luterano (pues éste es el bastón con que castigan), decidieron volverse a sus casas. Me dejaron, pues, un servidor para que me proveyera de lo que fuera necesario, y se volvieron a Amberes.

Fin del tomo primero

INDICE

Se terminó de imprimir en
la Imprenta Metodista, calle
Doblas 1753, Buenos Aires,
el 22 de Abril de 1960.




La
AURORA
EDITORIAL